



Universidad Católica San Pablo
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Carrera de Psicología



Vrije
Universiteit
Brussel

Vrije Universiteit Brussel
Research Group Interpersonal, Discursive
and Narrative Studies (IDNS)

PODEMOS DEJAR LA CALLE ¿PERO LA CALLE NOS DEJARÁ A NOSOTROS?:
VOCES SOBRE LA PERMANENCIA DE NIÑOS, ADOLESCENTES Y JÓVENES
EN LA SITUACIÓN DE CALLE

Por:

Msc. Edith Marcela Losantos Velasco

PROFESORES GUÍA:

Prof. Dr. Gerrit Loots

Prof. Dr. Jorge Dómic

TESIS DOCTORAL CONJUNTA PRESENTADA AL DEPARTAMENTO DE
PSICOLOGÍA COMO REQUISITO PARA LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

La Paz – Bolivia

Julio - 2015

A ti, por hacerme volver.

A mi Emilia por ser mi cable a tierra.

*A todos los bebés, niños, niñas y jóvenes que encaminaron mi vida, haciendo de la calle
mi segunda casa.*

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Dios por hacer posible el maravilloso encuentro con los niños y adolescentes en situación de calle, que cambió mi vida y hoy le da sentido. A todas las personas de la Fundación Alalay: Claudia Gonzáles, Susy Ramírez, Lucía Urioste, Charito, Lucho, Carmencita, Tati, Clarita, Monchita, que ofrecieron y ofrecen su día a día por los niños y, en especial, a Daniela Riveros, quien con sus ejemplo de vida me ayudó, quizás sin saberlo, a crecer como mujer y como persona.

A Mauri y Emilia, por haberme puesto el hombro, por haber aguantado mis angustias, mis desvelos, mis ausencias de fin de semana y mis cansancios. Los amo y agradezco infinitamente!!!!

A mi paye, ma y mis increíbles y talentosas hermanas, quienes soportaron y alentaron este camino, leyendo, ayudando, criticando y empujándome para llegar a este punto final. ¡Los amo con todo mi corazón!

Al Dr. Gerrit Loots, mi guía, pero sobre todo ¡amigo! Con quién esta travesía académica se hizo hermosa e inspiradora. Gracias por transmitirme la sensación de que se puede soñar.

Al Dr. Jorge Dómic, por su gran sabiduría y enriquecedoras reflexiones, que hicieron más arduo el trabajo, pero más sólido el resultado.

Al Dr. Bismarck Pinto, quien fue mi mentor y quien sin saberlo fue quien me introdujo a mi misión de vida.

A mis amigas y colegas del IICC Peli, Alhe, Tati, Bren, quienes me dieron el último empujoncito necesario. Gracias por cobijarme en mis horas de mayor soledad académica.

A mis amigas y amigos de siempre! Tanheta, Mariachi, To, Caronchis, Sche, Davor, Coke, por estar ahí para todo y por todo!

A mis wawitas, Eddy, Pame, Ame, Pao, Hildich y a todos quienes me regalaron sus historias. Espero con este documento, brindarles el honor que se merecen.

TABLA DE CONTENIDOS

CAPÍTULO I.....	2
INTRODUCCIÓN.....	2
Referencias.....	10
CAPÍTULO II.....	15
APLICANDO LA EPISTEMOLOGÍA SOCIOCONSTRUCCIONISTA A LA INVESTIGACIÓN CON NIÑOS, ADOLESCENTES Y JÓVENES EN SITUACIÓN DE CALLE.....	15
II. 1. Introducción.....	15
II.2 Principios del Construccinismo Social Aplicados a la Investigación en Psicología	17
II.3 Investigando <i>con</i> Niños, Adolescentes y Jóvenes en situación de Calle: Transición desde la Posición de Poder a la Posición del No Saber	19
II. 4 Conclusión.....	25
Referencias.....	25
CAPÍTULO III.....	29
ANÁLISIS VISUAL NARRATIVO DE FOTOGRAFÍAS TOMADAS POR NIÑOS EN SITUACIÓN DE CALLE DE LA CIUDAD DE LA PAZ.	29
III. 1 Introducción	29
III.2 Método	36
III.2.1 Participantes.	36
III.3 Procedimiento	38
III.3.1 Proyecto fotográfico.	38
III. 3. 2 Análisis narrativo visual.	40
III.3.3 Cuestiones éticas.	42
III.4 Hallazgos.....	44

III.4.1 Voz dependiente.....	44
III. 4.2 La voz de calle.....	49
III.4.3 Voz de reclamo.....	53
III. 4.4 Polifonía de voces.....	57
III. 5 Conclusión.....	58
Referencias.....	62
.....	66
CAPÍTULO IV.....	67
RESISTIENDO LA EXCLUSIÓN: EL SIGNIFICADO DEL USO DE INHALANTES EN DIFERENTES CONTEXTOS EN JÓVENES EN SITUACIÓN DE CALLE DE LA CIUDAD DE LA PAZ.....	67
IV. 1 Introducción.....	67
IV. 2 Método.....	70
IV.2.2 Participantes del segundo momento de investigación.....	72
IV. 3 Procedimiento.....	73
IV.3.1 Recojo de datos.....	73
IV.3.1.1 Primer momento de recolección.....	74
IV. 3.1.2 Segundo momento de recolección.....	76
IV. 3.2 Análisis de datos.....	77
IV. 3.2.1 Primer momento de análisis.....	78
IV. 3.2.2 Segundo momento de análisis.....	79
IV. 4 Historias.....	79
IV. 4.1 La historia de Tony.....	80
IV. 4.1.1 Primer momento.....	80
IV. 4.1.2 Segundo momento.....	82
IV. 4.2 La Historia de Paola.....	82
IV. 4.2.1 Primer momento.....	82

IV. 4.2.2 Segundo momento.....	84
IV. 4.3 La Historia de Eddy.....	86
IV. 4.3.1 Primer momento.....	86
IV. 4.3.2 Segundo momento.....	88
IV. 5 Hallazgos.....	89
IV. 5.1 La historia de Tony.	90
IV. 5.2 La historia de Paola.	91
IV. 5.3 La historia de Eddy.	93
IV. 6 Discusión.....	95
Referencias.....	99
CAPÍTULO V.....	105
¿QUÉ PODEMOS APRENDER LOS PROFESIONALES DE LOS GRUPOS QUE VIVEN EN LA CALLE?: LECCIONES SOBRE LA PERMANENCIA DE JÓVENES EN UN GRUPO DE CALLE.....	105
V. 1 Introducción.....	105
V. 2 Contextualizando a los actores.....	108
V. 3 Aplicando la autoetnografía.....	110
V. 4 Mirando hacia atrás: lecciones para reflexionar hoy.....	112
V. 4. 1 Primera lección: Acoger en vez de recoger.....	112
V. 4. 2 Segunda lección: Crear un espacio de legitimación, en vez de un espacio de estigmatización.....	116
V. 4. 3 Tercera lección: Invitar a la participación, en vez de imposición.	118
V. 4. 4 Cuarta Lección: Ser consecuente con las propuestas de intervención.....	122
V. 4.5 Quinta Lección: Brindar seguridad.....	124
V. 5 Conclusión.....	127
Referencias.....	130
CAPÍTULO VI.....	136

PROLOGO.....	136
PROTECCIÓN Y PARTICIPACIÓN: LA DESAFIANTE SITUACIÓN DE DERECHOS DE LOS NIÑOS Y ADOLESCENTES QUE VIVEN EN LA CALLE .	136
VI. 1 Introducción	136
VI. 2 La construcción social de la noción de niñez y su influencia en el discurso de derechos.....	139
VI. 3 Niñez y adolescencia en situación de calle: el desafío para el discurso de derechos.....	143
VI. 4 Reconociendo la participación de los niños en situación de calle	147
VI. 5 Conclusiones y recomendaciones	150
Referencias.....	152
CAPÍTULO VII.....	158
REFLEXIONES FINALES	158
VII.1 Reflexiones sobre la permanencia de los niños en situación de calle	158
VII. 2 Reflexiones para el campo práctico.....	162
VII. 3 Reflexiones sobre la metodología de investigación	165
VII. 4 Reflexiones más allá del alcance de esta investigación.....	167

LISTA DE TABLAS

Tabla 1. Características de Niños y Adolescentes Viviendo en las Calles	31
Tabla 2. Relación de participantes en cada actividad	71

LISTA DE FIGURAS

Figura 1. En la cancha del Handal, 2011.	46
Figura 2. Hace frío, 2011	47
Figura 3. Bienvenidos a mi casa, 2011	51
Figura 4. Mi perspectiva, 2011	52
Figura 5. En el puente de San Francisco.....	53
Figura 6. Somos el basurero, 2011	54
Figura 7. Identidad, 2011	55
Figura 8. Aplasta-clefa, 2011.....	57
Figura 9. Volando, 2011	58
Figura 10. Tony ejemplifica su relación con el vuelo.....	81
Figura 11. Collage realizado por Paola.....	84

RESUMEN

Existen en Bolivia casi 4000 niños, niñas, adolescentes y jóvenes que se encuentran viviendo en las calles, a pesar de la existencia de proyectos de acogida y programas de reintegración familiar y social. Ante esta difícil circunstancia, el objetivo de la investigación se centró en el entendimiento de los factores que perciben niños, niñas, adolescentes y jóvenes que influyen en su permanencia en situación de calle. Para responder a este objetivo se realizaron tres estudios: a) una investigación narrativa-visual sobre los materiales fotográficos producidos por niños, niñas y adolescentes sobre su experiencia en calle; b) un estudio sobre el significado del uso de inhalantes, específicamente el *vuelo*, para los adolescentes y jóvenes, como factor determinante que los vincula a la calle y c) una pesquisa dedicada a revisar la percepción que adultos jóvenes que se encuentran viviendo actualmente en calle, tienen sobre la relación con los profesionales que se dedican a su atención. Los tres estudios estuvieron basados en metodología narrativa de enfoque socioconstruccionista. De esta manera, abordamos la estadía de los niños, adolescentes y jóvenes en la calle desde distintas miradas, que confluyeron en el hallazgo de un sistema relacional que contribuye a su permanencia en las calles, desafiando la noción de que ésta es una decisión individual y voluntaria. Por tanto, dejar la vida de la calle se convierte en un desafío relacional en donde los propios niños y jóvenes están involucrados, pero también académicos, profesionales en campo, policías, funcionarios públicos, legisladores y tomadores de decisiones y ciudadanos en general, estamos llamados a contribuir.



CAPÍTULO I. INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

El 8 de mayo de 2015, en el acto de cierre de la Conferencia Internacional “Familias, niños, niñas y jóvenes en condición de vulnerabilidad” llevada a cabo en la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, para la difusión de los resultados de investigaciones doctorales como la que presento en esta disertación, Roberto, un joven en situación de calle de la ciudad de La Paz y participante de la misma, levantó su mano, pasó a la testera y dijo por micrófono:

“Quiero agradecerles por invitarme. ¡Nunca antes nos habían invitado a un lugar así, a la Universidad...para preguntarnos que pensamos sobre los niños y los adolescentes que viven en la calle!...Quiero pedirles que nos inviten más, estamos felices de participar” (Roberto, 22 años).

Con estas palabras, Roberto resumió de la mejor forma posible la ausencia de voz de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes que viven en la calle en los discursos institucionales, académicos y sociales que se construyen respecto a ellos.

En efecto, existe un sinnúmero de investigaciones acerca de este grupo poblacional en muchas partes del mundo, que describe todo tipo de características, dentro de las que se encuentran: a) Cantidad y distribución por género (e.g. Eggen, 2004 y VDS-SC, no publicado en Bolivia; Muntingh et. al., 2006 en Zambia; Cheng & Lam, 2010 en Shanghai; Grundling et. al., 2004 en Namibia); b) Características de nutrición, estado de salud y riesgos específicos en el comportamiento sexual (e.g. Panter-Brick, 2002; Pinzón, Ross, Botero & Baquero-Umaña, 2009); c) Características psicológicas y de salud mental (Aptekar & Ciano, 1999; Iudashina, 2004; Pinillos, 2007). A través de todas ellas y muchas otras, se ha buscado repetidamente describir “al típico niño de la calle” (Ennew & Swart-Kruger, 2003) y hacerlo encajar con las definiciones propuestas desde la década de

1980.

Sin embargo, las múltiples experiencias y relaciones que construye este grupo, tanto dentro como fuera de la calle, han ido invitando a otros investigadores a lo largo del tiempo, a rescatar sus voces y sus experiencias -pues bastante se ha hecho ya al describirlos, pero poco para incluirlos dentro de las propuestas que se escriben en torno a ellos- y esta investigación es una prueba de ello, pues fue virando y acogiendo poco a poco sus voces, como se muestra en el desarrollo del documento, hasta llegar a conseguir su participación activa tanto en el proceso de recojo, como en el de análisis de información.

La paulatina inclusión de sus voces, fue guiada por mi -también paulatino- ingreso a la visión socioconstruccionista de la investigación, a partir de la cual pude entender que las relaciones generadas en el contexto investigativo, eran tan importantes como los datos mismos (Jankowski, Clark, & Ivey, 2000).

A través de mi aprendizaje de las ideas socioconstruccionistas, comprendí que no existían datos en sí mismos, sino que la información era co-construida conmigo; que elegían narrar aquellas cosas que ellos percibían que -desde mi posición de psicóloga, miembro de una institución y ahora investigadora- yo debería conocer (Lugo, 2014). Pero aún más, entendí también que yo representaba a ese “otro” ajeno, que vivía en una casa, que representaba a la institución, a pesar de ya no trabajar en ella durante la segunda y tercera fase de la investigación, pero también que, en la medida en que yo los veía más como personas y menos como “situaciones”, mi relación con ellos y la relación de ellos hacia mí, se iba transformando.

De esta manera, el construccionismo social fue permitiendo la generación de espacios de reflexión con niños, niñas, adolescentes y jóvenes, en donde la pregunta de investigación emergió del diálogo con ellos. Luego, cada hallazgo les fue presentando

para ser comentado, expandido y reflexionado de manera conjunta.

En este sentido, la inclusión de sus perspectivas, experiencias y experticia en la vida de la calle fueron construyendo la pregunta de investigación, confluyendo en una que rescataba sus perspectivas: ¿Qué factores perciben los niños, niñas, adolescentes y jóvenes que influyen en su permanencia en situación de calle?

Pare (2003) argumenta que “la permanencia de los niños en las calles sucede debido a una combinación de factores, que incluyen posiblemente a una familia maltratadora, un padrastro abusador o un cuidador primario alcohólico, la ventaja de percibir su propio dinero y usarlo según su conveniencia, tener tiempo de ocio, tener amigos que están en la misma situación y acostumbrarse a un nuevo tipo de vida –que es al mismo tiempo duro y divertido, sobreviviendo día a día y viviendo por sus propias reglas” (p. 2).

Así, esta forma de explicar la permanencia en las calles se focaliza principalmente en el juego entre los factores expulsores de la familia y los factores atrayentes de la calle, que bien podrían explicar su estadía, si en medio de este trayecto no se encontraran historias de múltiples intentos fallidos de institucionalización, reunificación familiar y/o reinserción social. Lo cierto, es que las experiencias de la población en situación de calle reflejan que buscan repetidamente dejarla, aunque estas tentativas acaben por ser poco fructíferas a largo plazo (Volpi, 2002).

En este sentido, es que la permanencia en situación de calle no puede evaluarse únicamente por los factores que los expulsan desde el núcleo familiar o aquellos que los retienen en calle. Por el contrario, urge ampliar la visión a una mucho más sistémica que implique tomar en cuenta el otro lado de la calle, que son los espacios de recepción e inclusión social –llámense principalmente instituciones y luego sociedad- a los que niños y adolescentes tocan la puerta por varias veces hasta que desertan y asumen su condición de calle.

Es por ello que en esta investigación, se entiende la permanencia en situación de calle como el hecho de que los niños, niñas, adolescentes y adultos jóvenes, una vez que ingresaron a la calle, pasaron por múltiples experiencias de institucionalización y muchos de ellos regresaron a sus familias en varias oportunidades; actualmente la utilizan como espacio principal para su hábitat, para la construcción de relaciones sociales tanto con personas dentro como fuera de la calle y como su lugar de referencia de identidad (De Benítez, 2007; 2011; Smeaton, 2009; Terres des Hommes, 2010).

Permanecer en la calle, lejos de lo estático de la palabra, implica -como lo muestran las historias de los 21 varones y 14 mujeres que participaron de esta investigación- una dinámica y múltiple forma de vivir y experimentarla, en donde los niños, adolescentes y jóvenes deben aprender a negociar con diferentes contextos y relaciones sociales que muchas veces contribuyen a su marginación; moviéndose espacial, coyuntural e identitariamente (Beazley, 2003), de acuerdo a como la misma población en situación de calle, las familias, las instituciones y la sociedad en general lo demanden.

La lectura de las experiencias que relataremos en esta disertación desafían una vez más, las definiciones estáticas anteriores, que clasificaban a los niños como “en” y “de” la calle (UNICEF, 1985) y que intentaban separar a aquellos niños que trabajaban y pasaban la mayor parte del día en la calle, pero que, según teóricos de la época, aún contaban con lazos familiares, de aquellos que “usaban la calle como su espacio principal de hábitat y habían roto sus vínculos familiares” (Eggen, 2004 p. 1).

En esta línea, Green (1998) declara que dicha separación categórica apuntaba a “identificar a los niños que son *genuinamente de* la calle” (p. 81). Sin embargo, esta denominación fue duramente sancionada en la década de los ´90, primeramente porque las experiencias encontradas no encajaban en tal definición y en segundo y más importante lugar, porque presentaba una visión estigmatizadora, que reducía la posibilidades de identidad de los niños, al asumirlos como si provinieran y pertenecieran

a la calle (López, 2011).

Con el pasar del tiempo, la denominación en “situación de calle” empezó a ser más empleada –aunque no del todo institucionalizada- haciendo referencia a una situación temporal que puede variar dependiendo de la decisión y las circunstancias de vida del niño. Su empleo es también justificado como un término que remite a la autonomía de éste pues “puede decidir dejar de estar en esta situación y cambiar su destino” (López, ob. cit., p. 26).

Desde ambas denominaciones, parece ser que permanecer o dejar la vida de calle responde a una decisión individual y en efecto, esta noción guía, en gran medida, la forma en que las intervenciones están diseñadas hoy en día (González, 2004; Berndorfer, 2011).

Orientados bajo esta lógica, por ejemplo, muchas veces se trabaja para que el niño decida volver a su familia pero, aunque ello se consiga, al cabo de un tiempo los volvemos a encontrar en la calle, desgastándose de esta forma el relacionamiento familiar y las esperanzas de reunificación (Feeny, 2005; Berckmans, Losantos, Pinto & Loots, 2012).

Así también, en muchos modelos de intervención institucional de trabajo de calle, se aborda al niño o adolescente desde una perspectiva individual, ofreciéndole de diversas –sutiles y directas maneras- propuestas para abandonar la vida de la calle y, aunque muchas veces, estas ofertas son tentadoras sobre todo por los beneficios materiales que implican y logran “convencer” al niño de que abandone la vida de la calle, no consiguen sostener su estadía (Huang & Huang, 2008).

Dadas estas circunstancias, nos proponemos indagar sobre la permanencia en las calles, desde una mirada que integre la percepción de la propia población, sobre los espacios que los incluyen –el grupo de calle- y los que deberían incluirlos –instituciones

y sociedad.

A través de la lectura de estas páginas, deseo invitar a instituciones, académicos, profesionales en campo, legisladores, niños, niñas, adolescentes y jóvenes que viven en la calle y personas interesadas en general, a reflexionar sobre el fenómeno de la permanencia en las calles, como algo sobre lo que todos compartimos responsabilidad. Una realidad co-construida en nuestra interacción con las 3768 personas en situación de calle en Bolivia (VSC, en prensa).

Esta disertación contiene seis capítulos además de esta introducción, los cuáles pueden ser leídos sin importar el orden, pues cada capítulo tiene su propia estructura interna y puede ser entendido sin haber leído los capítulos anteriores.

En el *capítulo 2*, presentamos el marco epistemológico que sostuvo todo el proceso de investigación. Empezamos haciendo un recorrido por los antecedentes de la epistemología socioconstruccionista en la psicología, pero más específicamente en la investigación psicológica. Luego, exponemos las premisas más importantes del construccionismo social aplicadas a la investigación y finalmente describimos cómo fue construida esta investigación paso a paso, de forma conjunta y como fue transformada mi posición como investigadora.

Los siguientes tres capítulos presentan tres estudios que realizamos con el propósito de responder a la pregunta de investigación descrita anteriormente. Los ordenamos de esa forma, porque es la manera en que los estudios sucedieron temporalmente, pero además, porque cada estudio previo inspiró al posterior, siguiendo el camino que los propios niños y jóvenes iban trazando.

En el *capítulo 3* presentamos una investigación narrativa- visual sobre los materiales fotográficos producidos por niños, niñas y adolescentes que viven en las calles. En este estudio investigamos el resultado de un proyecto fotográfico realizado por una ONG en

La Paz, donde los participantes expusieron sus puntos de vista acerca de sus vidas en la calle, a través de imágenes fotográficas y textos. El material fue analizado desde una perspectiva narrativa, centrándonos en las diferentes audiencias a las que los niños respondieron al tomar las fotografías.

Discutimos, a partir de ello, la forma en que los niños que viven en la calle se presentan en tres voces distintas que responden a los discursos institucionales, a los discursos de la calle y los discursos sociales construidos en torno a la vida de la calle. Rastreamos, a través de la intersección de estas voces, una de las aristas de la permanencia en las calles.

La reflexión acerca de esta intersección presenta las dificultades de la reinserción social, en contraposición con la aceptación incondicional de los grupos de calle y un continuo posicionamiento de dependencia, que permite establecer una relación de victimización-empoderamiento con las instituciones y genera una lógica de mutua necesidad.

Luego, *el capítulo 4* discute el significado del uso de inhalantes, específicamente el vuelo¹ para los adolescentes y jóvenes, como factor determinante que los vincula a la calle. El estudio se basa en dos fuentes: material visual y escrito producido en talleres creativos y los diálogos subsecuentes con los participantes. A través de una metodología narrativa con enfoque socio-construccionista, los resultados preliminares fueron presentados y discutidos con los participantes para profundizar en la construcción de sus significados.

De esta forma, encontramos que los significados construidos en torno al vuelo, no son estáticos ni generalizables, sino dinámicos y particulares, respondiendo a la

¹ Sustancia inhalable preparada con thinner, gasolina y aguarrás que es inhalada por boca y nariz para conseguir efectos psicotrópicos.

experiencia de cada participante. Más aún, los significados son construidos en relación a los diferentes espacios físicos y sociales con los cuales interactúan –como ser instituciones de ayuda, grupos de calle y sociedad en general- para resistir la exclusión social. Proponemos en este capítulo que una interacción mayor con otros contextos, diferentes del de la calle, puede disminuir la frecuencia de consumo de este tipo de drogas, en contraposición a las intervenciones que los confinan a espacios reclusos para conseguir tal efecto.

El *capítulo 5* está dedicado a revisar la percepción que adultos jóvenes que se encuentran viviendo actualmente en calle, tienen sobre la relación con los profesionales que se dedican a su atención. Para ello, rescato experiencias que los propios jóvenes relatan respecto a sus procesos de permanencia en las instituciones que ofrecen cuidado residencial, en contraste con experiencias de acogida dentro de su grupo de calle. Es una contribución que combina tanto las historias de los jóvenes, como mi propia experiencia en los años en los que me dedique a trabajar al cuidado de ellos y que permite reflexionar críticamente sobre la importancia de la relación interpersonal, como parte del éxito de una intervención.

El *capítulo 6* fue escrito un par de meses después de terminar el trabajo de campo. El relato empieza con un hecho público sucedido el 22 de noviembre de 2013, en donde uno de los grupos de adolescentes y jóvenes que participaron por el lapso de 3 años en esta investigación, fue desbaratado a causa de las frecuentes “limpiezas sociales” de las que este grupo poblacional es víctima.

Imposible de mantenerlo en silencio, intento en este capítulo visibilizar la difícil situación de derechos de la población que vive en la calle, pues al margen de ser sujetos de derechos simplemente por ser niños, adolescentes y seres humanos, su condición de calle los coloca en una especie de muerte social, que imposibilita su ejercicio y justifica las acciones violentas contra ellos.

A partir de esta reflexión, el capítulo convoca a la legitimación de sus voces, para que haciendo uso de su pleno derecho de participación, sean ellos quienes lideren la defensa de sus derechos, modificando las actuales estructuras de poder que reproducen las condiciones de exclusión.

Finalmente, en *el capítulo 7* dedicado a las reflexiones finales, promuevo la discusión general de los hallazgos y de las implicancias de éstos en el contexto social y cultural de los niños y jóvenes que actualmente viven en la calle, apuntando a recomendaciones prácticas que nos involucran pero que también nos invitan a tomar acción.

Deseo finalmente aclarar que algunos capítulos más que otros, presentan un estilo narrativo predominante, ya que las historias compartidas por los participantes tienen un lugar central, pues son el corazón de esta investigación. Pretendo intencionalmente que las historias sean leídas, más allá de su valor como sustento académico, como forma de que los lectores –profesionales, legisladores y académicos- puedan conectarse con las vivencias de estos niños, niñas, adolescentes y jóvenes y generar acciones en su favor.

Referencias

- Aptekar, L., & Ciano-Federoff, L. M. (1999). Street children in Nairobi: Gender differences in mental health. *New directions for child and adolescent development*, 1999(85), 35-46.
- Beazley, H. (2003). Voices from the margins: Street children's subcultures in Indonesia. *Children's Geographies*, 1(2), 181-200.
- Berckmans, I., Velasco, M. L., Tapia, B. P., & Loots, G. (2012). A systematic review: A quest for effective interventions for children and adolescents in street situation. *Children and Youth Services Review*, 34(7), 1259-1272.

- Berndorfer, M. (2011). *Del trabajo de calle como herramienta profesional*. Cochabamba: Colección: “Juntos por la defensa de los niños, niñas y adolescentes en situación de calle.
- Cheng, F., & Lam, D. (2010). How is street life? An examination of the subjective wellbeing of street children in China. *International Social Work*, 53(3), 353-365.
- De Benítez, S. T. (2007). *State of the World's Street Children: Violence*. London: Consortium for Street Children.
- De Benítez, S. T. (2011). *State of the World's Street Children: Research*. London: Consortium for Street Children.
- Eggen, J. (2004). Street children of Bolivia. *Bolivian Street Children Project, La Paz*.
- Ennew, J., & Swart-Kruger, J. (2003). Introduction: homes, places and spaces in the construction of street children and street youth. *Children Youth and Environments*, 13(1), 81-104.
- Feeny, T. (2005). *In best or vested interests? An exploration of the concept and practice of family reunification for street children*. London: The Consortium for Street Children.
- González, C. (2004). *Alalay. The children of the cold*. La Paz: Sagitario.
- Green, D. (1998). *Hidden Lives – Voices of Children in Latin America and the Caribbean*. London: Cassell.
- Grundling, J. P., de Jager, J. W., & de Fourie, L. W. (2004). *Managing the phenomenon of street children in an African developing country*. Namibia: Ministry of Women Affairs and Child Welfare.
- Huang, C. C., & Huang, K. (2008). Caring for abandoned street children in La Paz, Bolivia. *Archives of disease in childhood*, 93(7), 626-627.
- Jankowski, P. J., Clark, W. M., & Ivey, D. C. (2000). Fusing horizons: Exploring qualitative research and psychotherapeutic applications of social constructionism.

Contemporary Family Therapy, 22(2), 241-250.

Hurtado Gutiérrez, M., Giraldo Pineda, Á., & Forero Pulido, C. (2011). Significados de la salud para los niños de la calle en Medellín (Colombia). *Index de Enfermería*, 20(3), 147-150.

Iudashina, N. (2004). Children of the street: A psychological portrait. *Russian Education & Society*, 46(2), 40-46.

López, D (2011). *De los niños, niñas y adolescentes en situación de calle*. Cochabamba: Colección: “Juntos por la defensa de los niños, niñas y adolescentes en situación de calle.

Lugo, V. (2014). *Disarmed Warriors. Narratives with Youth Ex-Combatants in Colombia*. Tesis de Doctorado. Tilburg: Universiteit Van Tilburg.

Muntingh, L., Elemu, D., & Moens, L. (2006). *Report on survey and analysis of the situation of street children in Zambia*. Tech. Rep., Zambia Ministry of Community Development and Social Services and Zambia Ministry of Sport, Youth and Child Development.

Panter-Brick, C. (2002). Street children, human rights, and public health: A critique and future directions. *Annual review of anthropology*, 147-171.

Pare, M. (2003). Why have street children disappeared?-The role of international human rights law in protecting vulnerable groups. *The International Journal of Children s Rights*, 11(1), 1-32.

Pinzón-Rondón, A. M., Ross, T. W., Botero, J. C., & Baquero-Umaña, M. M. (2009). Prevalencia y factores asociados a enfermedades de transmisión sexual en menores explotados sexualmente en Bogotá, Colombia. *Rev salud pública*, 11(3), 468-79.

- Pinillos, E. (2007). *Niños en situación de calle*. Realidades. Buenos Aires: Paidós
- Smeaton, E. (2009). *Off the radar: Children and young people on the streets in the UK*. Sandbach: Railway Children
- Terres des Hommes (2010). *Children in street situations-Sectoral policy*- January
- UNICEF. (1985). Borrador del plan para un programa regional de niños abandonados y de la calle [Worksheet for the Regional Operating Plan for Abandoned and Street Children]. Bogotá: United Nations Children's Fund.
- Vega, L., Gutiérrez, R., Rodríguez, E., & Galván, J. (2002). Factores de riesgo para la salud mental de las niñas que subsisten en la calle. A. Lara y N. Salgado (comp.) *Cálmese son sus nervios, tómese un tecito... La salud mental de las mujeres mexicanas*. Pax, 25-54.
- VDS-SC. *Censo de Personas en Situación de Calle en Ciudades Capitales de Bolivia y El Alto*. No publicado
- Volpi, E. (2002). Street children: Promising practices and approaches. *Children, Youth and Environments*, 13(1) 1-30.



**CAPÍTULO II. APLICANDO LA
EPISTEMOLOGÍA
SOCIOCONSTRUCCIONISTA A LA
INVESTIGACIÓN CON NIÑOS,
ADOLESCENTES Y JÓVENES EN
SITUACIÓN DE CALLE**

*Este capítulo es una adaptación del artículo aceptado:
Losantos, M.; Montoya, T.; Exeni, S.; Santa Cruz, M. &
Loots, G. (2015). Aplicando la Epistemología
Socioconstruccionista a la Investigación en Psicología.
International Journal of Collaborative Practices.*

CAPÍTULO II

APLICANDO LA EPISTEMOLOGÍA SOCIOCONSTRUCCIONISTA A LA INVESTIGACIÓN CON NIÑOS, ADOLESCENTES Y JÓVENES EN SITUACIÓN DE CALLE

II. 1. Introducción

Esta contribución es resultado de un seminario sobre epistemología socioconstruccionista, realizado como parte de la formación doctoral. Producto de dicho seminario, la investigación que dio pie a esta disertación fue profundamente transformada, permitiendo encontrar nuevas direcciones y generar nuevos hallazgos respecto a la permanencia en calle de niños, adolescentes y jóvenes de la ciudad de La Paz. Para ejemplificar dicha transformación, presentó la metodología de recolección y análisis de datos, construida con la misma población en situación de calle participante.

Dicha metodología fue motivada por los principios de la epistemología construcción social, por lo que, en primer lugar, se presenta una revisión teórica de las ideas centrales de esta epistemología aplicadas a la investigación. Luego, se describen y explican las premisas básicas de la investigación socioconstruccionista en el campo de la psicología y, finalmente, se presenta la metodología de recolección y análisis de información de esta investigación.

El socioconstruccionismo se vincula a la psicología en un momento de crisis en el área de investigación (Hosking y Morley, 2004); sin embargo, se había estado gestado desde mucho antes (Jost y Kruglansky, 2002). Su aparición, se puede escudriñar a través de la influencia de tres fuentes principales: el enfoque dramaturgico de Goffman (1959), la publicación *The Social Construction of Reality* (La Construcción Social de la Realidad) de Berger y Luckmann (1966) y el construccionismo simbólico (Maths y Meltzer, 1972).

Por otra parte, como corriente de pensamiento, creció debido a la contribución de varios autores (Yu y Sun, 2012), entre los cuales se encuentra Saussure con su aporte en la observación lingüística estructural; la visión filosófica de Wittgenstein que ilustra que el significado de las palabras se deriva de su uso público; Barthes que critica el método de interpretación de los textos que se basa en aspectos de la identidad y las intenciones del autor; Derrida que sugiere la deconstrucción de las palabras, que implica que las palabras se refieren sólo a otras palabras y la crítica sociológica de Foucault sobre el poder y el control del conocimiento, a través de la normalización del mismo.

Ahora bien, el origen del socioconstruccionismo en la psicología se atribuye a Kenneth Gergen. La propuesta realizada por este autor se inició con la idea desafiante de entender a la psicología como un producto de la interacción entre las personas y el contexto histórico, cultural y social que los rodeaba en la época (Gergen, 1973) y desde ese entonces, sus ideas y premisas se han ido asentando y expandiendo.

El construccionismo social es aplicado tanto en la práctica clínica como en la investigación en psicología. Cuando se aplica a la práctica clínica, entiende las narraciones de los clientes como un resultado derivado de relaciones sociales y de la necesidad de mantener coherencia e inteligibilidad con las expectativas y demandas de la sociedad (Anderson, 2012). En otras palabras, propone que la realidad psicológica está determinada por el lenguaje y el consenso social a través del cual entendemos el mundo (Young y Collin, 2004).

Cuando se aplica al campo de la investigación, ésta es vista como un proceso de colaboración con aquellos que participan con los investigadores en la construcción de nuevas maneras de conocimiento (McNamee, 2012). De esta forma, como plantea Cisneros-Puebla (2007), son los actores que participan en la investigación los que construyen significados y realidades en el proceso de interacción.

Ello también implica que el rol del investigador se torne transparente tanto en la recogida de datos, como en el análisis subsecuente. Más aún, el análisis incluye la relación entre el investigador y los participantes como parte activa de los datos. Así, los hallazgos no se presentan de forma independiente y objetiva, sino como resultado de dicha construcción subjetiva (Lock y Strong, 2010), que es pertinente y única del momento de interacción entre ambos (Arce, 2005).

Así también, el conocimiento producido en el encuentro investigativo no puede desprenderse del contexto lingüístico, histórico y cultural de donde provienen ambos actores, sino más bien, se entiende como el resultado de la interdependencia y el intercambio de estos factores (Cisneros-Puebla, 2007; Gergen, 1989).

Finalmente, los investigadores socioconstruccionistas conciben a las teorías como producto de la sociedad en un determinado tiempo y contexto (Gergen, 2003, 2007). Así, los discursos psicológicos, que sirven de marco de referencia para la investigación, son entendidos como productos sociales dentro de tradiciones culturales (Romaioli, 2011) que tienen el poder de generar o degenerar a las personas que son descritas (McNamee, 2012).

Para completar el panorama de la aplicación del socioconstruccionismo a la investigación en psicología, a continuación se presentan y describen algunas de sus premisas esenciales.

II.2 Principios del Construccionismo Social Aplicados a la Investigación en Psicología

A partir del trabajo de Burr (1996) se resumen y explican ocho premisas de la epistemología socioconstruccionista aplicada al campo de la investigación psicológica:

1) Es antirealista: Por ello entiende a la psicología como una disciplina construida socialmente, sobre la base de las interacciones de sus autores con su contexto histórico,

cultural y social. De esta forma, los hallazgos dependen del momento de la investigación, por lo que no pueden ser generalizables, absolutos, ni replicables.

2) Es antiesencialista: desafía la noción psicológica de que las personas tengan una única naturaleza que pueda ser descubierta. Esto implica que las personas se encuentran en constante proceso de movimiento y crecimiento, por lo que para el momento en que el investigador se aproxima a la persona, ésta ya ha cambiado.

3) Está basada en el entendimiento de que el lenguaje constituye la realidad: por lo tanto, en la investigación se busca estar consciente sobre cuáles son los marcos de referencia teórica de la que parten las investigaciones, dado que dichos referentes teóricos están imbuidos en el lenguaje que moldea formas de pensar y entender el mundo.

4) Se centra en la interacción y en las prácticas sociales: No pretende sacar una *radiografía* (las cursivas son nuestras) de los sujetos investigados, ya que comprende la imposibilidad de aprehender la esencia individual. Es por ello que el proceso de interacción a partir del cual se generan los datos, es también parte del análisis.

5) Reconoce la imposibilidad de la existencia de una psicología universal: al contrario comprende el contexto histórico, cultural y social del conocimiento psicológico y lo analiza como parte de los datos de investigación.

6) Entiende a la investigación como una forma de acción social: por lo tanto invita a reflexionar sobre la responsabilidad que conlleva escribir respecto a otras personas, ya que el lenguaje que se utiliza para presentar los hallazgos, puede influir en la forma en la que las personas investigadas se relacionan con la sociedad y sus instituciones y viceversa.

7) Se centra en los procesos: busca generar conocimiento a partir de la dinámica que

se presenta en la interacción de las relaciones. El énfasis es mayor en los procesos que en las estructuras, por lo tanto, el conocimiento se entiende como algo que se construye, no como algo que se posee. Consecuentemente, las relaciones de poder entre investigador e investigado se equilibran, ya que cada quien trae al encuentro de investigación su experiencia y experticia en sus propios campos de acción.

8) Promueve la sana curiosidad en el proceso de investigación. Dicha actitud se apoya en la premisa del *no saber*, presentada por Anderson y Goolishian (1992) que desafía al investigador a apartarse de teorías o modelos que intenten explicar o dar sentido a sus datos. Más bien invita a reconocer la experiencia de investigación como aquella experiencia liberadora, en donde el investigador está dispuesto a reconocer qué datos engranan con sus conocimientos previos y cuáles no.

Basado en estos principios, en el siguiente apartado se presenta el ejemplo práctico de una metodología de recolección y análisis de datos inspirada en el construccionismo social.

II.3 Investigando *con* Niños, Adolescentes y Jóvenes en situación de Calle: Transición desde la Posición de Poder a la Posición del No Saber

En este apartado describiré el proceso de transformación de mi investigación a partir de la posición del *no saber*. Dicha postura benefició el proceso de la recolección de datos con niños, adolescentes y jóvenes en situación de calle de la ciudad de La Paz, permitiéndome escuchar sus voces respecto a su permanencia en las calles y a entenderla como un proceso mucho más complejo que únicamente su decisión individual.

Mi relación con la población comenzó el año 2003, cuando asumí una posición dentro de una institución de acogida. Trabajé en esta instancia por 10 años, en los que mi conocimiento respecto a la definición, características, estilo de vida y estrategias de intervención para esta población se fueron moldeando a través de las descripciones que

encontré en la literatura y en los discursos institucionales.

Para el momento en que inicié mi investigación, mi construcción acerca de ellos respondía a los criterios de una población de riesgo que habían roto sus vínculos familiares, que precisaban ser rescatados de las calles y reinsertados en la sociedad. El objetivo de la investigación inicialmente fue edificado, bajo este paraguas discursivo, para responder porqué los niños permanecen en la calle cuando existen otras alternativas que incluyen la reintegración familiar o la institucionalización y, que desde mi entender, eran mejores opciones que permanecer sin hogar.

Así, la indagación comenzó intentando entender la vinculación de estos niños a las calles, para lo cual eché mano de la teoría del apego (Bowlby, 1985). Desde esta teoría, la vinculación primaria que establece un niño con su cuidador es determinante para la forma en que se configuran sus posteriores relaciones; por lo tanto, entendiendo que la causa principal de que estos niños estuvieran en las calles era la desestructuración familiar -y su consiguiente desapego con sus cuidadores primarios- era lógico asumir que todos presentarían algún desorden de apego. El procedimiento seguiría los pasos de un diseño cuantitativo: diseñar una prueba, someterla a la evaluación de criterios de confiabilidad y validez, aplicarla a una muestra representativa estadísticamente y, finalmente, identificar los desórdenes de apego para comprender porqué prefieren la calle a los espacios seguros de un hogar, la escuela o una institución.

Al principio me sentí satisfecha, pues había encontrado una teoría que me permitiría explicar, el porqué de los *erráticos y poco reflexivos comportamientos* de los niños que vivían en las calles. Sin embargo, después de algunos meses devino la crisis al encontrar decenas de estudios que describían lo que yo también deseaba. Un segundo momento de crisis se presentó cuando empecé a profundizar la revisión bibliográfica y encontré una enorme cantidad de investigaciones acerca de los niños en situación de calle que detallaban sus características, estilos de vida, lugares de origen, tipos y estructuras

familiares, grupos de calle, situación de salud, etc., que me condujeron a concluir que no había nada nuevo por *descubrir* que no hubiera aprendido yo misma trabajando en la institución.

En este momento crucial pude participar por vez primera en un encuentro de personas que trabajaban en diversas prácticas inspiradas por el socioconstruccionismo. Dicho encuentro me permitió dar un giro radical a la forma en que mi investigación había sido originalmente planteada. Particularmente inspirador fue el aprendizaje de la posición del *no saber*, presentada por Anderson y Goolishan (1992).

Dicho término fue concebido dentro de la práctica clínica de la psicología, para designar la postura terapéutica a través de la cual el terapeuta busca entender las experiencias del cliente a partir de aprender *sobre* el cliente, pero también, aprender *del* cliente, conceptuándolo como experto en su propia vida. Ello, no implica que el terapeuta niegue su conocimiento previo acerca de las teorías psicológicas, pero se rehúsa a quedarse en esa posición de saber, para trascender a la posición de la curiosidad que le permite modificar su conocimiento a lo largo de esta relación (Jankowski, Clark e Ivey, 2000). Aplicada a la investigación, la posición del no saber conlleva una actitud que transforma desde la manera de preguntar del investigador, hasta la forma en que se hace el análisis de los datos, enriqueciendo de esta manera la comprensión de la experiencia de los participantes.

Inspirada en esta premisa, empecé a entender la investigación como una experiencia conjunta, en donde serían los participantes quienes guiarían la travesía. Así, la primera modificación motivada por la posición del no saber, fue la pregunta de investigación. La primera versión buscaba responder ¿Cuáles eran las explicaciones que permitían entender por qué los niños y jóvenes permanecían en las calles? Desde esta versión, mi intención como experta era revelar porqué elegían las calles a partir de los desórdenes de apego, que seguramente encontraría. Sin embargo, al iniciar mis conversaciones se

empezaron a gestar preguntas de mucha mayor profundidad: ¿Qué tienen ellos para decir respecto a su permanencia en las calles? y ¿qué factores perciben ellos que influyen en su permanencia en situación de calle?

El entender que la respuesta a la pregunta de investigación no estaba en mí, sino en ellos, me condujo a un segundo giro. Yo podría tener el poder, como poseedora de información teórica, pero ellos tenían el poder como poseedores de información fáctica sobre la vida de la calle. Por lo tanto, ni yo como investigadora, ni los niños y adolescentes como participantes de la investigación contábamos con mayor o menor conocimiento; al contrario, poseíamos información que, en interacción, podría resultar en la construcción del mismo.

Este giro no solo impactó la forma en que la investigación sería construida, sino también, realizó un cambio, aún más importante en mí, como investigadora adulta. Pude reconocer en mi persona una actitud de superioridad anterior, desde la cual entendía que los niños y jóvenes no contaban con el conocimiento suficiente para relatar su experiencia y por esto era yo quien debía recoger los datos. Fue entonces que el tercer giro se presentó.

Reconocerlos como expertos en sus vidas, autónomos y reflexivos de todas sus decisiones, motivó un sentimiento de respeto que nunca antes había experimentado. Comprendí que la mejor forma de construir conocimiento era a través de mis conversaciones curiosas con ellos.

La primera investigación tuvo lugar a partir de un taller de fotografía, en donde los niños tomaron imágenes para responder a la pregunta: ¿qué les gustaría que las personas sepan acerca de su situación de vida en la calle? (ver capítulo 3).

Las imágenes y los testimonios que las acompañaban fueron entendidos como narraciones visuales y textuales co-construidas dentro de un contexto discursivo en

particular, en donde las interacciones con los investigadores, las instituciones de ayuda y las personas en situación de calle que participaron del taller fueron analizadas como parte activa de los datos. Los hallazgos presentaron una compleja trama de circunstancias contextuales, institucionales, culturales y sociales influían en la permanencia de los niños y jóvenes en las calles.

Las siguientes dos fases de la investigación fueron formuladas a partir de los hallazgos de la primera investigación y de las conversaciones curiosas que se generaban con ellos a partir de una única pregunta: ¿quisiera que me cuentes algo acerca de tu vida? La pregunta no tenía la intención de hablar sobre un tema en específico; al contrario, deseaba que fueran ellos quienes propusieran aquellas narraciones importantes para ellos mismos y así fui recolectando historias en donde la siguiente pregunta provenía de la respuesta anterior.

Entonces, al analizarlas, dos temas se repetían particularmente: la importancia del uso de inhalantes o vuelo y el significado del grupo de calle. Decidí acercarme nuevamente a ellos para confirmar que eran tópicos relevantes que les gustaría profundizar. Al recibir su aprobación decidí entonces trabajar estos temas por separado.

La exploración acerca del significado del uso de inhalantes fue cuidadosamente reflexionada. Mi experiencia de trabajo me había demostrado que la población en situación de calle tenía un discurso muy moldeado respecto a su utilización, que incluía explicaciones respecto a que los ayudaba a sobrevivir permitiéndoles lidiar con el hambre y el frío. Tuve temor de que si el tema se abordaba dentro de una conversación, las respuestas conducirían a las mismas conclusiones. Por ello, propuse indagarlo a partir de actividades, que decidimos llamar en conjunto, creativas. De esta forma, presenté al grupo de participantes una serie de siete actividades que incluían la utilización de dibujos acerca del vuelo, relatos de historias de ficción, collages, elaboración de manillas donde cada hebra de hilo representara un significado atribuido

al vuelo, escribir una canción respecto al vuelo, hacer una obra de teatro en donde el vuelo fuera un personaje y representar de forma no verbal su relación con el vuelo.

De las siete actividades propuestas, pedí a los participantes que votarían para definir cuáles de éstas motivaban su participación. La selección final incluyó cuatro actividades que produjeron un cuerpo de datos visuales y textuales, que permitieron la construcción de historias que mostraban la multiplicidad de significados respecto al consumo de vuelo.

Sin embargo, en concordancia con los principios socioconstruccionistas, era pertinente dialogar sobre estos significados por lo que, en un segundo periodo de la investigación, volví para compartir las historias construidas inicialmente, para que los participantes pudieran ampliarlas, modificarlas o resignificarlas si fuera el caso.

Al integrar ambos momentos del proceso de recolección de información, entendí que el significado del consumo del vuelo se construye en función de los diversos contextos de interacción social y espacial a los que tienen acceso los niños y jóvenes que viven en la calle (Ver capítulo 4).

Finalmente, la indagación acerca del grupo de calle me condujo a conversaciones que tocaban un tópico aún más extenso: la relación de los niños y jóvenes con las instituciones que los acogían. A partir de las historias, surgidas de diálogos llevados a cabo a lo largo de tres años, se revelaron experiencias de institucionalización que cuestionan arduamente la relación que los profesionales que trabajan a su cuidado construyen con ellos y, como éstas, contribuyen a la permanencia de los niños en las calles (ver capítulo 5).

Así pues, la postura del no saber guió la transformación tanto de la investigación, como de mi rol como investigadora y el rol de los niños, adolescentes y jóvenes, permitiendo dos importantes beneficios: 1) las preguntas de investigación se fueron

planteando en interacción con los participantes, de manera que los participantes no fueran meros transmisores pasivos de información, sino participantes activos de la construcción de conocimiento y 2) la relación de poder, siempre presente en el contexto de investigación, pudo tornarse equitativa al comprender que ambos actores del proceso investigativo, mi persona y las personas que viven en situación de calle, contábamos con poder en diferentes áreas de experiencia y experticia.

II. 4 Conclusión

Esta contribución ha pretendido compartir mi transición en la experiencia como investigadora, a partir de la presentación de la epistemología del construccionismo social y como ésta influyó en la forma en que los datos fueron recogidos y analizados para la presente investigación.

A partir de ello, se propone que la postura del *no saber* pudo transformar la metodología de recolección y análisis de información con niños, adolescentes y jóvenes en situación de calle, convirtiéndola en un proceso de construcción conjunta entre investigadora e investigados. El proceso de levantamiento de información se fue construyendo de forma consensuada y paulatina, recurriendo a los participantes tanto para el corroborar los temas a ser investigados, como los métodos de hablar sobre ellos y la forma de analizarlos. De esta manera, la postura de una sana curiosidad permitió balancear la relación de poder dentro del contexto de la investigación.

Referencias

- Anderson, H., & Goolishian, H. (1992). The client is the expert: A not-knowing approach to therapy. *Therapy as social construction*, 25-39.
- Anderson, H. (2012). Reflections on Kenneth Gergen's Contributions to Family Therapy. *Psychological Studies*, 57(2), 142 – 149.
- Arce, G. L. (2005). *Terapias postmodernas: aportaciones construccionistas*. Editorial

Pax México.

- Bowlby, J. (1985). *La separación afectiva*. Barcelona: Desclée de Bower.
- Burr, V. (1995). *An introduction to social constructionism*. London: Routledge
- Cisneros-Puebla, César A. (2007). Los rostros deconstructivo y reconstructivo de la construcción social. Kenneth Gergen en conversación con César A. Cisneros-Puebla. Introducción de Robert B. Faux [83 párrafos]. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 9(1).
- Gergen, K. J. (1973). Social psychology as history. *Journal of personality and social psychology*, 26(2), 309.
- Gergen, K. J. (1989). La psicología posmoderna y la retórica de la realidad. In *El conocimiento de la realidad social* (pp. 157-185). Sendai Editores.
- Gergen, K. J. (2003). *Social construction*. John Wiley & Sons, Inc.
- Gergen, K. (2007). Si las personas fueran textos. *Terapias posmodernas. Aportaciones construccionistas*. G. L. Arce (comp.). México: Pax México.
- Hosking, D. M., & Morley, I. E. (2004). Social Constructionism in Community and Applied Social Psychology (Editorial). *Journal of Community & applied social psychology*, 14.
- Jankowski, P. J., Clark, W. M., & Ivey, D. C. (2000). Fusing horizons: Exploring qualitative research and psychotherapeutic applications of social constructionism. *Contemporary Family Therapy*, 22(2), 241-250.
- Jost, J. T., & Kruglanski, A. W. (2002). The estrangement of social constructionism and experimental social psychology: History of the rift and prospects for reconciliation. *Personality and Social Psychology Review*, 6(3), 168-187.
- Lock, A., & Strong, T. (2010). *Social constructionism: Sources and stirrings in theory and practice*. Cambridge University Press.
- McNamee, S. (2012). From Social Construction to Relational Construction: Practices from the Edge. *Psychological Studies*, 57(2), 150-156.

- Romaioli, D. (2011). Opening Scenarios: A Relational Perspective on How to Deal with Multiple Therapeutic Views. *Psychological Studies*, 57(2), 195-202.
- Young, R. A., & Collin, A. (2004). Introduction: Constructivism and social constructionism in the career field. *Journal of vocational behavior*, 64(3), 373-388.
- Yu, K. F., & Sun, M. C. (2012). A Critically Appreciative Valuation of Social Constructionist Contributions to Organizational Science. *Psychological Studies*, 57(2), 157-163.



**CAPÍTULO III. ANÁLISIS VISUAL NARRATIVO
DE FOTOGRAFÍAS TOMADAS POR NIÑOS EN
SITUACIÓN DE CALLE DE LA CIUDAD DE LA
PAZ.**

*Este capítulo es una adaptación del artículo publicado:
Velasco, M. L.; Berckmans, I.; O'Driscoll, J. V. & Loots, G.
(2014). A visual narrative research on photographs taken by
children living on the street in the city of La Paz-Bolivia.
Children and Youth Services Review, 42, 136-146.*

CAPÍTULO III

ANÁLISIS VISUAL NARRATIVO DE FOTOGRAFÍAS TOMADAS POR NIÑOS EN SITUACIÓN DE CALLE DE LA CIUDAD DE LA PAZ.

III. 1 Introducción

De acuerdo al penúltimo reporte del Consorcio para Niños de la Calle (2007), el número de niños y adolescentes viviendo en las calles alrededor del mundo se encuentra entre 100 y 150 millones y, aunque es difícil obtener cifras precisas dentro de un país o ciudad específica, los números parecerían estar en constante incremento (Altanis & Goddard, 2003). Las cifras en Bolivia son igualmente confusas. En 1994, UNICEF estimó un total de 72.000 niños viviendo en la calle, mientras que una década después reportaron un número de ‘2.500 niños viviendo en las calles de la ciudades principales de Bolivia’ (1994, p. 29). Esta abismal diferencia puede ser justificada por diferentes motivos: a) los niños en situación de calle generalmente se caracterizan por mudarse frecuentemente de un lugar a otro (Pinillos, 2007) lo que puede generar duplicidad en los datos; b) no existe un consenso en la categorización de este grupo, ya que aquellos que trabajan en la calle no se encuentran necesariamente en situación de calle, aún a pesar de pasar una noche ocasional fuera de su casa y c) se realizó un cruce de datos entre las instituciones trabajando con estos niños y se encontró que el número de niños que vivían exclusivamente en la calle variaba significativamente (VSC, en prensa).

En Bolivia, el primer grupo de niños² en situación de calle apareció en los años ‘70 (Domic & Ardaya, 1991) sin embargo, su identificación como problema económico y social sucedió en los años ‘80.

² A partir de ahora, al hablar de niños, adolescentes y jóvenes nos referiremos a ellos solamente como niños, para garantizar fluidez en la lectura

Así, el surgimiento de este grupo está relacionado con la crisis económica, fruto de la implementación de una política económica neoliberal, que ocasionó despidos masivos que incrementaron los niveles de pobreza del país. Otra explicación está relacionada con las altas tasas de migración interna ocurridas en este mismo periodo, debido a que las familias comenzaron a trasladarse desde el campo hacia la ciudad en búsqueda de mejores oportunidades económicas. Este fenómeno se hizo aún más evidente en el eje troncal de Bolivia, compuesto por las ciudades de Santa Cruz, La Paz, El Alto y Cochabamba.

Ahora bien, a pesar de que las estimaciones sobre la cantidad de niños en situación de calle difiere en cada una de estas ciudades, la importancia de este fenómeno social no puede ser ignorada debido a los riesgos que implica vivir en la calle y el impacto que, vivir en estas circunstancias, representa en la socialización de estos niños (Moreno, 2006). Es así, que científicos de las áreas sociales se han ido preocupando de manera creciente respecto al hecho de que niños y adolescentes vivan en las calles, por lo que una cantidad considerable de investigaciones y literatura se ha enfocado en la descripción de este grupo y su vida en la calle.

En este sentido en 1986, UNICEF hace un primer intento a nivel internacional, de definir a los niños en situación de calle mediante su división en tres categorías, basadas en el grado de conexión familiar que tenían los niños (Eggen,2007):

“a) los candidatos a volverse niños en situación de calle eran aquellos trabajadores provenientes de familias pobres b) los niños en la calle eran individuos que trabajaban y mantenían alguna conexión familiar, pero que recibían apoyo inadecuado y/o esporádico y, finalmente c) los niños en situación de calle eran referidos como individuos que trabajaban, pero que habían sido abandonados o expulsados por sus familias y que, por lo tanto, vivían sin ningún apoyo familiar (p.378)”

Otros intentos de describir a los niños en situación de calle tomaron en cuenta los antecedentes familiares de los niños, sus cursos de vida, características físicas,

psicológicas y sociales (Luiz de Moura, 2002). Sin embargo, dichos afanes acabaron enmarcándolos bajo una mirada globalizadora que resaltaba rasgos comunes sobre la población, en desmedro de características particulares y subjetivas sobre la forma de experimentar la calle, como se puede ver en la Tabla 1, construida en base al trabajo de Pinillos (2007):

Tabla 1. Características de Niños y Adolescentes Viviendo en las Calles

Social	Psicológicas	Físicas
Independientes y autónomos	Baja tolerancia a la frustración	Habilidad de adaptar su vestimenta de acuerdo al contexto y a la actividad
Comportamiento e	Autoestima con altas y bajas	Lenguaje corporal muy particular.
Asociación y solidaridad con su grupo de pares.	Desconfiados para precautelar por su integridad emocional.	Apariencia física de acuerdo a la dinámica y tiempo transcurrido en la calle.
Creativos en encontrar estrategias de sobrevivencia	Recurren a compensadores afectivos (consumo de drogas)	Sistema físico altamente vulnerable
Lenguaje basados en un subsistema de comunicación	Pérdida total o parcial de lazos familiares.	
Fallidos procesos de institucionalización		

Nota. Adaptada de “Niños en situación de Calle. Realidades”, por E. Pinillos (2007). Buenos Aires: Paidós.

No obstante, con el transcurso de los años, los estudios de investigación han intentado no solo confinarse a estas características superficiales, sino adentrarse en los factores aún más profundos que pueden estar contribuyendo al crecimiento de este grupo. En efecto, diversas investigaciones han demostrado que existe una compleja interacción entre factores de expulsión, causantes de alejamiento de los niños de sus familias y factores de atracción al mundo de la calle (Dybicz, 2005). Entre los factores de expulsión, los hallazgos sugieren que una gran mayoría de niños que viven en las calles vienen de familias con escasos recursos (Consortio de niños en situación de calle, 2007). Sin embargo, una encuesta realizada en Bolivia el año 2007, demostró que solo el 7% de los niños que vivían en las calles, lo hacían como resultado directo de la pobreza o falta de recursos económicos para vivir. En cambio, los niños respondieron que fueron a vivir a la calle debido a razones de abuso físico (46%)³, abuso emocional (13%), abandono (16%) o muerte de alguno de los padres (18%) (Moreno, 2006). Esto revela la existencia de una compleja red de eventos, con condiciones relacionadas a la historia personal y a una serie de variables sociales, económicas y políticas, que conforman un sistema que empuja a los niños a vivir en las calles (Dómic, 1991).

Además de estos factores de expulsión, la literatura investigativa también menciona varios factores que los atraen hacia la vida de calle, como por ejemplo la oportunidad de generar ingresos (Dybicz, 2005), y la adaptación positiva de algunos niños a las calles (Aptekar, 1994). Aptekar (1994) y otros investigadores (Fesman, 1989; Hecht, 1998; Lucchini, 1994) encontraron que inclusive a algunos de los niños les gustaba estar en las calles o que estaban viviendo ahí por decisión propia; sin embargo, Raffaelli y colegas

³ Los resultados de los estudios son consistentes con la información de la Dirección General para Niños y Adolescentes en Bolivia, la cual afirma que siete de cada diez niños son abusados físicamente en sus casas, y ocho de cada diez en sus escuelas y lugares de trabajo (UNDP, 2010). Más aún, se sospecha que tres de cada 100 niños y adolescentes han sido víctimas de violación y 15 de cada 100 han sido víctimas de acoso sexual.

establecieron que estos niños “podrían estar eligiendo el menor de dos males al abandonar su hogar por la calle” (Raffaelli, Koller, Reppold, Kuschick & Krum, 2001, p. 397). Más aún, los resultados muestran que estos niños son capaces de desarrollar redes de recursos e incluso aprender las habilidades necesarias para manejar y mantener estas redes mientras vivan en las calles (Turnbull et al., 2009; Aderinto, 2000; Aptekar& Ciano, 1999).

Ahora bien, a pesar de que las investigaciones mencionadas anteriormente han sido útiles para conseguir un adentramiento en las razones del creciente número de niños viviendo en las calles, éstas consistieron principalmente estudios en los que los niños tuvieron el rol de encuestados. Entrevistas (Aderinto, 2000; Aptekar& Ciano, 1999; Altanis & Goddard, 2003; Raffaelli et al., 2001), cuestionarios (Aderinto, 2000), encuestas (Eggen, 2007) y tests psicológicos (Aptekar& Ciano, 1999; Raffaelli et al., 2001) fueron la principal fuente de información.

En años recientes, los académicos han resaltado que los trabajos de investigación frecuentemente ignoran las voces de los participantes (Raffaelli, et al., 2001) y han atraído la atención hacia la necesidad de desarrollar nuevos métodos de investigación basados en la participación, que aborden las experiencias de los niños de manera más activa en los procesos de investigación (e.g., Aptekar& Ciano, 1999; Danby, Farrell & Leiminer, 2006; Turnbull et al., 2009).

Reconociendo la necesidad de un involucramiento más activo de los niños en la investigación, esta contribución presenta las voces de los niños y adolescentes en situación de calle, mediante el análisis de datos visuales y textuales provenientes del material fotográfico producido por estos niños, dentro de un proyecto de fotografía llevado a cabo por una ONG en La Paz-Bolivia. En este proyecto, las imágenes fueron utilizadas como una herramienta de presentación sobre sus vidas en una exhibición pública; es por ello que tiene aspectos coincidentes con la metodología de *foto-voz*. La

metodología de *foto-voz* fue configurada como una técnica de participación:

“a) para permitir a las personas grabar y reflejar las fortalezas y preocupaciones de su comunidad; b) para promocionar el diálogo crítico y conocimiento acerca de asuntos importantes, a través de discusiones grupales grandes y pequeñas acerca de las fotografías y c) para llegar a los hacedores de políticas públicas” (Wang & Burris, 1997, p. 369).

Sin embargo, con los años esta metodología ha sido utilizada en contextos diversos y de maneras distintas (e.g., Castleden, & Garvin, 2008; Mitchell, DeLange, Moletsane, Stuart, & Buthelezi, 2005; Streng, Rhodes, Ayala, Eng, Arceo, & Phipps, 2004). En este proyecto en específico, los pasos y procedimientos de la metodología de *foto-voz* no fueron inicialmente pensados con propósitos de investigación, sino para generar imágenes que permitieran construir una exhibición fotográfica, que debería ser mostrada al público en general. Sin embargo, la información resultante presentó una oportunidad única para conducir una investigación narrativa visual acerca de la perspectiva de los propios niños sobre la vida en la calle, ya que permitió que pudieran fotografiar sus propias vidas y presentárselas a los demás, en vez de permanecer como sujetos pasivos de las intenciones e imágenes de otras personas (Wang & Burris, 1997).

En este trabajo, nos basamos en la conceptualización de Rose (2007) acerca de las imágenes, no como ventanas transparentes hacia al mundo, sino como poseedoras de agencia propia, significado y efecto social. Las imágenes ofrecen perspectivas muy particulares sobre las vidas sociales de sus autores, a la vez que causan determinados efectos cuando son observadas. En segundo lugar, usamos el concepto de imagen –texto propuesta por Mitchell (1994), para referirnos a fotografías acompañadas por algún texto o testimonio que las explique. De acuerdo a Mitchell, los textos y las imágenes juntas proveen mayor información que las fotografías solas o los textos independientes y, por lo tanto, deben ser analizadas como un todo. Por último, recurrimos a la metodología de análisis visual, que considera tres perspectivas desde las cuales una imagen puede ser

analizada: a) desde la producción de la imagen, b) desde la composición de la imagen y c) desde la audiencia hacia la cual las imágenes están dirigidas (Rose, 2007).

De acuerdo a la perspectiva de la producción de imágenes, todas las representaciones visuales son hechas bajo condiciones y circunstancias distintas, las cuales contribuyen a sus efectos. En este sentido, la tecnología con la cual una imagen es producida y el contexto social de producción determinan su forma, significado y efecto. Luego, según la perspectiva de composición de la imagen, ésta puede tener sus propios efectos, los cuales superan las limitaciones de la producción. Lo que es de interés para el observador no es sólo la imagen como un todo, sino también la relación entre sus partes. Finalmente, según la perspectiva de la audiencia, Fiske (1994) sugiere que este es el campo más importante sobre el cual se puede realizar un análisis visual. Este autor utiliza el término audiencia para referirse al público hacia el cual está dirigida una imagen. Además, enfatiza la influencia que tiene la audiencia para cambiar el significado de una imagen, renegociarlo o incluso rechazarlo dependiendo de las circunstancias y contexto de la audiencia en específico. De este modo, las prácticas sociales determinan cómo una imagen puede ser vista y por lo tanto, influye también el modo en que el autor la crea, ya que siempre hay una audiencia en mente.

Mediante el análisis de las fotografías bajo estas tres perspectivas, creemos que podemos contribuir a dar respuesta a interrogantes importantes para organizaciones y profesionales que brindan apoyo a los niños como ser: a) ¿por qué los niños en situación de calle permanecen en ésta a pesar del hecho que existen muchas organizaciones que se encuentran innovando programas para acogerlos? b) ¿por qué los niños vuelven a las calles después de haber experimentado la institucionalización? y c) ¿por qué vuelven a la vida de calle, a pesar de que algunos de ellos tienen la oportunidad de volverse autosostenibles, de reintegrarse a sus familias y a la sociedad?

En la siguiente parte, describiremos, en primer lugar, como fue llevado a cabo el

proyecto fotográfico, luego explicaremos cómo se analizó el material visual y textual desde una perspectiva visual-narrativa, y finalmente discutiremos como los jóvenes se presentaron a sí mismos y a sus vidas en diferentes voces, de acuerdo a las distintas audiencias.

III.2 Método

III.2.1 Participantes.

En el año 2011 la Fundación Alalay⁴, una ONG que ha estado trabajando con niños en diferentes situaciones de riesgo en las principales ciudades de Bolivia, llevo a cabo un proyecto de fotografía conformado por 180 niños que participaban de distintos programas en La Paz, El Alto, Cochabamba y Santa Cruz. Así, los participantes pertenecían a distintos grupos según el programa en el cual se encontraban: (1) diez niños que vivían en las calles de La Paz, (2) 112 niños de La Paz, El Alto y Santa Cruz que vivían anteriormente en la calle, pero que habían sido acogidos durante muchos años ya en hogares de protección al momento del proyecto fotográfico y (3) 78 niños y adolescentes, que vivían con sus familias en lugares empobrecidos de las ciudades mencionadas anteriormente y también en la ciudad de Cochabamba. Éstos últimos participaban del programa de prevención de la institución, debido a situaciones de violencia familiar.

La investigación en la cual está basado este capítulo, tomó en cuenta el material visual y los textos producidos por el grupo (1) de 10 niños en situación de calle ya que, basados en experiencias diarias, pudimos constatar lo difícil que era para ellos comprometerse a proyectos como éste, debido a su impredecible estilo de vida; por lo que consideramos que el proyecto de *foto-voz* era una oportunidad valiosa para la

⁴ Para más información sobre la institución ingrese a www.alalay.org

investigación.

Los fotógrafos del material analizado en este trabajo, son parte de un grupo de calle que se reúne semanalmente con el equipo de trabajo de calle de la organización, quienes los invitaron a participar de forma voluntaria. Debe recalcarse que el total de 25 niños del grupo de calle atendido por Alalay en la ciudad de La Paz fueron invitados a participar en el proyecto fotográfico, pero que solo diez de ellos permanecieron a lo largo de todo el proceso. Estos niños fueron los que se tomaron en cuenta para este estudio.

El grupo de participantes de la investigación fue conformado por siete varones y tres mujeres que vivían en las calles de centro de la ciudad de La Paz. Su rango de edad iba desde los 9 a los 14 años y todos eran miembros del mismo grupo. Asimismo, sus periodos de permanencia en calle variaban de dos a seis años, dependiendo el caso. El grupo de calle incluía miembros de diferentes edades, desde infantes, niños y adolescentes hasta adultos viviendo todos juntos bajo las gradas de una de las avenidas principales de la ciudad.

En cuanto a su ingreso a la calle, los participantes relatan que iniciaron su vida cuando eran niños pequeños, de entre siete y diez años de edad, debido a varios problemas familiares incluyendo la existencia de violencia, la muerte de alguno de los padres y la posterior aparición de una madrastra o un padrastro que los maltrataba y problemas paternos de consumo de alcohol, que conducían a tratos negligentes. Así lo confirma la siguiente declaración:

“Mi madre dejó a mi padre....entonces mi padre empezó a tomar más y más cada día. Nos dejaba a mí y a mis tres hermanos solitos por 3 o 4 días con un candado en la puerta. Entonces, un día rompí la ventana y me fui (J., 13 años)”

Asimismo, la mayoría de ellos ya habían tenido contacto con algunos “chicos del

grupo”, como se llaman a sí mismos, porque se habían conocido mientras trabajaban en las calles. Solamente tres de ellos dejaron sus hogares sin conocer a nadie en la calle, reconociendo cuán difícil fue vivir aislados, principalmente debido a que tenían miedo de la policía, otros adultos viviendo en la calle y la Defensoría, quiénes podrían llevarlos de vuelta a sus casas o dejarlos en refugios del gobierno.

Su vida en la calle incluye diversas actividades desde inhalar *vuelo* (ver capítulo 2), el cual consumen gran parte del día, hasta todo tipo de trabajos como lustrar calzados, lavar autos y trabajar de voceadores dentro de los minibuses. Otra actividad importante son las reuniones regulares con diferentes organizaciones; una de éstas, la Fundación Alalay, con quienes se reúnen una vez por semana en uno de los campos deportivos prestados por la municipalidad. Durante estas reuniones de tres horas de duración, se organizan diferentes actividades, comenzando con un momento de oración, seguido de un momento terapéutico en donde los niños participaban de diversas discusiones de grupo, generando reflexiones sobre sus vidas, experiencias pasadas y esperanzas futuras. Finalmente, juegan fútbol y reciben una merienda. Además de estas actividades, los niños generalmente mantienen conversaciones individuales con alguno de los trabajadores de calle, para discutir asuntos personales, buscando apoyo para resolver problemas de salud, para comprar alimentos o para contactar a familiares.

III.3 Procedimiento

III.3.1 Proyecto fotográfico.

El proyecto fotográfico fue propuesto por un fotógrafo profesional, con experiencia previa en la organización de iniciativas similares en otras ciudades de Bolivia. La propuesta del proyecto fue enmarcada bajo la metodología de *foto-voz*, a partir de la cual, una cámara fotográfica fue entregada a los participantes para que ellos elijan y tomen imágenes que les permitan expresar sus experiencias y narrar el significado de

éstas de manera colaborativa (Riessman, 2008).

El equipo de Alalay, tomó la decisión de implementar este proyecto fotográfico dentro de una variedad de actividades artísticas llevadas a cabo durante ese año. El proyecto comenzó con una sesión de entrenamiento, donde se discutieron el tema y contenido de éste con el equipo de facilitadores conformado por coordinadores, psicólogos, trabajadores sociales y educadores de los programas de protección y prevención, incluyendo a la primera autora.

Luego, se llevaron a cabo las sesiones con los niños en 3 fases consecutivas. Primeramente, los participantes discutieron, en un taller introductorio, los objetivos, planificación y procedimiento del proyecto y recibieron una introducción sobre el uso de cámaras desechables, mediante la toma de imágenes de prueba. En seguida, los facilitadores del proyecto explicaron que la participación de los niños era completamente voluntaria, y que podían retirarse en cualquier momento. De hecho, dos niños decidieron dejar de participar después de haber perdido sus cámaras.

Una vez que los niños aceptaron asistir, se presentó la pregunta a ser respondida mediante la toma de fotografías: ¿Qué te gustaría mostrar a la gente acerca de tu situación?

En un segundo encuentro, el grupo se reunió para devolver las cámaras y comentar acerca de sus primeras impresiones en la experiencia de tomar fotografías. Finalmente, la tercera fase consistió en un taller de lluvia de ideas conjunta, en el cual se devolvieron las fotografías impresas a color (de 10x15 cm. de tamaño) a los participantes y se les pidió que discutieran y reflexionaran acerca de las respuestas dadas a la pregunta presentada en el taller introductorio. Este proceso de reflexión fue llevado a cabo en dos etapas:

- (1) Selección personal de fotografías: Cada participante revisó sus propias

fotografías, numerándolas en la parte de atrás y se les pidió que seleccionaran las cuatro fotos que mejor representaran su experiencia, poniendo un título en cada foto. Este proceso duró aproximadamente una hora, respetando las pausas individuales.

(2) Diálogo grupal: A continuación, los niños fueron divididos en grupos de acuerdo a su edad, donde reflexionaron y decidieron que fotografías serían presentadas en la exhibición. Después de una discusión grupal, se pidió a los niños y adolescentes en situación de calle que escogieran 12 fotografías del total de imágenes, que representaran de mejor manera su experiencia en la calle. Cabe aclarar que fueron informados que las imágenes seleccionadas serían parte de una exhibición fotográfica. Este proceso también tuvo una duración aproximada de una hora.

Por último, los facilitadores recolectaron testimonios y comentarios escritos de los autores de cada fotografía seleccionada, respecto de la razón por la que cada foto había sido tomada. Ya que los participantes tenían dificultades para escribir, los facilitadores tomaron notas de los testimonios hablados. Se evitaron preguntas para permitir que los niños decidan libremente la duración de su testimonio. Estos textos acompañaron las fotografías seleccionadas.

En un momento posterior, se digitalizaron las fotografías así como los textos y fueron devueltos a los participantes, los cuales otorgaron permiso para que éstos fueran usados en exhibiciones públicas, siempre y cuando se respetara la anonimidad.

III. 3. 2 Análisis narrativo visual.

Decidimos llevar a cabo un análisis narrativo visual en el proyecto fotográfico, por dos razones principales. En primer lugar, creíamos que las fotografías eran medios legítimos para presentar las voces de los niños ya que a) ellos decidieron que fotografiar y cómo hacerlo; b) eligieron que fotografías serían mostradas en la exhibición y c) decidieron que información transmitir acerca de ellos mismos. En segundo lugar,

estábamos interesados en respetar el contexto y la integridad de las ideas presentadas en las imágenes-textos (Riesmann, 2008).

De esta manera, el análisis empezó mirando detalladamente cada una de las imágenes, describiendo los objetos, lugares y personas que mostraban. Luego, leímos los textos de manera separada y los describimos cuidadosamente. Finalmente, comenzamos a comparar, buscando semejanzas y contradicciones entre ambas fuentes de información, en cada fotografía y entre cada una de las fotografías, para respetar la complejidad de la información.

Al centrar el análisis sobre cómo las imágenes-textos fueron construidas visual y verbalmente, tomando en cuenta el contexto social bajo el cual fueron producidas y, considerando a las audiencias para las cuales las imágenes fueron creadas, pudimos distinguir diferentes voces desde las cuales los niños estaban presentando sus vidas.

Identificamos tres voces diferentes, relacionadas a las audiencias que habían estado involucradas en el proyecto fotográfico y la exhibición: (1) miembros del personal de la ONG que atiende a niños y adolescentes en situación de calle, que fueron quienes promovieron el proyecto de fotografía y la exhibición posterior. Ello, debido a que fueron los primeros en ver las fotografías, después de ser reveladas y seleccionadas para la exhibición. Más aún, los niños estaban conscientes de que las fotografías debían responder a la demanda transmitida por la ONG que llevó a cabo este proyecto fotográfico.

(2) Niños viviendo en la calle, que se constituyeron en una audiencia en particular aún estando en la misma situación, pues participaron presencialmente de las sesiones de fotográficas y la posterior selección de imágenes.

(3) El público o sociedad en general, representado por las personas que asistieron a la exhibición.

A pesar que estas audiencias fueron identificadas después que el proyecto fotográfico hubiera finalizado, éstas fueron posteriormente verificadas con los niños y adolescentes que participaban en los encuentros semanales mencionados anteriormente. En estos encuentros, explicamos nuestra intención de enfocar el análisis principalmente bajo la perspectiva de la audiencia, idea a la cual los niños accedieron, expresando que ellos sabían que estas fotografías estaban destinadas para la exhibición de Alalay, como una adolescente expresó:

“Hemos disfrutado sacando las fotos, era como una oportunidad de mostrar a todos, a todas las gentes como es vivir en la calle. Además, nos hemos sacado fotos como recuerdos de nosotros mismos...esas fotos nos las hemos quedado” (S., 14 años)

Y otro participante añadió:

“Claro pues seño que sabíamos que sacar. Es lo que nos han hablado en el proyecto de fotografía. ¡No iba a sacarme una foto de mi lavándome mis dientes!” (A., 14 años).

III.3.3 Cuestiones éticas.

En investigaciones actuales, las opiniones de los propios jóvenes acerca de su situación de vida en la calle se encuentran frecuentemente ausentes (Rafaelli et.al., 2001), por lo que esta investigación ha buscado contribuir a la literatura tomando en cuenta sus perspectivas. En este sentido, las fotografías analizadas fueron consideradas como un material muy valioso para aprender sobre la experiencia de los niños.

El material visual fue producido de manera ética como se explicó en la sección anterior, tomando en cuenta los siguientes principios:

(1) En beneficencia de los participantes, ya que consideramos que los riesgos de daño físico, psicológico o social asociados a tomar fotografías y ser fotografiado, no eran mayores que aquellos encontrados en su vida diaria de calle. Más aún, lidiamos con la invasión de privacidad dejando que los niños decidan que fotografías de su vida mostrar;

respetando la confidencialidad mediante el uso de nombres ficticios y máscaras para proteger su anonimato. Finalmente, lidiamos con el estigma social, al reconocer la agencia y capacidad de participación de los niños al momento de tomar y seleccionar las fotografías y al respetar la integridad de los textos lo que, en algunos casos, les dio la oportunidad de presentar reclamos, que en raras ocasiones son escuchadas en el mundo social y académico.

(2) Se tomó en cuenta el respeto a la personas, considerando su dignidad y autonomía al invitar a los fotógrafos a autorizar el análisis narrativo visual que se llevó a cabo sobre el material que habían creado.

(3) En cuanto a la autorización de las fotografías, ya que se trataba de niños en situación de calle, sin ninguna familia adulta que responda por ellos, realizamos todo el proceso de autorización en la presencia de adultos que trabajan con ellos y los atienden en las calles.

(4) Consideramos la compensación social como un beneficio secundario, tanto del proyecto fotográfico, como de la investigación en sí misma, ya que permitieron que los niños hagan visibles sus experiencias a públicos sociales y académicos, que son generalmente difíciles de alcanzar en Bolivia.

(5) Reflexionamos profundamente en qué pasaría si las voces de los niños fueran malinterpretadas por los lectores de esta investigación, enfrentándolos al riesgo de perder una red importante de instituciones o grupos de calle que colaboran con ellos; además de enfrentar el riesgo de que la sociedad pueda interpretar, a través de las imágenes, que ya no existe esperanza de reintegración para estos niños, porque les “gusta” vivir en la calle. Es por este motivo que decidimos presentar el material fotográfico como un todo integral, en donde imágenes que muestran características tristes y difíciles de la vida de la calle pudieran ser contrastadas con testimonios de

independencia, gratitud, sentimientos de pertenencia a la calle y reclamos hacia la sociedad, respetando sus voces tal y como decidieron presentarlas al público.

III.4 Hallazgos

Organizar los hallazgos de la investigación presentó un desafío importante, ya que clasificar las fotografías que representaban cada una de las voces podía reducir la riqueza y complejidad del material. Nos confrontamos con la imposibilidad de clasificar las fotografías de acuerdo con cada una de las diferentes voces que se dirigían hacia las diferentes audiencias, ya que encontramos que éstas se encontraban yuxtapuestas, mostrando las distintas posiciones desde las cuales cada niño estaba hablando. Por tanto, ordenamos las fotografías de la mejor manera en que creímos que podían ilustrar cada voz, pero conscientes de que las imágenes y textos contienen múltiples voces.

Presentamos los hallazgos de acuerdo a las tres voces que pudimos definir: a) la voz que responde al discurso institucional sobre los niños en situación de calle, a la cual hemos llamado la voz dependiente, b) la voz que responde al discurso del grupo de pares de la calle, a la cuál llamamos la voz de calle, y c) la voz que responde al discurso de la sociedad sobre los niños de calle a la cual denominamos la voz del reclamo.

III.4.1 Voz dependiente.

Al hablar de la voz dependiente nos referimos a la tendencia narrativa en la cual los niños se presentan a sí mismos con la necesidad de constante apoyo y ayuda, lo cual se relaciona con los discursos institucionales que gran parte de las veces los presentan como víctimas. En este sentido, al analizar las fotografías seleccionadas para ser mostradas en la exhibición, se pudo identificar un rasgo en común: las imágenes escogidas mostraban situaciones donde se evidenciaba la falta de protección, abuso infantil y violación de derechos, abuso de drogas, y condiciones laborales inadecuadas; situaciones todas, que si bien son frecuentes en la vida en calle, no son las únicas

experiencias de la población. En este sentido, nos preguntamos si estas estas imágenes fueron construidas para confirmar, verbal y visualmente, el discurso institucional respecto a los niños (Dona, 2006). Un ejemplo contundente de la voz dependiente es el presentado en la figura 1. La imagen muestra un grupo de personas jóvenes, en trajes deportivos, jugando fútbol. En el texto, el niño enfatiza el hecho que esa imagen representa cuanto le gusta jugar fútbol en la cancha, encontrarse con amigos, y “compartir amor por el deporte”. Más importante aún, se refiere explícitamente al juego como un espacio de encuentro con “ustedes, la gente de Alalay”. Además añade que hacer deporte es “un derecho”, lo que lo hace sentirse orgulloso y tranquilo.

Existen muchos aspectos interesantes en esta fotografía. En primer lugar, el fotógrafo refuerza literalmente el significado de los encuentros con los miembros de Alalay, resaltando a través de ello, la importancia del apoyo de las ONG’s. En segundo lugar, la mención sobre el derecho a hacer deporte aparece como una confirmación de la narrativa de las ONG’s, indicando que la cancha de fútbol es un espacio público, y sin embargo aprobado socialmente, en el que un niño si puede estar, contrariamente a la calle. Aún más, que el fútbol es una actividad también aprobada socialmente. Así, mediante esta declaración, el fotógrafo reafirma la idea sobre la construcción social del ser “niño”, la cual es desafiada de muchas maneras por la vida de la calle.

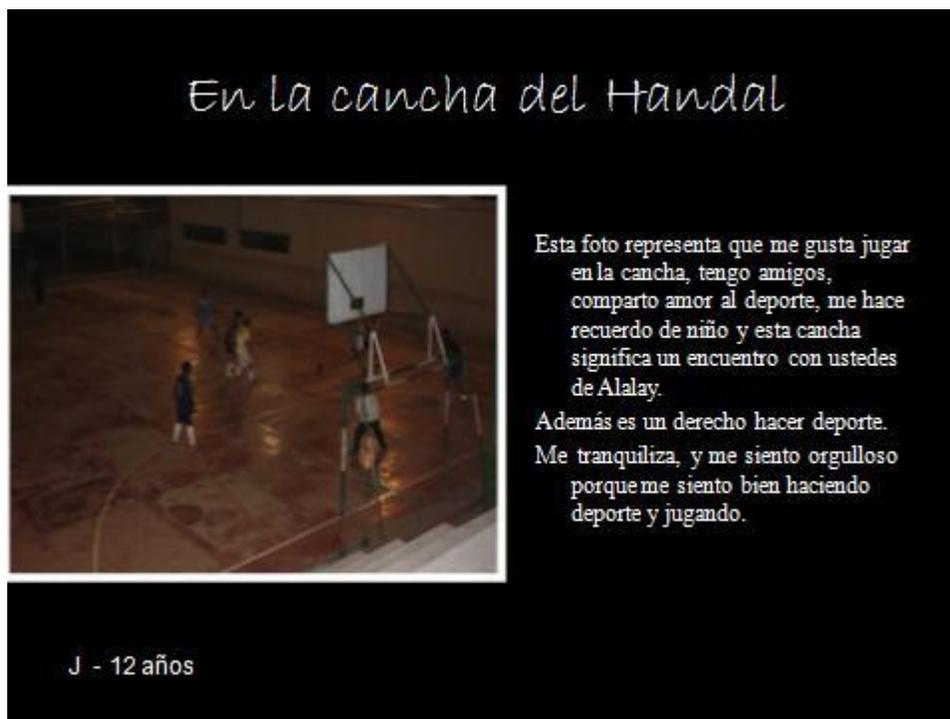


Figura 1. En la cancha del Handal, 2011.

Asimismo, la fotografía parece hacer referencia al hecho de que la mera presencia de las instituciones les permitiera cumplir algunos de sus derechos, por lo menos de manera temporal, cuando los visitan en las calles. En este sentido, la figura 1 demuestra sustancialmente a la voz dependiente que responde a la audiencia de las ONG's.

Investigaciones acerca de la relación entre los niños que viven en la calle y los programas de apoyo gubernamentales y no gubernamentales, cuestionan críticamente las intervenciones de estos programas al perpetuar el status quo de la situación de los niños (Turnbull, et. al; 2009; Luiz de Moura, 2002). En efecto, los niños que viven en la calle se encuentran familiarizados con las distintas intervenciones de las instituciones, las cuales les ofrecen cuidados, atención a necesidades materiales como ser comida, cuidados de salud y servicios de lavandería; así como apoyo psicológico, espiritual y

legal a través de actividades diversas en talleres individuales y grupales. Como uno de los jóvenes dijo:

“Yo, así tengo como mi horario semanal; por ejemplo, Se que los lunes son para lavar ropa en (nombre de la institución), luego, me voy a almorzar desde las 12: hasta las 14:00 a (nombre de la institución) y me quedó ahí con los chicossiempre hay una actividad. Después de eso, estoy caminando y de repente me doy cuenta que el día se ha pasado” (E., 19 años).

Otro ejemplo interesante que evidencia la necesidad de ayuda es la fotografía en la figura 2, en la cual un niño muestra donde duerme en la calle. En ella, el fotógrafo comienza mostrando donde duerme normalmente de noche y explica que duerme allí porque no tiene casa; inmediatamente después, enfatiza que le gusta vivir en la calle, a pesar de que sabe que no debería estar ahí. Finalmente concluye diciendo que se siente mal de pensar en eso, porque está consciente que en algún momento tendrá consecuencias para su salud.



Figura 2. Hace frío, 2011

El mensaje de la figura 2 es controversial. En ella se presentan dos voces contrapuestas. Por un lado, la voz dependiente es representada por el argumento bajo el cual el niño no debería estar en la calle, lo que aparentemente confirmaría el discurso institucional y de la sociedad respecto a que los niños pertenecen a espacios como la casa y el colegio (Eggen, 2007). Por el otro lado, la voz de la calle se hace audible cuando reafirma que le gusta la calle. De igual manera, varios investigadores refuerzan el hecho que los niños “disfrutan” estando en la calle (Aptekar, 1994; Felsman, 1989; Hecht, 1998; Lucchini, 1996). Así, ambas imágenes muestran discursos dominantes de dependencia.

Ahora bien, al tomar en consideración las fotos que no fueron elegidas para la exhibición y que reflejaban otros aspectos relacionados con la vida en las calles como ser la libertad, la amistad, la solidaridad, la creatividad y los tiempos de ocio parecería ser que los participantes hubieran retratado características consistentes con los ampliamente aceptados discursos institucionales y sociales, acerca de los niños en situación de calle; que generan una percepción reduccionista y únicamente negativa de la vida de calle, pero que se relacionan con la construcción social de que los niños que viven en la calle son pobres y desventajados y están en constante necesidad de ayuda, orientando, por lo tanto, a los programas de apoyo hacia ciertos tipos de intervenciones a expensas de otros (Burr, 1995); más aun, constituyéndose en una estrategia poderosa de sensibilización al público, lo cual es muy importante para la sostenibilidad de las ONG's.

No podemos negar que la vida en la calle conlleva una serie de riesgos bastante serios para los niños, a saber: involucramiento en pandillas, pobreza, tráfico humano y de drogas, policía, criminales y adultos dispuestos a explotarlos (Lusk y Mason, 1993). No obstante, si estas otras dimensiones de la vida de calle no son tomadas en cuenta, las instituciones corren el riesgo de ofrecer intervenciones asistencialistas diseñadas para

perpetuar la lógica de la necesidad continua, yendo quizás en detrimento de la construcción de autonomía que se requiere para dejar la vida de la calle. Es más, este tipo de intervenciones asistencialistas pueden acabar siendo caracterizadas por un doble estándar; en el que por un lado, muchas de las actividades estén diseñadas para fortalecer a los niños en las calles mediante: a) el fortalecimiento de la capacidad para tomar la decisión de dejar la calle y b) procurar la suficiencia y autonomía de los niños para renunciar a su grupo e ingresar a una institución; pero por otro lado, exista una dinámica relacional que victimice a los niños al evidenciar únicamente sus vulnerabilidades al público.

Cuestionamos como este doble estándar puede afectar la relación de los niños con las instituciones, lo cual también implica mayores consecuencias en cuanto a cómo se relacionan consigo mismos y con los demás.

III. 4.2 La voz de calle.

Al referirnos a la voz de calle, la contradicción en las voces también resalta, ya que las fotografías muestran situaciones en las cuales los niños aparentan ser vulnerables, pero los testimonios generalmente contienen frases como: “Pero estoy bien”, “me gusta”, lo que suena contradictorio y ambivalente. Sin embargo, al realizar un análisis más profundo de esta contradicción, una constante dicotomía entre la voz dependiente y la voz de calle, que muestra un sentido de pertenencia y autonomía, se hace presente. La información escrita presenta una estructura idéntica en la mayoría de las fotografías. Primero, la voz dependiente, acorde al discurso institucional que dice que es lo que un niño debería ser o hacer, es seguida por la voz de calle, que expresa sentimientos positivos sobre la pertenencia a la calle y a su grupo.

Un ejemplo de esto es la fotografía titulada “Bienvenidos a mi casa” (Figura 3), en la cual se pueden ver a dos niños usando máscaras, parados dentro de un hueco en el suelo,

con el brazo de un niño rodeando al otro. En el texto se lee: “Aquí vivo, aquí duermo, ésta es mi casa, es como un hogar para mí”. En concordancia con esta voz de calle, una investigación en Brasil demostró que los niños en situación de calle no se consideran a sí mismos como personas sin hogar, sino que tienen un hogar en la calle (Hetch, 1998). Además, la imagen muestra a ambos niños abrazándose y sosteniendo un pedazo de pan y un pedazo de lana⁵, – objetos de uso común en un hogar en la calle, lo que fortalece la idea.

Más aún, si consideramos el título, éste no es presentado desde una posición sarcástica, sino desde una posición fortalecida; de hecho, muestra como nos están invitando a su hogar. No obstante, la voz dependiente aparece cuando el niño dice:

“...porque sólo nosotros, los niños de la calle vivimos así en un hueco, mal, con frío, vuelo y con hambre. Tener un hogar y una familia es lo correcto”.

Y luego, la voz de calle reaparece inmediatamente cuando afirma nuevamente: “Me siento tranquilo, feliz, porque encuentro el afecto que no encuentro en mi familia, en la calle, amigos...”.

La incongruencia entre voces también se evidencia en otros testimonios, como en el de la imagen “Mi perspectiva” (Figura 4). En ella, el niño describe, en primer lugar, su principal forma de ganar dinero en la calle. Más adelante, afirma “Yo no debería trabajar” e inmediatamente dice “Me siento bien porque me gusta lustrar, es bonito”. En este testimonio, el participante resalta que debería estar estudiando como otros niños en vez de trabajar, lo cual es esperado dentro del concepto de niñez. Luego, sale a relucir la voz de calle al aseverar que le gusta trabajar, desafiando dicha noción social tradicional.

⁵ La lana es utilizada en la calle para sopar inhalantes.

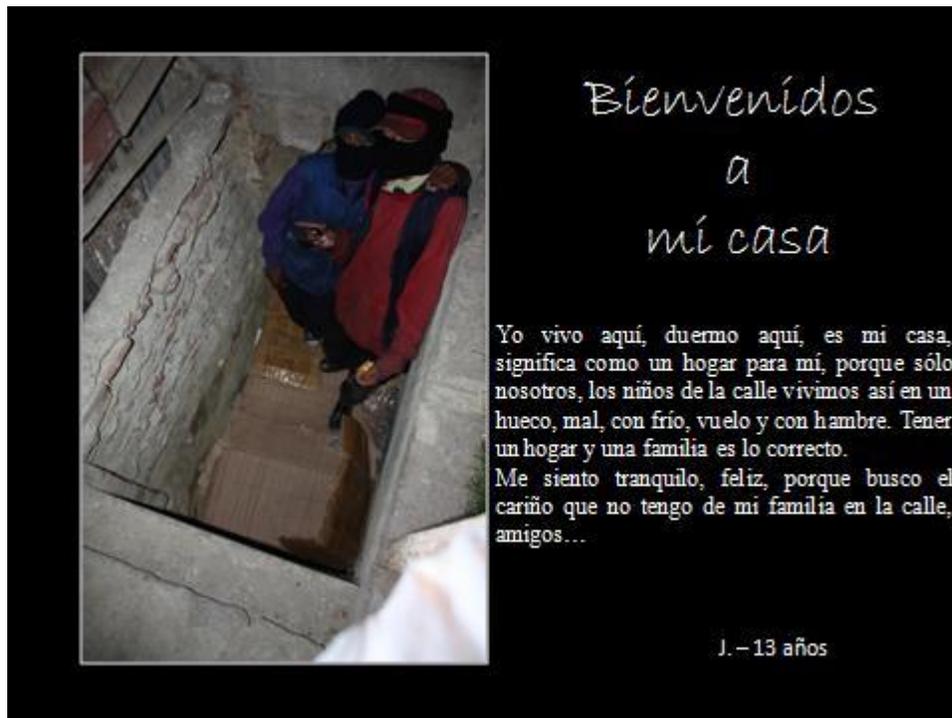


Figura 3. Bienvenidos a mi casa, 2011

Este es un tema sensible, que evidencia un choque entre las perspectivas de los discursos de las instituciones y de los niños. En efecto, investigaciones sobre juventudes trabajadoras han demostrado una ruptura epistemológica entre la percepción del mundo adulto y del mundo infantil, sobre el trabajo. De hecho, varias de ellas demuestran que los niños encuentran muchas recompensas al trabajar, como ser cambio en su rol familiar (McLoyd y Wilson, 1991), suficiencia económica (Liebel, 2003) y una mejora en sus habilidades sociales (Invernizzi, 2003).

Finalmente, un caso ilustrativo en el cual la voz de calle es escuchada es la fotografía 'En el puente de San Francisco' (Figura 5). El participante explica que la imagen muestra el lugar donde vive en la calle. El texto expresa un sentimiento de pertenencia a la calle, en el cual enfatiza que ese es su lugar. También resalta que le gusta recordar lo que hace diariamente, como trabajar de lustrabotas, pedir dinero y pasar tiempo con

niños y adolescentes que viven en la calle, a quienes considera su familia.



Figura 4. Mi perspectiva, 2011

Como se evidencia en la figura 5, un tópico en especial, que debe ser tomado en consideración, es el significado que tiene la pertenencia al grupo en la calle (Stablein, 2011). Diversos trabajos de investigación reconocen la importancia de pertenecer a una red social en la calle. Burling (1990) enfatiza que los niños en situación de calle son más propensos a vivir y operar en grupos. Más aún, estos grupos se encuentran bastante organizados: tienen un líder reconocido, cuya posición no puede ser arrebatada usando únicamente el hostigamiento, mientras que los otros miembros se aceptan los unos a los otros como compañeros. Además, la experiencia de Vittachi (1989) con los niños de calle en Chile, muestra que habían creado una nueva familia para sí mismos debajo de un puente, donde se podía ver que unos cuidaban de otros.

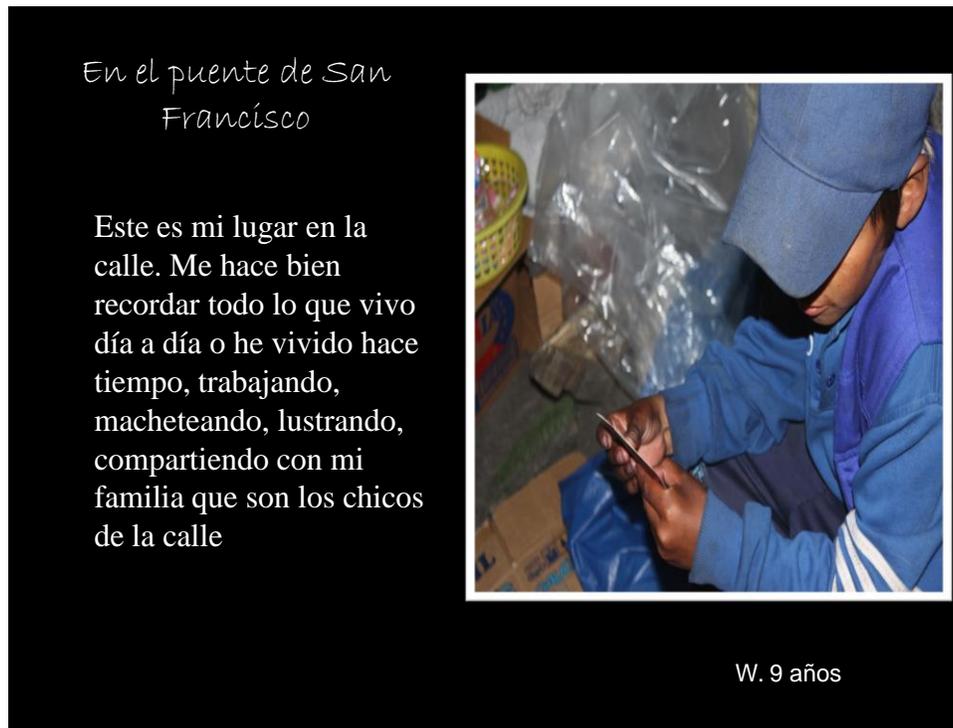


Figura 5. En el puente de San Francisco

III.4.3 Voz de reclamo.

Al rastrear las voces pudimos reconocer una tercera voz que manifestaba con fortaleza, reclamos hacia la sociedad. A través de ella, los niños pudieron expresar su desacuerdo hacia como la sociedad se relaciona con ellos, permitiéndoles demostrar la agencia y autonomía que los caracteriza.

Esta voz fue expresada en fotografías y textos que incluían imágenes como la de un niño usando una máscara, o la de otro sosteniendo una botella de vuelo, una caja para lustrar zapatos en el suelo o un niño inclinándose sobre un contenedor de basura. Estas imágenes, a primera vista, son coherentes con la manera en la que los niños en situación de calle son conceptualizados en los discursos de la sociedad en general. En otras

palabras, muestran la vida de la calle en una forma con la cual el público en general se siente familiarizado, despertando sentimientos de lástima, horror y/o desaprobación (Luiz de Moura, 2002). Sin embargo, estas fotografías también presentan críticas en contra de la indiferencia y discriminación por parte de la sociedad. Por ejemplo, la fotografía titulada “Somos el basurero” retrata claramente esto.



Figura 6. Somos el basurero, 2011

En la figura 6, el participante resalta: “Ningún ser humano debería comer basura, pero los niños de calle casi no somos seres humanos”. Esta afirmación demuestra cómo es que el autor se percibe a sí mismo en relación a la sociedad. Su declaración remite a una condición de marginación de la clase humana, o por lo menos de la sociedad dominante. Más aún, el título “somos el basurero” expone nuevamente el rol de los niños en situación de calle, los cuales desde su perspectiva, reciben lo peor de la sociedad, a saber “la basura”.

Así también, la fotografía titulada “Identidad” muestra a un niño mirando directamente a la cámara, cubierto con un pasamontañas (Figura 7). El texto dice: “Esta es mi cara, la imagen que muestro para que no me reconozcan, no quiero que la gente me reconozca porque soy un niño de calle” y en el siguiente párrafo continúa: “Por la discriminación, porque nunca me valoran como soy”. Esta imagen presenta de manera contundente la voz del reclamo, al expresar la experiencia diaria de ser discriminado. Más aún, cuando el niño expresa “es la imagen que muestro para que no me reconozcan”, parece afirmar su posición marginal en relación a la sociedad. El anonimato se convierte en la manera de protegerse a sí mismo, del rechazo de la sociedad.



Figura 7. Identidad, 2011

Finalmente, la fotografía de la figura 8, denominada “Aplasta- clefa” muestra a un policía pisando una botella de inhalante, a través de la cual parece revelarse la estructura

de poder que tienen la fuerza policial sobre los niños que viven en las calles.

El texto enfatiza:

“He elegido tomar esta foto porque los policías siempre nos maltratan. Porque él está pisando una botella de clefa, pero nos grita mientras lo hace. Me da miedo la policía, porque cuando nos agarran y nos talantean cuando quieren”.

El papel de los niños en la sociedad es ambiguo. Como afirma Bar-On: “los niños pueden ser conceptuados desde dos extremos: como chivos expiatorios buenos o chivos expiatorios malos. Desde el primer extremo, proyectamos nuestros ideales, mientras que desde el otro, proyectamos nuestros miedos y culpas (1997, p. 66). Este pensamiento dualista se exagera aún más al hablar de niños en situación de calle, ya que de acuerdo con las normas sociales prevalentes en nuestra sociedad y nuestras asunciones culturales; por un lado, estos jóvenes son vulnerables y necesitan protección y orientación adulta (Boyden,1990), pero por otro, son considerados salvajes, indomables y caracterizados por comportamientos reprochables. Coincidentemente, las narrativas visuales dirigidas hacia la audiencia de la sociedad confirmaron, a primera vista, lo que las personas esperaban ver en una exhibición de fotografías tomadas por niños en situación de la calle llámese culpa y miedo de que estos niños no estén viviendo aquello *que les corresponde vivir*. No obstante, al observar la interrelación entre la imagen y el texto, nos confrontamos con una voz de reclamo que cuestiona la forma en la que la sociedad actúa hacia ellos.



Figura 8. Aplasta-clefa, 2011

III. 4.4 Polifonía de voces.

Una fotografía que demuestra claramente la continua interacción entre las distintas voces, es la presentada en la figura 9. Esta imagen muestra las manos de un joven en situación de calle. La mano izquierda sostiene una botella abierta de vuelo⁶, mientras que en la derecha agarra un pedazo de lana utilizado para sopar la sustancia. A primera vista, la imagen evidencia una característica sobresaliente de los niños de calle que concuerda con lo que la sociedad está acostumbrada a ver respecto a ellos. De hecho, los discursos sociales se refieren a este grupo como “cleferos” (ver capítulo 4).

Luego, se puede leer en el texto: “Inhalar es un hábito para mí, no puedo vivir sin

⁶ Existen varios inhalantes utilizados en calle. La clefa es pegamento solvente, mientras que el vuelo es una sustancia que contiene gasolina, Thinner y Aguarás, preparada exclusivamente para inhalar.

vuelo”, lo cual presenta la voz de la calle; el niño habla abiertamente sobre su deseo por las drogas; seguido inmediatamente por la frase “es un maltrato hacia mí, hacia mi cuerpo y hacia mis sentimientos”, testimonio que corresponde a la voz dependiente, que responde al discurso institucional que dice que las drogas maltratan su cuerpo. Finalmente concluye “siento rabia por no poder dejar de volar, me gustaría no haber probado nunca”. Lo anterior refleja un sentimiento de enojo como resultado de la contradicción entre las voces mencionadas. Así, la figura 9 es un ejemplo ostentoso de la interacción de voces, que caracteriza a las imágenes y los textos investigados en este estudio.



Figura 9. Volando, 2011

III. 5 Conclusión

Esta contribución buscó generar conocimiento y entendimiento acerca del por qué

los niños y adolescentes deciden permanecer en las calles o volver a ellas después de experimentar la institucionalización o haber tenido la oportunidad para reintegrarse a la sociedad. Mediante la conducción de un estudio visual narrativo, sobre una exhibición fotográfica en la cual los niños se presentaron a sí mismos y a sus vidas en la calle, pudimos identificar diferentes voces, respondiendo a los discursos institucionales, discursos de calle y discursos sociales.

En primer lugar, definimos una voz dependiente por medio de la cual los niños se presentan a sí mismos como en constante necesidad de ayuda. Esta forma de presentación coincide con el discurso institucional, que los describe como vulnerables, viviendo en situaciones donde carecen de protección. A partir de ello, se establece una dinámica relacional entre los niños y las instituciones, de tal manera que se afirma la situación existente aún a pesar de todos los intentos por parte de las organizaciones para contribuir al empoderamiento de los niños.

A través de la retroalimentación mutua de este discurso de dependencia, los niños se benefician de mejores condiciones de vida mientras siguen viviendo en la calle, mientras que al mismo tiempo, las instituciones pueden seguir subsistiendo en busca de la solución a este interminable problema.

En segundo lugar, identificamos una voz de calle que reafirma la importancia que tiene el sentimiento de pertenencia a la calle, más específicamente a su grupo, considerado por los participantes como su familia. En tercer lugar, la voz de reclamo refleja la posición ambigua en la que los niños se perciben a sí mismos en relación a la sociedad y el discurso social. Las imágenes confirman las percepciones sociales de victimización de los niños en situación de calle, pero al mismo tiempo una voz reclamo expresa el rechazo hacia las actitudes de indiferencia y discriminación adoptadas por la sociedad. Los autores hacen a la sociedad parcialmente responsable por las situaciones ilustradas en las imágenes.

Finalmente, este estudio evidencia una permanente tensión entre estas tres voces. Las contradicciones y ambigüedades encontradas en los discursos visuales y textuales revelan que los niños en situación de calle se encuentran inmersos en esta intersección de voces. El apoyo institucional desde una perspectiva de dependencia, perpetúa la lógica de continua necesidad y confirma el status quo de la situación de los niños. Más aún, la voz de calle resalta los beneficios de la vida en la calle como ser la amistad, la libertad y la pertenencia; en contraste con una sociedad que, bajo su percepción, los rechaza y discrimina, lo cual hace referencia a la tercera voz que expresa una demanda por cambiar su posición y situación, para ser reconocidos y tratados con dignidad y respeto.

Puestos en práctica, estos hallazgos pueden contribuir a entender la razón por la que los niños permanezcan en las calles. Actualmente, el principal objetivo de las instituciones de ayuda es rescatar a los niños de las calles, al ofrecerles hogares de acogida en donde puedan vivir hasta sus 18 años, donde idealmente se volverán independientes, auto-suficientes y podrán reintegrarse a la sociedad. Lastimosamente, son pocos los casos en los que este camino es completado. La gran mayoría de niños y adolescentes no finalizan los programas (Aptekar,1994; Berckmans, 2013; Kombarakaran, 2004); o vuelven a la calle después de cierto periodo de institucionalización o regresan a las calles al acercarse la edad donde pueden independizarse, aún después de haber estado en estos programas por varios años.

Ahora bien, si integramos la tensión de voces, podemos encontrar una respuesta posible acerca de la preferencia de los niños a las calles por sobre las instituciones o la posibilidad de la reintegración social. La calle, lejos de ser un lugar físico, es un lugar social en el cual los niños se sienten bienvenidos y protegidos; al contrario, las instituciones tienen una serie de reglas y requisitos que los niños deben cumplir para poder ser aceptados; más aún, estas reglas no son propuestas por los propios niños, como sucede en la calle, sino por adultos que pretenden saber más acerca de cómo

deberían ser los niños, como deberían comportarse y actuar.

Adicionalmente, para entrar a una institución, los niños deben renunciar a su grupo de calle, al cual consideran su familia y enfrentarse a un nuevo grupo completamente heterogéneo, que no acepta fácilmente a nuevos integrantes. Vale la pena tomar en cuenta las consecuencias de que los niños perciban a estas instituciones como responsables del “rompimiento” de sus familias de calle y comenzar a repensar cómo se podrían diseñar intervenciones que pudieran integrar a grupos de niños, en vez de acogerlos de forma individual.

Así también, la meta más importante de las instituciones es la reintegración social. Por lo tanto, un caso exitoso será aquél en el cuál un joven encuentre trabajo, viva por su cuenta, pueda eventualmente conformar una familia y se vuelva parte de la sociedad regular. Sin embargo, para que eso ocurra la sociedad necesita romper con las barreras sociales y crear apertura para la diferencia y la inclusión, donde un niño con una cicatriz en su rostro pueda ser aceptado en un trabajo regular y pueda asentarse como parte de un grupo social, diferente de su grupo de calle o de jóvenes que solían vivir en calle. Únicamente cuando esto ocurra, podremos empezar a hablar de niños que efectivamente dejan la calle; de lo contrario, como uno de los participantes dijo: ‘podemos dejar la calle pero, ¿la calle nos dejará a nosotros?’.

Basados en la intersección de voces, hacemos una invitación a las instituciones a considerar a) intervenciones que integren a grupos de niños, más que fomentar la internación individual; b) programas donde los niños puedan ser tomados en cuenta al momento de proponer reglas, programas y actividades y c) iniciativas de sensibilización, en las cuales se pueda discutir el estatus de los niños en situación de calle, en relación a la sociedad y se pueda asumir responsabilidad para su inclusión.

Referencias

- Aderinto, A. (2000). Social correlates and coping measures of street-children: a comparative study of street and non-street children in south-western Nigeria. *Child Abuse & Neglect*, 24(9), 1199–1213.
- Altanis, P., & Goddard, J. (2004). Street children in contemporary Greece. *Children & Society*, 18(4), 299–311.
- Aptekar, L. (1994). Street children in the developing world: A review of their condition. *Cross-Cultural Research*, 28(3), 195–224.
- Aptekar, L., & Ciano, L. M. (1999). Street children in Nairobi, Kenya: Gender differences and mental health. In M. Rafaelli, & R. Larson (Eds.), *Developmental issues among homeless and working street youth; new directions in childhood development*, 35-46. San Francisco, CA: Jossey Bass.
- Bar-On, A. (1997). Criminalising survival: Images and reality of street children. *Journal of Social Policy*, 26(1), 63–78.
- Berckmans, I., Losantos, M., Villanueva, J., & Loots, G. (aceptado). Why can't you change? Stories about getting out of street life and change in young girls' (street) life. *Children's Geographies*.
- Burling, K. (1990). *'Lord of the Flies': life for Windhoek survivors*. The Namibian.
- Burr, V. (1995). *An introduction to social constructionism*. London: Routledge.
- Castleden, H., & Garvin, T. (2008). Modifying photovoice for community-based participatory indigenous research. *Social Science & Medicine*, 66(6), 1393–1405.
- Consortio de Niños en Situación de Calle (2007). *Informe del Consorcio de Niños en Situación de Calle para Latinoamérica*. El Salvador: Fundación Apertura.
- Danby, S., Farrell, A., & Leiminer, M. (2006). Everyday experiences of homeless young people in supported accommodation programmes in Australia. *Children & Society*, 20(4), 260–272.

- Dómic, J., & Ardaya, G. (1991). *Menores en Bolivia. ¿Sujetos sociales hoy o mañana?. Análisis de la situación de niños en circunstancias especialmente difíciles*. La Paz: Proyecto.
- Dona, G. (2011). Researching children and violence in evolving socio-political contexts. *Researching Violence in Africa: Ethical and Methodological Challenges*, 6, 39.
- Dybicz, P. (2005). Interventions for street children. An analysis of current best practices. *International Social Work*, 48(6), 763–771.
- Eggen, J. (2004). *Street children of Bolivia*. La Paz: Bolivian Street Children Project.
- Felsman, J. K. (1989). Risk and resiliency in childhood: The lives of street children. In T. F. Dugan, & R. Coles (Eds.), *The child in our times: Studies in the development of resiliency*, 56–80. New York: Brunner/Mazel.
- Fiske, J. (1994). Audiencing: Cultural practices cultural and cultural studies. In N. K. Denzin, & Y. S. Lincoln (Eds.), *The SAGE handbook of qualitative methods*. Londres: Sage.
- Hecht, T. (1998). *At home in the street: Street children of northeast Brazil*. New York: Cambridge University Press.
- Invernizzi, A. (2003). Street-working children and adolescents in Lima: Work as an agent of socialization. *Childhood*, 10(3), 319–334.
- Jornada (2005). *Casos de maltrato infantil y violencia doméstica en Bolivia*, 17-34.
- Kombarakaran, F. A. (2004). Street children of Bombay: Their stresses and strategies of coping. *Children and Youth Services Review*, 26(9), 853–871.
- Liebel, M. (2003). Working children as social subjects: The contribution of working children's organizations to social transformations. *Childhood*, 10(3), 265–285.
- Lucchini, R. (1996). The street and its image. *Childhood* ('Children out of Place': Special Issue on Working and Street Children), 3(2), 235–246.
- Luiz de Moura, S. (2002). The social construction of street children: Configuration and implications. *British Journal of Social Work*, 32, 353–367.

- Lusk, M., & Mason D. (1993). Meninos e meninas da “rua” no Rio de Janeiro: Um studio sobre sua tipología, in Rizzin, I. (org). *A Crianca no Brasil Hoje: Desafio para o Terceiro Milenio*, 199-214. Rio de Janeiro: Editora Universitaria Santa Ursula.
- McLoyd, V. C., & Wilson, L. (1991). The strain of living poor: Parenting, social support, and child mental health. *Children in Poverty: Child Development and Public Policy*, 105–135.
- Mitchell, W. T. (1995). *Picture theory: Essays on verbal and visual representation*. University of Chicago Press.
- Mitchell, C., DeLange, N., Moletsane, R., Stuart, J., & Buthelezi, T. (2005). Giving a face to HIV and AIDS: On the uses of photo-voice by teachers and community health care workers working with youth in rural South Africa. *Qualitative Research in Psychology*, 2(3), 257–270.
- Moreno, A. (2006). *Violencia a niñas y adolescentes en las calles de El Alto*. La Paz: Fundación PIEB.
- Pinillos, E. (2007). *Niños en situación de calle. Realidades*. Buenos Aires: Paidós.
- Raffaelli, M., Koller, S. H., Reppold, C. T., Kuschick, M. B., & Krum, F. M. B. (2001). How do Brazilian street youth experience ‘the street’?: Analyses of a sentence completion task. *A Global Journal of Child Research*, 8(3), 396–415.
- Riessman, C. K. (2008). *Narrative methods for the human sciences*. London: Sage Publications.
- Rose, G. (2007). *Visual methodologies. An introduction to the interpretation of visual materials (2nd ed.)*. Los Angeles: SAGE Publications.
- Stablein, T. (2011). Helping friends and the homeless milieu: Social capital and the utility of street peers. *Journal of Contemporary Ethnography*, 40(3), 290–317.
- Streng, J. M., Rhodes, S., Ayala, G., Eng, E., Arceo, R., & Phipps, S. (2004). Realidad Latina: Latino adolescents, their school, and a university use photovoice to

examine and address the influence of immigration. *Journal of Interprofessional Care*, 18(4), 403–415.

Turnbull, B., & Hernández, R. (2009). Street children and their helpers. *Children and Youth Services Review*, 31, 1283–1288.

UNICEF (2004). *At a glance: Bolivia—the big picture*. Recuperado el 12 de enero de 2014, disponible en <http://www.unicef.org/infobycountry/Bolivia.Html>

Vittachi, A. (1989). *Stolen childhood: In search of the rights of the child*. Cambridge: PolityPress.

Wang, C., & Burris, M.A. (1997). Photovoice: Concept, methodology, and use for participatory needs assessment. *Health Education & Behavior*, 24(3), 369–387.



**CAPÍTULO IV. RESISTIENDO LA EXCLUSIÓN:
EL SIGNIFICADO DEL USO DE INHALANTES
EN DIFERENTES CONTEXTOS EN JÓVENES EN
SITUACIÓN DE CALLE DE LA CIUDAD DE LA
PAZ**

*Este capítulo es una adaptación del artículo aceptado:
Losantos, M.; Berckmans, I.; Pieters, S.; Dómic, J. &
Loots, G. Ajayu. Órgano de Difusión Científica UCBSA.*

CAPÍTULO IV

RESISTIENDO LA EXCLUSIÓN: EL SIGNIFICADO DEL USO DE INHALANTES EN DIFERENTES CONTEXTOS EN JÓVENES EN SITUACIÓN DE CALLE DE LA CIUDAD DE LA PAZ

El 21 de diciembre de 2014 me senté desalentada frente a un cuerpo de datos que aparecían contradictorios. En un primer momento de la investigación, llevada a cabo entre Octubre de 2013 y Febrero de 2014, había recogido las historias de jóvenes en situación de calle respecto del significado del uso de inhalantes. Cuando pensé que había podido comprender la diversidad de significados retorné a los participantes, en Diciembre de 2014, para mostrarles los hallazgos de esta primera parte de la indagación. Sin embargo, al expandir sus historias pude ser testigo del dinamismo de estos significados al entender que éstos se construyen en interacción con aquellos que los miran consumir. Este artículo pretende integrar ambos momentos de las historias, de forma que las contradicciones en los relatos reflejen las contradicciones que atraviesan los adolescentes y jóvenes en el uso de sustancias inhalables (Marcela Losantos Velasco).

IV. 1 Introducción

El uso de sustancias es descrito como uno de los factores más vinculados a la situación de calle. De hecho, la Organización Mundial de la Salud declaró en el año 2000 que entre 25% y 90% de los niños y adolescentes que viven en las calles alrededor del mundo utilizan algún tipo de sustancia, entre las que se encuentran principalmente los inhalantes, la marihuana, la cocaína, el alcohol y los tranquilizantes (Forselledo, 2001; López, 2011).

En Latinoamérica en particular, una de las drogas más frecuentemente empleadas por los adolescentes y jóvenes en situación de calle son los inhalantes, que de acuerdo a Vega, Gutiérrez, Rodríguez, & Galván (2002), son utilizados en 80% de la población. Ello también se presenta en el contexto boliviano, donde una primera encuesta realizada en 1993 reflejaba que el 65% de los niños y adolescentes en situación de calle los usaban (Huang y Huang, 2008). Luego, un estudio realizado el año 2004, describía a los niños como *marcados* por el uso de thinner (Huang, Barreda, Mendoza, Guzman y Gilbert, 2004). Finalmente, un censo conducido en el año 2013, a nivel nacional, presenta un 66% de personas que viven en la calle, que consumen inhalantes de forma diaria (VDS-SC, en prensa), los cuales involucran desde pegamento y solventes, hasta preparaciones que incluyen thinner, gasolina y aguarrás y que son conocidas con el nombre de “vuelo” por la sensación física de “volar” que producen.

El vuelo es el inhalante más empleado entre los adolescentes en situación de calle de la ciudad de La Paz. Con un costo promedio de Bs. 10 la botella (\$ 1.5 dólares americanos) su uso, en la literatura revisada, está relacionado con el inicio de la estadía en calle (López, 2011); con la necesidad de apaciguar el hambre, lidiar con el clima, manejar emociones negativas (Embleton, Atwoli, Ayuku, y Braitstein, 2013); vencer el aburrimiento, divertirse, sentirse aceptado por sus pares (Baldivieso, 1995; Castaño, 2000; Forster, Tannhauser & Barros, 1996), facilitar la socialización (Seth, Kotwal & Ganguly, 2005), ganar valor para cometer actos ilícitos (Berndorfer, 2014); olvidar su situación actual (Fernandes y Vaughn, 2008) o porque lo perciben como compañero de vida (Giraldo et al., 2008). Así también, los hallazgos de investigación afirman que una vez iniciados en el consumo, éste va en incremento en relación a la edad (Gutiérrez & Vega, 2008).

De esta manera parece ser que el consumo de inhalantes está asociado casi de forma permanente y generalizada a la vida de la calle, dando lugar a que la mayoría de los

programas de intervención cuenten, dentro de sus modelos, con algún componente dirigido al tema del consumo. Sin embargo, asumir que todos experimentan el uso de inhalantes de la misma forma, puede conducir a varios problemas.

El primero, y más evidente, es asociar su identidad directamente con el consumo de drogas. No en vano, las palabras “cleferos”, “pitilleros” y “polillas” son de uso común para describirlos, lo cual denota la visión dominante que la sociedad tiene acerca de ellos (Butler & Rizzini, 2003). Un segundo conflicto se relaciona con que las consecuencias físicas del consumo se hacen visibles, no solo en el momento mismo de la inhalación, sino a largo plazo, dejando signos y marcas, como el cambio de color de piel, deformaciones nasales y problemas dentales que ponen en evidencia al consumidor y generan actitudes de rechazo y discriminación. Finalmente, al estar directamente asociados con la droga, las acciones punitivas que se realizan contra ellos se justifican (Pérez, 2009; Güelman, 2012).

En este sentido, existe una necesidad creciente de estudios que puedan ofrecer entendimiento acerca del uso de inhalantes, desde las perspectivas de la población en situación de calle. De hecho, el reciente informe del Consorcio para los Niños de la Calle (De Benítez, 2011) enfatiza que las descripciones masivas en la literatura, respecto al uso de drogas en este grupo, deben tender a desaparecer, pues son “replicadas con una retórica despiadada en los medios de comunicación, lo que contribuye a reforzar la construcción social de que son criminales, a quienes les falta moralidad y respeto por el orden social” (p.11).

Respondiendo a esta necesidad, esta contribución tiene el objetivo de informar acerca de los diferentes significados que asignan los jóvenes que viven en la calle, al uso del vuelo. Para ello presentamos tres historias personales, que fueron seleccionadas del total de cuerpo de datos de la investigación, debido a que contenían una mayor profundidad, riqueza y contraste de significados, convirtiéndose en los casos más informativos.

Dichas historias fueron construidas a partir de dos momentos dentro del proceso investigativo, separados en el tiempo. En un primer momento se utilizaron actividades creativas para hablar sobre el uso del vuelo y en un segundo periodo retornamos a conversar con los tres protagonistas de dichas historias, de forma de presentarles los resultados preliminares, expandir la información y generar un entendimiento aún más profundo del significado del uso del vuelo.

Primeramente describiremos la metodología de recolección de datos y la forma en que fue llevado a cabo el análisis de los mismos. Luego, presentaremos tres historias de manera de mostrar, a través de ellas, la diferencia de significados en torno al consumo del vuelo y como éstos se construyen en relación al contexto físico, social y relacional con el que interactúa cada participante, para resistir la exclusión social que conlleva la vida de la calle. Finalmente discutiremos la relación entre el uso de inhalantes y la permanencia de los adolescentes en la vida de la calle.

IV. 2 Método

IV.2.1 Participantes del primer momento de investigación.

La primera parte de esta investigación se realizó con 18 adolescentes que viven en las calles de la ciudad de La Paz, miembros de dos grupos diferentes: 11 de ellos pertenecientes al grupo Norte (siete varones y cuatro mujeres) y siete al grupo Sur (cinco varones y dos mujeres). Cabe aclarar que si bien los 18 participantes contribuyeron en la investigación, no todos ellos se involucraron en el total de las cuatro actividades realizadas que serán explicadas más adelante, debido a la cambiante dinámica y movilidad de vida en la calle, por lo cual resumimos su participación en la siguiente tabla:

La tabla 2 presenta la relación de participantes que colaboraron en cada una de las actividades creativas. En este sentido, se observa que la actividad con mayor

participación fue la del collage en donde participaron 16 personas, en contraste con la actividad de la historia escrita, en donde se contó con 10 participantes.

Tabla 2. Relación de participantes en cada actividad

Relación de participantes en cada actividad

	Grupo Norte	Grupo Sur	Total
Collage	9	7	16
Historia escrita	6	4	10
Expresión corporal	8	7	15
Manillas	5	6	11

Luego, en relación a la descripción grupal, el grupo Norte está compuesto por un número promedio de 34 adolescentes y jóvenes entre 13 y 30 años de edad, de los cuales 30% son mujeres y 70% varones. Los miembros del grupo duermen bajo las gradas de una de las avenidas principales de la ciudad, así como en cajeros automáticos y albergues transitorios durante la época de invierno. Los participantes de este grupo trabajan, en su mayoría, de lustra calzados o vendedores de periódicos, pudiendo también involucrarse en actividades ilícitas, como estrategia para conseguir dinero.

El grupo Sur cuenta con un número fluctuante de entre 15 y 22 miembros, con edades entre los 15 y los 25 años, de los cuales 40% son mujeres y 60% varones, aunque ello cambia según la movilidad del grupo. Los adolescentes y jóvenes de este grupo utilizan un lugar fijo para dormir, que se encuentra debajo de una de las pasarelas de la ciudad. En dicho lugar, guardan algunas mudas de ropa, colchones, frazadas, una televisión, un reproductor de DVD, una cocineta, ollas y enseres básicos de limpieza. Entre sus actividades se encuentra la venta de dulces, la elaboración de manillas, aretes y llaveros. Por otro lado, hasta hace poco tiempo, se involucraban en robos de forma frecuente, hasta que varios de sus miembros ingresaron en centros penitenciarios juveniles, lo cual

sirvió de alerta para cambiar de actividad.

Con relación al uso de vuelo, el grupo Norte consume de forma pública en las calles, usando inhalantes de forma frecuente -todos los días y varias veces al día- sin discriminar el lugar o la actividad que estén realizando. El grupo Sur consume de forma preferente dentro del torrante⁷, generalmente en horario nocturno y los fines de semana. Su consumo está también asociado a la ingesta de alcohol, que utilizan para festejar algún acontecimiento en particular. Ello implica que cuando participan de actividades organizadas por instituciones de apoyo, raramente se presentan bajo la influencia de sustancias.

IV.2.2 Participantes del segundo momento de investigación.

Como explicitamos en la introducción, del total del material de los 18 participantes, se acordó la selección de tres historias para ser presentadas en esta contribución por ser las que contenían una mayor riqueza informativa.

A continuación describimos a los protagonistas de las mismas:

Tony tiene 19 años y es miembro del grupo Norte. Vive en la calle desde hace 10 años, habiendo ingresado varias veces a instituciones de acogida, hasta que cumplió la mayoría de edad. Conformó una relación de pareja, con la que concibió dos hijos, uno que murió poco antes de nacer y otro que fue institucionalizado por la Defensoría Municipal, debido al consumo de ambos padres.

Paola tiene 24 años. Inició su vida de calle cuando tenía 15 años y, durante su permanencia, fue miembro del grupo Norte. A la edad de 19 años quedó embarazada de su primer hijo, razón por la cual ella y su pareja del mismo grupo, decidieron rentar un cuarto en donde viven actualmente con sus cuatro hijos. Si bien no pernocta en calle, aún

⁷ Palabra utilizada para designar el lugar fijo que se usa para dormir en la calle.

mantiene contacto permanente con su grupo pues trabaja de lustra calzados y continúa asistiendo a la mayoría de las actividades grupales e institucionales.

Eddy tiene 19 años, es el fundador del grupo Sur y se encuentra en situación de calle desde los 8 años aunque varios de ellos estuvo institucionalizado. Fundó el grupo Sur después de sentirse agredido constantemente por los jóvenes y adultos de otros grupos, llevando consigo a los más pequeños en situación de calle, que crecieron junto con él. Es padre de dos niños con diferentes parejas de su mismo grupo. Actualmente tiene un cuarto con su segunda pareja, alternándose entre este espacio y su torrante, para dormir.

IV. 3 Procedimiento

IV.3.1 Recojo de datos.

La exploración acerca del vuelo fue cuidadosamente reflexionada. Por un lado, nuestra experiencia de trabajo anterior nos había demostrado que los adolescentes tenían un discurso muy adaptado a sus interlocutores, respecto al significado atribuido al vuelo, que incluía explicaciones relacionadas a la sobrevivencia en la calle. Por otro lado, estábamos conscientes de que la vinculación de la población de calle al uso de las drogas los hace sujetos de poca credibilidad social (Pérez, 2009); por lo que, en el deseo de contrarrestar esta percepción, queríamos reconocer su agencia, incentivando su participación activa en todo el proceso de recolección de información de este difícil tópico.

Por último, conocedores de la dificultad de abordar un tema delicado como es el consumo de inhalantes, buscábamos lidiar con las barreras de ansiedad y disparidades de poder entre investigadores y participantes mediante: a) el uso de medios creativos, a través de los cuales pudieran construir significados a la vez que los expresaban por medio de actividades divertidas, relajantes y creativas y b) la creación de una relación de dialógica (DeFehr, 2008), en donde los participantes pudieran conocer las historias

resultantes de la investigación y profundizarlas antes de que fueran publicadas; razón por la cual, el recojo de información estuvo dividido en dos momentos separados en el tiempo.

IV.3.1.1 Primer momento de recolección.

El primero momento de recolección fue llevado a cabo entre Octubre de 2013 y Febrero de 2014. Durante este periodo, introducimos la investigación a cada grupo por separado, solicitando tanto su participación de forma voluntaria, como su permiso oral, y en presencia personal de una institución que trabaja con ellos, para utilizar los resultados en publicaciones. Así también, explicitamos la preferencia de que al estar participando de las actividades, no estuvieran consumiendo.

En seguida propusimos un total de siete actividades creativas, a través de las cuales debían responder a la pregunta ¿Qué significa el vuelo para ti? Las actividades incluían 1) la realización de dibujos, 2) el relato de una historia acerca del vuelo, 3) la elaboración de un collage, 4) la confección de un brazalete donde cada hebra de hilo representara un significado atribuido al vuelo, 5) escribir una canción respecto al vuelo, 6) hacer una obra de teatro en donde el vuelo fuera un personaje y 7) representar de forma no verbal su relación con el vuelo. Dichas actividades fueron sometidas a votación, de manera de respetar aquellas que suscitaban su interés.

Así pues, del total de siete actividades fueron elegidas cuatro, que se realizaron en cuatro sesiones por grupo. Cada una de las actividades elegidas se detalla a continuación:

Realización de un collage: Invitamos a hacer un collage de forma individual, que podría incluir tanto imágenes como palabras extraídas de revistas y periódicos. Luego, aquellos participantes que deseaban explicar al grupo el significado del collage podían hacerlo, dejando a elección a quienes no lo desearan.

Elaboración de una historia acerca del vuelo: Pedimos que escribieran una historia acerca del vuelo. Explicamos que no existían restricciones en cuanto a la longitud de la historia ni a la temática de la misma; por lo cual, algunos de ellos prefirieron escribir su propia historia en relación al vuelo y otros presentaron al vuelo como el personaje principal.

Confección de un brazalete: Para esta actividad preparamos carteles con diversidad de significados asociadas al vuelo, los cuales habían sido extraídos de las revisiones de literatura hechas previamente. Presentamos siete carteles escritos con las siguientes frases: 1) Escapar físicamente, referido a que el vuelo les permite lidiar con hambre, frío y dolor físico; 2) Escapar de problemas familiares, relacionado a que consumen para lidiar con problemas en sus familias de origen y problemas suscitados con sus parejas actuales y miembros del grupo; 3) Pertenecer al grupo, implicando que consumen para sentirse parte del grupo de calle; 4) Presión de grupo, referido al hecho de que consumen debido a que todos los miembros del grupo lo hacen; 5) Adicción; en el sentido de que los participantes identifiquen la necesidad de consumir; 6) Amistad; implicando que consumen para estrechar lazos de amistad con miembros del grupo; 7) Escapar de emociones, logrando la supresión temporal de emociones negativas.

Finalmente, luego de leer los carteles los adolescentes propusieron añadir tres nuevos con los siguientes significados: 8) Porque me gusta; referido al hecho de consumir por placer 9) Para compartir, relacionado a tener una actividad en conjunto, que implicara diversión y 10) Ritual de la calle que, explicado en sus propias palabras, se refiere a: “consumimos vuelo porque somos de la calle, si fuéramos otra clase, quizá otra droga usaríamos” (E. 19 años).

Así, para la realización del brazalete, pusimos sobre cada cartel un color de hilo diferente, pidiendo a los participantes que revisaran los carteles para elegir los hilos que más se aproximarán al significado que cada uno atribuía al vuelo. En segundo lugar,

pedimos que trenen las hebras de forma de “hilar” los diferentes significados. Finalmente, al terminar el brazalete, los participantes explicaron porque habrían elegido dichos colores, relatando algunas de sus experiencias personales.

Representación no verbal: Finalmente, en la cuarta sesión pedimos a los participantes que a través de la adopción de posturas corporales, expresaran el significado del consumo del vuelo. Así, cada grupo eligió a una persona que representara el vuelo y luego cada participante asumió una postura corporal en relación a él (ver fotografía 1). Dichas expresiones corporales fueron fotografiadas para poder ser analizarlas junto al resto de material.

De esta forma, se lograron recabar un total de 52 materiales visuales y textuales que presentaban de distintas maneras el uso del vuelo. Dichos materiales fueron analizados por separado y luego agrupados por cada participante, para generar sentido de cada una de las 18 experiencias particulares.

Luego, del total de las historias resultantes de los materiales creativos, elegimos tres de ellas que presentaban mayor riqueza, amplitud y diferencia de información y decidimos retornar a campo, para realizar un segundo encuentro con los protagonistas de dichas historias, lo cual se explicará en el siguiente apartado.

IV. 3.1.2 Segundo momento de recolección.

El segundo momento de recolección de información fue motivado por los hallazgos iniciales del material visual y textual creativo. Dicho material permitió crear historias y generar sentido de la experiencia del uso del vuelo. Sin embargo pensamos que, en concordancia con los principios de la investigación socioconstruccionista, que enfatiza la importancia de la construcción conjunta de información entre investigados e investigador (Burr, 1995; Holstein y Gubrium, 2008) y el deseo de involucrar activamente a los participantes, debíamos retornar a los tres participantes, cuyas historias

habían sido seleccionadas, para compartir los hallazgos y de ser posible, expandir y profundizar los significados encontrados.

Persiguiendo estos objetivos, contactamos a los tres participantes de forma individual, les explicamos el proceso de análisis a través del cual habíamos conformado sus historias iniciales y luego se las presentamos leyéndolas en voz alta, con la consigna de que podrían comentar, completar o contrastar cualquier información después de haber escuchado la historia completa. Las historias extendidas también fueron transcritas y sometidas al proceso de análisis que se describirá más adelante.

De esta forma, presentamos las tres historias divididas en estos dos momentos. Decidimos no integrarlas en una sola pieza para que el lector pudiera contrastar ambas narraciones.

A continuación detallamos, la forma en que fue realizado el análisis de toda la información recabada.

IV. 3.2 Análisis de datos.

Para el análisis de datos optamos por la metodología narrativa desde la perspectiva socioconstruccionista, que desafía el dualismo entre individuo y sociedad. En este sentido, la investigación narrativa considera las narraciones como expresiones producidas en relación al contexto (Andrews, Squire, & Tamboukou, 2008; Daiute & Lightfoot, 2004; Riessman, 2002, 2008); por lo que, tanto las narraciones visuales y textuales elaboradas en las actividades creativas, como las narraciones orales obtenidas en el segundo momento, fueron analizadas tomando en cuenta:

- 1) El *contexto discursivo de la investigación*, que incluye la relación de la primera autora como investigadora y como funcionaria anterior de una ONG, la relación con otros participantes que viven en la calle, presentes en el momento de la investigación y

la relación con funcionarios de la ONG, que permitió la pesquisa en sus horarios de trabajo con este grupo poblacional.

2) El *contexto del discurso social y cultural* desde donde fueron producidos y que reproduce la forma desde la cual son vistos socialmente los jóvenes en relación al consumo.

3) Cada narración como algo único, por lo cual mantuvimos cada historia intacta, teorizando desde cada caso, en vez de hacerlo a través de la composición de temas que se desprenden de entre los casos (Riessman, 2008).

El análisis del cuerpo de datos también se produjo en dos fases, en concordancia temporal con lo descrito en el procedimiento de recojo de información:

IV. 3.2.1 Primer momento de análisis.

Iniciamos ordenando los materiales en relación a cada participante. De esta manera reunimos, para cada caso, todo aquello que había sido producido en las actividades; contando, en algunos casos con los cuatro productos y en otros con menos, dependiendo del número de actividades en las que cada adolescente o joven hubiera participado.

Luego, describimos detalladamente uno a uno los materiales de cada participante; empezando por las imágenes y palabras del collage, para luego hacerlo con la historia, puntualizando cómo se presentaba el vuelo en ésta. En tercer lugar detallamos los diversos significados presentes en la elaboración del brazalete y; finalmente, observamos las fotografías de las expresiones no verbales, escribiendo cuidadosamente lo que transmitían.

Posteriormente, comparamos los materiales producidos en cada caso, buscando similitudes y contradicciones entre los significados presentados por cada participante. En esta instancia, empezamos a construir las historias individuales, uniendo la información

generada por cada persona en una historia que presentara la multiplicidad de significados -aunque muchas veces contradictorios- respetando, de esta forma, tanto el contenido como las palabras utilizadas por cada participante para referirse al vuelo.

Por último, realizamos la comparación entre historias, explorando diferencias y semejanzas en relación al grupo de calle al que pertenecían.

IV. 3.2.2 Segundo momento de análisis.

El análisis subsecuente fue realizado sobre las tres narraciones obtenidas en el segundo momento de recojo de información. Dichas narraciones orales, una vez transcritas, fueron comparadas con las historias iniciales de cada participante, para ser contrastadas y poder así expandir y profundizar la riqueza de cada experiencia.

En el siguiente apartado se presentan las historias sobre las que se basó en este análisis.

IV. 4 Historias

Las historias del primer momento fueron creadas integrando los diferentes fragmentos, que fueron producidos por los participantes en las actividades creativas. La integración fue hecha por los investigadores, pero intentando mantener la mayor proximidad con las expresiones y palabras de los participantes.

Las historias del segundo momento presentan los testimonios casi en su longitud total, respetando toda la información, comentarios y significados dados por los participantes.

IV. 4.1 La historia de Tony⁸.

IV. 4.1.1 Primer momento.

Tony es un joven de 19 años que se encuentra viviendo en la calle desde los 9 años de edad. Empezó a consumir prontamente al ingresar a la calle, siendo introducido en el mundo del consumo de vello como parte de su proceso de socialización. Su historia relata que fue “presentado” al vello por un adolescente mayor que él, como parte de la transmisión de saberes callejeros tradicionales.

Corroborando esta experiencia, presenta una imagen en donde abraza a un niño más pequeño que él, perteneciente a su mismo grupo de calle. Rodea al niño con su brazo, en señal de acogida, asumiendo la posición de persona mayor que él y con mayor experiencia en la vida de la calle, demostrando el proceso de socialización a través del cual, gran parte de los niños inician su proceso de consumo.

Asimismo, relata que una vez iniciado en el consumo, empezó a notar los efectos positivos que tenía sobre él, reconociendo que le permitía momentos de mucho placer, en donde se percibía a sí mismo como una persona con “más fuerza y coraje” y que le daba la posibilidad de “escapar” de sensaciones físicas desagradables como el hambre y de sentimientos de tristeza y soledad producidos por lo que identifica como “ausencia de cuidados y cariño”. Así, mientras mayor era la necesidad de escapar, mayor era la búsqueda de placer, hasta que se encontró consumiendo la mayor parte de su día a pesar de reconocer que el vello:

“Destruye mi vida, me impide pensar, me hace alterar y enojar con mis amigos y personas que están alrededor, me hace perder sus neuronas volviéndome más tonto cada vez, me impide trabajar y darle un futuro bueno a mi hijo que está en camino y también a mi mujer”.

⁸ En el segundo momento de recojo de información, todos los participantes manifestaron que deseaban que sus nombres reales aparecieran en el documento, como declaración de la apropiación de su historia. Siendo mayores de edad, decidimos respetar esta sugerencia.

No obstante, a pesar de admitir los efectos adversos –al igual que gran parte de los participantes de esta investigación- sus acciones inmediatas redundan en el objetivo de conseguir vuelo. Reconoce que no puede “alejarse definitivamente”, desea hacerlo pero no le es posible, pues siente que tiene control y poder sobre él.

Esta idea es reforzada por la presentación de Tony en la historia acerca del vuelo, que se inicia con la frase “Soy un clefero” y luego declara “volar es una actividad muy importante para mí, es lo que yo, con mi grupo, hacemos casi todo el día...no importa, ya sea solos o acompañados, en donde sea o...que cosa estemos haciendo o tengamos que hacer”. Posteriormente finaliza: “para dejar la calle, debo dejar el vuelo y para dejar el vuelo, debo dejar la calle”.



Figura 10. Tony ejemplifica su relación con el vuelo, abrazando a un niño menor que él. Tomada en actividad de expresión corporal, 2013.

IV. 4.1.2 Segundo momento.

“Eso de la historia son las cosas verdaderas, los errores que cometo cada vez en la historia por consumir drogas...Un tiempo también estaba consumiendo alcohol, pero ahora estoy consumiendo más droga, más droga...eso me hace volver como un poco más alterado y cada vez que vuelo, a mi pareja le pego y...no me controlo, el vuelo hace que no me controle la verdad...yo quiero dejar el vuelo.

No puedo dejar el vuelo...es que los miro a los chicos, no ve a mis amigos también, y eso me hace colocar...digamos...un poco más volado y eso no me hace bien, al contrario...Yo solo me estoy destruyendo. Como dice la historia, mata las neuronas...y también afecta el cariño.

Cuando digo soy un clefero, me refiero a que soy un volador, no ve?...un clefero...o sea, porque no puedo ocultar no ve las cosas que hago...No puedo decir que no vuelo...tengo que admitir mis problemas. Soy un clefero, soy un volador, eso es lo que hago en mi vida...Tendría que irme de la calle para dejar las drogas...A veces, no puedo dejar la calle...digamos, me voy a ir al hogar, yo voy a estar bien y mi pareja aquí en la calle volando, ya no va a ser lo mismo...o sea, va a ser un poco más difícil.

Consumir en la calle es estar mal, no ve? Porque teniendo yo mi hijo, él tiene su padre y sigo yo con las mismas cosas...yo sé que está bien en el hogar, pero a la vez no quiero que se quede...yo quiero hacer todo lo posible por recuperarle al o...pero consumo y consumo sigue las drogas y eso me hace olvidar de la tristeza, me hace sentir tan bien...”

IV. 4.2 La Historia de Paola.

IV. 4.2.1 Primer momento.

Paola es una joven de 24 años que es miembro del grupo Norte y cuya historia de consumo se inició desde los 16. Al comenzar su vida en la calle, empezó a inhalar debido a que ello le permitía “escapar del frío, del hambre y de problemas familiares que tenía con mi familia de origen”; luego, el consumo fue adquiriendo un carácter mucho más grupal como relata en la actividad de elaboración de brazaletes: “volaba para compartir con los chicos nuestras historias de violencia y abandono, para pertenecer... pues es un ritual, es parte de la identidad de ser de la calle”.

Empezó una relación de pareja y entonces, el consumo de vuelo se tornó en un vehículo de intimidad, como reconoce: “volaba para estar con mi pareja, aunque a veces el Z. me golpeaba cuanto estábamos volando”.

La historia de Paola continúa relatando que queda embarazada, estado en que continuaba consumiendo: “Cuando me embaracé de mi primer bebé seguía consumiendo...porque no sabía las consecuencias”. No obstante, un evento crucial cambio su forma de percibir al vuelo:

“Cuando nació mi bebé estaba muy bien, pero a la semana de nacido mi bebé se internó en el Hospital del Niño, porque como ya no consumía mi bebé, o sea, ya no recibía el vuelo a través de mí, le dieron tres paros cardio-respiratorios...entonces me di cuenta que el vuelo era malo para nuestra salud y la de nuestros bebés. He dejado de volar por mis hijos”.

Paola finaliza su historia presentando un collage en donde el mensaje de advertencia sobre el consumo de vuelo está claro. Frases como: “El vuelo afecta nuestros organismos y nos agitamos fácilmente. No podemos practicar con facilidad ningún deporte. Todos quisiéramos poder dejar el vuelo, para que en el futuro podamos ser tan felices como en esta familia”, demuestran que el significado del vuelo ha cambiado, desde ser un consuelo para sus problemas, hasta convertirse en una amenaza para su vida y la de sus hijos.

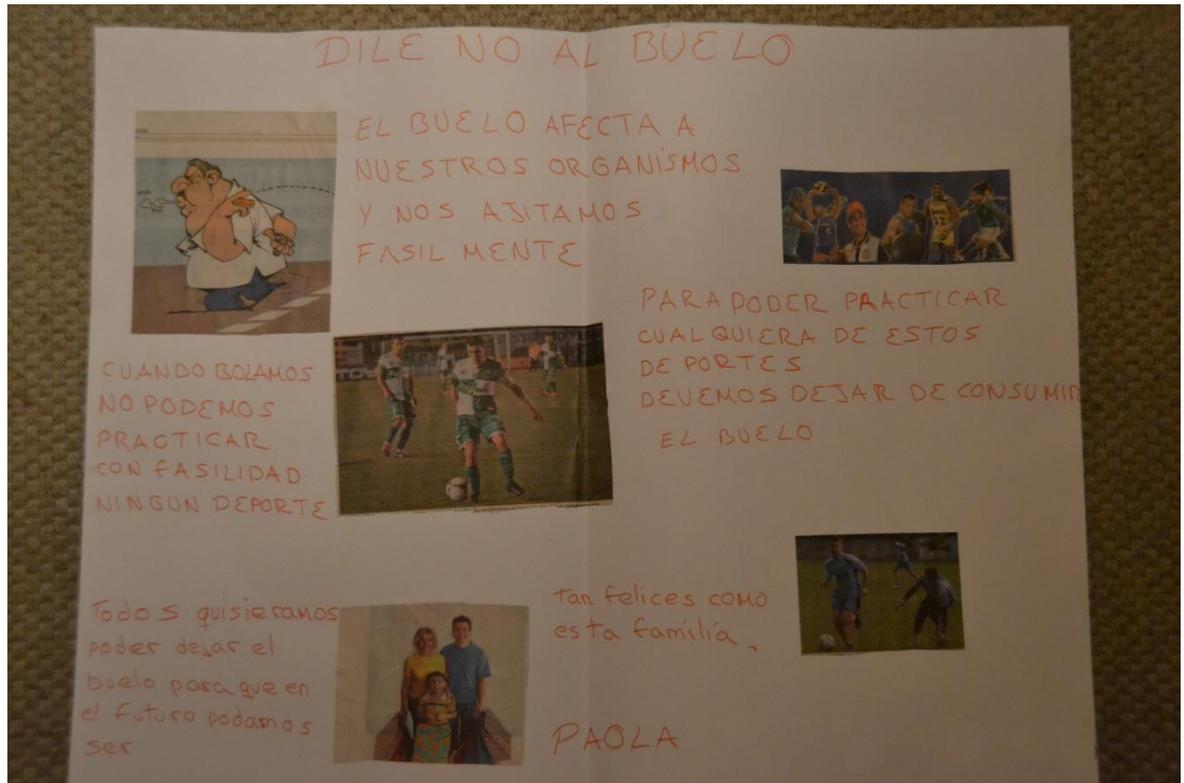


Figura 11. Collage realizado por Paola. Tomada en actividad de collages, 2013.

IV. 4.2.2 Segundo momento.

“No te voy a mentir seño⁹, hay días que también he vuelto a inhalar porque, no se...es como una tentación que tienes a tu lado que no puedes dejarlo...tratas, tratas, de no, de no, de no, pero...hay algo como si te dijera, haz esto...haz esto y te tiente y agarras y ya el rato que agarras te olvidas de todo y después ya te arrepientes. Después cuando reaccionas ya dices “que he hecho, por qué he vuelto a hacer esto?”... pero ya es demasiado tarde.

A veces siento que puedo volver a perder el control, pero tengo que hacer el esfuerzo, porque ahorita mis hijos ya están en la escuela, ya se reúnen con otras personas. Cualquier rato llaman a una reunión y tengo que estar ahí presente. Si me van a ver con esa cara, o me van a sentir con ese olor, yo sé que me lo

⁹ La palabra *seño* es la forma coloquial de referirse a las profesionales mujeres que trabajan en instituciones de ayuda.

van a hacer a un lado a mi hijo, me lo van a tratar mal...incluso sus mismos hijos van a decir "ah... que tus papás son así". La gente es así, no se dan cuenta que habla las cosas por hablar, sin ver que tiene hijos habla cosas y yo creo que está mal eso también. Deben entendernos que tal vez ellos no saben porque nosotros hemos vivido esa vida, porque hemos decidido salir a la calle, porque no saben todas las cosas que hemos pasado en nuestras casas...otros tal vez han sido violados por sus propios papás... no saben nada. Solamente así hablan, estos son unos rateros...así hablan, sin saber la verdad. Hay ratos que necesito volar más...hay ratos me siento así porque ahorita por ejemplo, como mi esposo está sin trabajo y ya está llegando la navidad...las wawas siempre esperan un regalo, una chocolatada, un platito para servirse...siempre están esperando con ansía, porque es su día de ellos...No sé, me da ganas, a ratos digo: "quisiera robar, quisiera encontrarme hasta plata o ir a asaltar un banco para darle todo a mis hijos".

Así me vienen esos pensamientos, pero digo "Dios mío porque estoy pensando esto. Dios mío ayúdame, no dejes que me vuelva a tentar esa vida de más antes, por favor ayúdame Señor" o que hago...Veo mi caja y digo "yo sé que esto me va a dar para comer, Señor ayúdame...te pido que me bendigas en mi trabajo, me puedas dar un trabajo bien hoy día, para que yo les pueda dar algo a mis hijos y no les tenga que estar prohibiendo, diciendo que no tengo plata, aguántate".

[...]

Ese es el momento en el que más ganas me da de volver a agarrar [vuelo]. Digo: "Con eso me voy a olvidar de todo y me va a valer"...que eso también hasta nos pone más machos así...te vale la gente, pero yo sé que está mal.

Cuando tenemos así campeonatos con los chicos...como a nosotros siempre nos ha gustado el fútbol...donde hay partidos estamos los dos, hay ratos que hay esa tentación..."anda a traer tu lana" me dicen ¿no? y yaps... él les da rápido...y yo le digo "oye estamos con las wawas" y él "más allá me voy a ir" y yo "que grave eres, te pasas vos" le digo...

A mí también me quieren hacer tentar y yo digo "no, estoy con mis hijos, que tal vienen los de la Alcaldía...me van a sentir, me van a quitar...no, no... me voy a aguantar...aunque sea a mi cuarto me voy a llevar" y a veces sí he hecho eso, me he esperado que mis hijos duerman...O sea, no dormimos con ellos, tienen su cama, mi hija tiene su cama solita, y yo duermo con el Z. y con mi bebé...pero cuando hacemos ese asunto, yo a mi enanito lo llevo donde mi hija... y entonces no hacemos toda la noche hasta terminar...poquito... así...después ya le digo "basta Z., basta" y también ya me hace caso y...

En la calle, la verdad a mí ya me da vergüenza. Como la mayoría de las personas viven tal vez por donde yo vivo y los conozco y me van a ver ahí y van a decir “yo a esa señora yo le conozco...con esos chicos estaba así, así” y cosas... hasta incluso que no son verdad y...puedan hacerme quitar a mis hijos...eso es de mí, mi temor ahorita. Yo le digo al Z.: “ya, si vas a hacer eso, ya ándate nomás con los chicos, pero no vengas donde estoy con mis hijos... en serio Z., vos sabes bien, a ellos los ven en la escuela...la gente es bien critica y de todo...hasta lo que van con el zapato un poquito reventado se fijan de las wawas” y ahí dicen [en la escuela] “pobres, sus padres, ¡ni bola![...]” Eso si me da miedo. Tal vez yo pueda querer hacer eso en la calle y que me vea alguien y después diga, ya no...A mí no me van a decir nada, a mi hijo lo van a hacer sentir mal y con eso entonces va a crecer: “por su culpa de mis papás así me tratan”, incluso puedo llegar a que mi hijo siga mi mismo camino y eso no quiero...Porque es feo vivir en la calle...todas las cosas que se pasan, yo no le desearía a nadie”.

IV. 4.3 La Historia de Eddy.

IV. 4.3.1 Primer momento.

Eddy tiene 19 años y es miembro del grupo Sur. Empezó a consumir inhalantes a los 14 años de edad y desde entonces relata que ha tenido “diferentes momentos” en relación al vuelo. Empezó a consumir por invitación de un joven que vivía en la calle, quien le dio a probar a plena luz del día. Recuerda que su efecto fue inmediato: “Me ha dado alucinaciones, me he empezado a revolcar en la calle y la gente se ha reunido a mi alrededor. De eso, ha venido la policía y me ha llevado a la Defensoría. Así ha sido mi primera vez.”

Después de iniciado su consumo relata que tuvo momentos en que el vuelo representó una adicción, pues consumía de forma muy frecuente, hasta que empezó a cobrar conciencia de sus efectos negativos al darse cuenta de que “estaba babeando”. Este evento le permitió reconocer la amenaza que representaba el consumo constante en varios aspectos de su vida, sirviendo de alerta para su disminución:

“Cuando consumimos mucho vuelo, nuestros riñones se arruinan, nos quemamos la piel...cuando volamos por la boca nos quedamos flacos. Ataca directamente nuestro sistema nervioso, haciendo que seamos drásticos y alterados y cuando volamos demasiado y con exceso, terminamos muertos a causa

de una intoxicación o debilidad o cuando estás inconsciente (alucinado). Nos cambia nuestro humor, llegamos a peleas callejeras terminando con marcas en el rostro y hasta en el cuerpo”.

La historia de Eddy continúa, relatando que hoy en día el vuelo no significa una adicción. De hecho, lo identifica como parte del ritual de su grupo de calle, con características muy particulares, como expresa el siguiente párrafo:

“Me encuentro con el vuelo cuando quiero, a veces nomás....aunque siempre está ahí en la vida de la calle, me encuentro con el vuelo junto con mis amigos. Pero hace más de 1 año que no me saco vuelo, o sea que no me compro. Prefiero que me sopen....como digamos llego y están ahí mis amigos y alguien trae vuelito y nos sopamos entre todos, en señal de cariño, pero nunca en público... eso se hace en casa”.

De esta forma, el consumo de vuelo está asociado a la presencia del grupo y en el entorno íntimo del torrante. Eddy narra que lo hacen para “divertirse y para compartir”. El grupo se reúne en torno al vuelo, así como otros grupos se reúnen en torno a la comida como dice: “El vuelo es rico, pero hay diferentes vuelos...no hay uno solo...es como la comida, depende de quien la prepare, a mí me gusta uno que es dulcesito, que encontraba por suerte”.

Así, Eddy experimenta al vuelo como un medio de cohesión con el grupo: “volar es como cuando *pijchan*¹⁰ coca, igual ¿nove? ...entonces charlan y a la vez están mascando ¿no?”, a través del cual comparten la sensación de placer asociada al consumo, lo cual se convierte en un factor muy importante del uso de inhalantes.

Finalmente, el vuelo es un elemento alrededor del cual su identidad colectiva es conformada, como lo expresa fuertemente:

“Nunca voy a romper mi relación con el vuelo, puedo llegar a alejarme y controlarlo pero dejar de volar no creo...por la relación con mis amigos, por la clase social de la que soy, por donde vivo. Nosotros somos clase baja...digamos somos de la calle. Si yo me supero, tengo dinero, mi casa,

¹⁰ La palabra *pijchar* es un Bolivianismo que hace referencia al acto de masticar hojas de coca.

siempre bajaré (a la calle) por compartir. Te controlas, pero siempre vuelves por ellos, siempre me encontraré con los amigos...extrañas pues a los amigos, especialmente si vives con ellos...no es lo mismo que tu compañero de curso, con ellos han vivido sanciones, castigos, fríos.

No puedo alejarme de ustedes, de mis amigos...la familia que no has encontrado en tu casa o no te han entendido...con esa familia ya no se puede hacer nada...Dejarlos a mis amigos no puedo”

Así, Eddy no se considera adicto, pero reconoce que la relación entre el vuelo y sus amigos se superpone, pues para dejar uno debería dejar lo otro y eso, además implicaría abandonar su identidad grupal.

IV. 4.3.2 Segundo momento.

“A ver...yo, a los 18 años me he dado cuenta que no es una adicción para mí porque podía dejar...o sea digamos, no era mucho, no era una cosa de que me compre, así ni bien se me acaba ya estoy comprando...uta no...

Primero mi comida, mi tilín, mi internet, recién si es que había en la noche...sino de saltitos¹¹ nomás vivía. Claro, de que me sopaban, me sopaban. O sea, de que si consumía salto sí, como para que me compre en esos tiempos, no. Y ahora igual, un mes, dos meses que me he comprado anoche y eso que ni siquiera he volado, en mi mochila está...lo he dejado, te puedo mostrar si quieres...

Porque cuando te vuelas en la calle, tu tufo se huele, entonces ya no puedes subir al auto¹², porque la gente te mira: “hay bien feo está oliendo aquí...que bajen”, así y, una cosa bien vergonzosa es hacerse sacar del auto, o de las pensiones. Y en la calle, es bien feo caminar así, todo el rato, con tu lana...además que si te estás volando, en esos momentos, estás empezando a hacer sonseras, aunque tú digamos “no, normal estoy”. Además no se te ve normal, como lelito¹³ estás caminando, mirando a todos...no me gusta eso. No me gusta que la gente me vea así. Porque me da vergüenza, y además porque cuando vuelo en la calor, me hace aburrir feo!, aburrido siempre me siento.

Los que vuelan todo el día se sienten como tontos...yo también era así...sabía andar en medio de la

¹¹ La palabra *saltitos* implica que algún miembro del grupo invite de su propia botella de vuelo, siempre y cuando la persona recipiente tenga su propio pedazo de lana.

¹² La palabra *auto* es usada para referirse al transporte público.

¹³ La palabra *lelito* hace referencia al estado de embotamiento producido por el consumo excesivo de vuelo

calle, digamos, sin vergüenza...así para nada, no tenía respeto a mí mismo, dignidad.... Antes igual que ellos yo andaba, igual sucio, no me importaba...tal vez será porque ya un cacho he crecido, ya me siento...o sea no me parece bien que un joven este sucio, así. Además ya tienen sus hijos y que siga caminando...o sea, que siga en la calle, pero tal vez de diferente manera, tal vez de manera un poco más responsable.

[...]

Los del grupo no consumimos así. Digamos, el otro día mis amigos estaban volando pero yo normal nomás. Estamos, caminamos, hablamos, así...También ellos no te obligan, no te dicen “si no vas a volar, te vas a ir”...entienden.

En otros grupos hay harta presión...tomá, volá, pero aquí no...depende de vos. Porque aquí les hago entender también: “...te voy a decir una cosa bien casco¹⁴, ¿eres mi amigo?”, me dicen “si”, “Entonces como me vas a incitar a que vuelen”. Ahh..., ya también se ponen a pensar: “tienes razón” y ya no me dicen...Pero no, raro que me den...Si me dicen: “te sopo?” y yo “no”, y ellos “ah, ya”. Luego preguntan, “¿quién quiere salto? y de ahí ya nadie. Algunos se piden y yo les digo está bien nomás. A ratos igual cansado llego, me voy directo a dormir...en la mañanita, igual temprano me salgo, ahí con la J. nos estamos vendiendo, haciendo algo para alguna organización...”

IV. 5 Hallazgos

A menudo, los investigadores se encuentran envueltos en el dilema de la “trasparencia del relato” (Hollway & Jefferson, 2000, p. 3) esperando que los participantes permitan acceso directo a auténticos aspectos de sus vidas y a sus experiencias de primera mano. Sin embargo, los investigadores narrativos socioconstruccionistas han ido desafiando la noción de que existe un mundo interno que puede ser descubierto, argumentando que la subjetividad, aunque personal, es construida permanentemente en interacción con los otros y los discursos sociales (Gergen 1999; Gergen & Gergen, 2003). Así, en palabras de Villanueva y Loots (2014) “la subjetividad no se encuentra situada ni el mundo interno de una persona, ni en mundo externo del

¹⁴ La palabra *casco* es utilizada en el lenguaje coba para designar una actitud o situación negativa o displacentera (Viscarra, 1981).

contexto social, sino en la expresión narrada de la experiencia [...] y no se encuentran restringida a presentarse como una unidad coherente, sino más bien se expresa de forma diversa, fragmentada, contradictoria y abierta en el campo de su dinámico contexto discursivo, siempre en transición” (p. 367).

Las tres historias presentadas demuestran ello con nitidez, pues a través de ellas se puede traslucir cómo diferentes contextos de investigación; por un lado el contexto grupal de investigación y por otro, el contexto de la conversación íntima generan no sólo diferentes, sino contrastantes significados sobre el uso del vuelo. Concebimos esta diversa construcción de significados no sólo como influenciada por el contexto discursivo de ambos momentos de investigación, sino también como respuesta a una dinámica relacional tanto con el grupo de calle, como con las instituciones y la sociedad en general, que data de mucho antes de que la investigación fuera realizada. A continuación explicamos estas ideas más detalladamente en cada una de las historias.

IV. 5.1 La historia de Tony.

El relato de Tony es uno de los ejemplos más claros sobre los que se asientan la mayoría de las descripciones académicas y discursos sociales, respecto a las personas en situación de calle y el uso de inhalantes, pues sustentan el discurso de la adicción. En ella empieza describiendo que el inicio del consumo es parte del proceso de socialización a la vida de la calle, enfatizando en el sentido de pertenencia que genera; el cual, lejos de implicar únicamente formar parte de un grupo, remite al hecho de sentirse parte de él, siguiendo determinadas prácticas consensuadas dentro del mismo.

En este sentido, el grupo Norte –del que Tony es parte- ostenta patrones que incluyen el consumo público, diario y continuo. Más aún, existe presión entre los miembros para continuar consumiendo, lo cual se corrobora con una frase de este relato en el que expresa: “Tendría que irme de la calle para dejar las drogas”.

Desde la mirada del micro-contexto social del grupo de calle, al que Tony pertenece, el consumo frecuente y en espacios públicos es, no sólo permitido, sino legitimado, pues literalmente todo *su* mundo lo hace, por lo cual no necesita ocultarlo. Es más, en este contexto de interacción, consumir de forma pública y declararlo en la investigación, se justifica ampliamente pues al mismo tiempo se reconoce como una persona adicta.

Es así que en sus narraciones, se presenta a sí mismo como víctima del poder de la droga, deslindándose a partir de ello de responsabilidades tales como el cuidado de su hijo o la voluntariedad de los actos violentos cometidos contra su pareja “diluyendo la voluntad de las acciones que comete” (Rendueles, 2000, p. 20). Así también, Tony se posiciona como rendido frente al vicio, obturando la posibilidad de su existencia por fuera de éste.

Ambas condiciones –la del consumo grupal constante y la de reconocerse como persona adicta- configuran el escenario para un tercer aspecto relevante en este caso: Tony no necesita ocultar su consumo, el hacerlo de forma pública o privada se vuelve irrelevante para él pues su permanente estado de embotamiento lo desvincula de lo que esté sucediendo en su contexto inmediato. De esta forma, Tony resiste la exclusión social de la que puede ser sujeto, a partir de la desvinculación que le produce el consumo, la efímera satisfacción que le produce, la mirada aprobadora de su grupo, el presentarse a sí mismo como una persona adicta y su poca interacción con otros contextos que no sean los de la vida de la calle.

IV. 5.2 La historia de Paola.

Paola inicia su narración, durante el primer encuentro, explicando el consumo de vicio en el espacio de la calle como una estrategia para escapar tanto de sensaciones físicas, como hambre y frío; así como de emociones desagradables producidas por su historia familiar y experiencias dolorosas sucedidas en su vida de calle. Así también

expresa que el consumo se encontraba vinculado con el grupo Norte, con quienes compartía el uso de inhalantes de forma frecuente y; finalmente, con el hecho de generar intimidad con su pareja.

Asimismo, llama la atención que Paola continúe su narración reconociendo los efectos físicos adversos que produce la inhalación, advirtiendo sobre las consecuencias psico-biológicas del uso; más aún, en el momento en que relata cómo puso en peligro la vida de su primer hijo, evento que transforma la manera en que experimentaba el vuelo.

Hasta aquí, la historia de Paola parece un testimonio de rehabilitación, donde se presenta a sí misma totalmente desvinculada del consumo. Sin embargo, el giro narrativo se evidencia en el segundo momento de investigación, en donde en un contexto de mayor confianza, se permite revelar el hecho de que continúa consumiendo.

Este giro en su relato se encuentra propiciado por el contexto de la investigación. En un primer momento, Paola expresa públicamente su rechazo al vuelo, tanto frente a su grupo –quienes deciden no contradecirla-, como frente a la investigadora y los miembros del equipo de la ONG. Luego, cuando parece disminuir la amenaza social se revela y admite que sigue inhalando.

El temor de ser juzgada como mala madre, el miedo a que puedan quitarle a sus hijos, o que ella o sus pequeños puedan sufrir rechazo y discriminación, a causa del consumo público o, en este caso, a causa de la declaración pública del consumo, delimitan aquello que piensa que es apropiado transmitir. La condición de madre de Paola, la posiciona en un lugar desde el que debe proteger a sus hijos y a sí misma, de lo que considera los juicios errados que hace la sociedad respecto a la población que vive en la calle.

Por ello, respondiendo a contextos de interacción familiares, institucionales y sociales, se permite declarar que sigue consumiendo sólo en el contexto íntimo de la

investigación, así también como consume sólo en el espacio privado de lo que hoy es su hogar.

Becker (2010) plantea que para que “(...) un acto sea considerado desviado o no depende de la forma en la que los otros reaccionan ante él” (p. 31) y ello se hace evidente en este relato. Así, las miradas de sus hijos, de la investigadora, de las instituciones y de la sociedad juegan un papel preponderante en los significados que Paola atribuye al vuelo, pues si bien le permite tener un momento de relajación frente a su difícil realidad, también se constituye en una amenaza desde su posición de madre y mujer.

Paola lidia con ambos significados, consumiendo de forma privada y resistiendo de esta manera la exclusión social que conlleva el consumo público. Tanto así, que al expresar para esta publicación que aún consume, se cuida de ser juzgada presentando razones que incluyen el hecho de que consume muy poco y que lo hace para lidiar con frustraciones causadas por la imposibilidad de cumplir ciertas obligaciones económicas con sus hijos.

Aunque aún vinculada a la calle, ya no vive ahí, por lo que hoy cuenta con otros espacios de interacción como la escuela de sus hijos, la fuente laboral de su esposo, su vecindario, que configuran un escenario completamente diferente que la calle, haciendo que la mirada de la sociedad se torne más significativa incluso que aquella del grupo de calle, pues sus espacios de inclusión social se han visto incrementados.

IV. 5.3 La historia de Eddy.

La situación actual de Eddy, quien vive entre el espacio del torrante de calle y un cuarto que tiene rentado con su actual pareja, configura el escenario para la historia que presenta. En ella muestra, de forma clara, la diferencia de significado entre el consumo privado y el consumo público del vuelo. La historia deja entrever la transición por la que

atraviesa, desde el periodo en que consumía de forma frecuente y pública hasta su uso regulado, ritualizado y privado en el momento actual de la investigación.

Esta transición se encuentra mediada por la experiencia corpórea de estar “babeando y lucir desorientado *“lelito y sucio”*. Así, el cuerpo de Eddy se convierte en el medio visible a partir del cual, tanto él como los otros –su grupo de pares, las instituciones que le prestan ayuda y la sociedad en general– se hacen conscientes de su consumo volviéndolo público, lo cual le genera vergüenza.

De acuerdo con Vergara (2009) “La vergüenza es una emoción netamente social que se experimenta impulsada por la mirada de otro(s)” (p. 38). Desde la vergüenza, nuestros actos se encuentran siempre mediados “por los discursos que la cultura dispone en torno a los avergonzados” (Cyrulnik, 2011 p. 24).

En este sentido, Eddy se encuentra inmerso en una posición intermedia entre la mirada de su grupo de calle y la de la sociedad. Desde su posición de líder del grupo Sur, debe formar parte activa de rituales grupales como el del consumo, que generan cohesión y pertenencia. Así, el vuelo funciona como una excusa de reunión, como la comida para otros grupos sociales. Por otro lado, debe también lidiar con la mirada de instituciones y sociedad, por lo cual prefiere mantener esta práctica en el espacio íntimo y privado del torrate, evitando las consecuencias sociales de rechazo y discriminación del consumo público. Más aún, en relación a su posición de liderazgo, desde la cual habla en el contexto de la investigación, su consumo debe ser controlado, pues solo así puede sostener la autoridad moral para aconsejar, reprender y regular la presión ejercida entre los miembros del grupo Sur.

De esta forma, ha conseguido negociar con ambos contextos de interacción, a partir de disminuir su frecuencia de uso y restringirla a la intimidad del torrate -a pesar de que éste se encuentre situado físicamente en el espacio público de la calle- resistiendo la

exclusión social sin dejar de vivir en la calle.

IV. 6 Discusión

El objetivo de este estudio fue entender el uso del vuelo desde la perspectiva de los jóvenes en situación de calle. A partir de ello, encontramos que los significados que dan al uso del vuelo no son estáticos ni generalizables, sino dinámicos y particulares, respondiendo a la experiencia, historia y condición particular de vida de cada participante. A través de las tres historias presentadas, demostramos que la diversidad de significados que asignan al consumo se construye en torno a diferentes contextos espaciales y relacionales que se establecen con los grupos de calle, las instituciones y la sociedad.

Dichos hallazgos se corresponden con nuevos enfoques que investigan las geografías de niños y adolescentes en situación de calle y como éstas moldean los discursos de y sobre esta población (Beazley, 2002, 2003; Malone, 2002; Mathews et. al. 2000; Van Blerk, 2005; Vanderbeck & Johnson, 2000; Young, 2003). Desde la orientación geográfica, que investiga el uso de los espacios públicos de este grupo y sus movimientos espaciales entre entornos de calle y no calle, se ha ido demostrando que la movilidad espacial y temporal (entendida como fenómeno social) no puede ser excluida del afán de entender las experiencias de vida, la subjetividad y la construcción de la identidad de niños y jóvenes en situación de calle (Van Blerk, ob.cit). Más aún, se ha evidenciado que la población infanto-juvenil que vive en la calle se encuentra muy influenciada por las interacciones sociales que tienen lugar en espacios particulares y por cómo se perciben ellos mismos dentro de estas interacciones.

Así también, tomando en cuenta su agencia social, su vinculación a la calle, las estrategias de sobrevivencia y sus identidades nómadas, los estudios geográficos enfatizan que este grupo poblacional se mueve y transita para escapar de la “otredad”

(Van Blerk, 2005), de forma resistir la exclusión social y la marginación (Beazley, 2003), evitando una serie de consecuencias negativas como acciones represivas y discriminatorias.

Ahora bien, una de las características que genera más rechazo por parte de la sociedad es el uso de drogas, debido a que es tipificado y significado como un consumo que atenta contra las normas de utilización de espacios públicos y es asociado con comportamientos delictivos (Bar-On, 1997; De Moura, 2002), lo cual conduce generalmente a respuestas punitivas de orden legal y social.

Vinculando la teoría geográfica con el consumo, encontramos que las tres historias presentadas en este estudio ejemplifican cómo los jóvenes significan el uso del vuelo de diversas y fluidas maneras, que les permiten negociar y lidiar con multiplicidad de contextos, resistiendo de formas particulares en cada historia, la exclusión social que conlleva la utilización de drogas.

Así pues, en la historia de Tony parecería a primera vista que se rinde a la exclusión social y rechazo, al confirmar públicamente en sus significados, aquello que es esperado de una persona en situación de calle. Sin embargo, al mirar en mayor profundidad, encontramos, por el contrario, que se resiste de varias formas. Primero, al encontrarse en un constante *estado de modificación de conciencia* (Lucchini, S/A), a partir del cual se siente como una persona con “más fuerza y coraje” lo que lo hace sentirse “tan bien”. Luego, percibe al vuelo como algo que lo vincula a su grupo de calle, con quienes comparte la aprobación por el consumo en el espacio público, a pesar de que ello restrinja de manera significativa su relacionamiento con otros espacios y contextos sociales y; finalmente, puede excusarse de sus acciones a través de presentarse como una persona adicta.

En segundo lugar, en la historia de Paola el significado atribuido al vuelo toma la

forma de resistencia a los estereotipos negativos construidos por la sociedad, respecto a los niños y jóvenes que viven en la calle. Así, el traslado del consumo desde el espacio público de la calle, al espacio privado de su hogar parece ser una expresión, desde su rol materno, de su deseo de evitar la discriminación hacia ella y su familia, lo cual le permite interactuar con contextos sociales cada vez más amplios, sin dejar de estar vinculada a su grupo de calle.

Por último, en la historia de Eddy el uso del vuelo es significado como una forma de cohesión con su grupo, con quienes tiene la responsabilidad y deseo de continuar vinculado, dada su posición de liderazgo. Pero, también, como aquello que en otros espacios y entornos relacionales le genera discriminación. Así, Eddy negocia con ambos significados consumiendo de forma ritualizada dentro del espacio privado del torrante de su grupo y volviendo su vida de calle cada vez menos pública, de manera de ser asimilado de forma más positiva por la sociedad y reducir la estigmatización.

La movilidad de significados respecto al uso del vuelo que presentan los tres casos, debe ser tomada en cuenta para entender el consumo de inhalantes de la población en situación de calle y como éste adquiere distintas connotaciones dependiendo de los contextos de interacción de la población. Sin embargo, también debemos puntualizar un siguiente hallazgo que deja entrever que cuando se limitan a consumir en espacios privados, parece haber un decremento de uso, lo cual conlleva la posibilidad de moverse y adaptarse a una mayor diversidad de entornos y contextos sociales, lo que a su vez redundaría en una menor frecuencia de consumo.

Apoyando este punto, investigaciones recientes (e.g. De Benítez, 2007; 2011; Smeaton, 2009; Terres des Hommes, 2010) han empezado a argumentar que la experiencia de vivir en la calle no se puede globalizar, sino que es particular y responde a la vida de cada persona, por lo cual se ha propuesto el término de *street connectedness* o vinculación a la calle para describir la existencia de diferentes niveles de conexión al

espacio callejero.

Basados en las historias, proponemos que la frecuencia de consumo es uno de los factores más preponderantes de vinculación a la calle, pues parece ser que, mientras más desordenado, diario, caótico y por lo tanto público el consumo, mayor es la posibilidad de conexión y permanencia en la calle. Por el contrario, mientras más ritualizado, ordenado y privado, mayor la probabilidad de involucrarse en actividades socialmente más aceptables y más saludables, como el deporte y el trabajo, que permiten el distanciamiento, sino definitivo, por lo menos temporal de la calle.

Traducido en términos prácticos, estos hallazgos previos sugieren que, en primer lugar, se requiere de una evaluación y asesoría individual sobre el nivel de involucramiento con las drogas, con el fin de plantear intervenciones ajustadas a las necesidades particulares de cada caso.

En segundo lugar, implican que en algunos casos, las intervenciones que pudieran invitar a los jóvenes a involucrarse en espacios y contextos tanto físicos como sociales más amplios, podrían tener resultados más favorables que aquellas que intentan lidiar con el problema del consumo confinándolos a los espacios restringidos de instituciones.

La gran mayoría de modelos de intervención que ofrecen tratamiento en drogas, se conforman como comunidades a puertas cerradas. Luego, aquellas que trabajan con población en situación de calle, si bien propician espacios de interacción social como la escuela y la iglesia entre otros, normalmente buscan que los niños y adolescentes pasen el mayor tiempo del día dentro del espacio físico de los centros, lo cual redundaría en un reducido espacio de relacionamiento social, que luego dificulta su reintegración social cuando alcanzan la edad adulta.

Sin embargo, las historias presentadas inspiran una nueva posibilidad de intervención, basada en la creación de modelos alternativos donde se propicie una mayor cantidad y

calidad de interacción social, como ser fuentes laborales, escuelas en la calle, la práctica organizada de deportes, la formación de club de padres; llevados a cabo desde la calle, sin la necesidad de trabajar desde la institucionalización.

Mayor investigación es requerida sobre el consumo de drogas y el efecto de la inclusión social en contextos diferentes del de la calle, para confirmar su utilidad en diseños de intervención.

Referencias

- Andrews, M., Squire, C. & Tamboukou, M. (2008). *Doing narrative research*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, Inc.
- Bar-On, A. (1997). Criminalising survival: images and reality of street children. *Journal of Social Policy*, 26(01), 63-78.
- Beazley, H. (2002). 'Vagrants wearing make-up': Negotiating spaces on the streets of Yogyakarta, Indonesia. *Urban Studies*, 39(9), 1665-1683.
- Beazley, H. (2003). Voices from the margins: Street children's subcultures in Indonesia. *Children's Geographies*, 1(2), 181-200.
- Bercker, H. (2010). *Outsiders: Hacia una sociología de la desviación*: Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores
- Berndorfer, M. (2014). Somos chicos de la calle. *Revista Espacios Transnacionales* (2), 110-120. Recuperado el 20 de febrero de 2015, disponible en: <http://www.espaciost.org/experiencias-comunitarias/somoschicosdelacalle/>
- Burr, V. (1995). *An introduction to social constructionism*. London: Routledge
- Butler, U. & Rizzini, I. (2003). Young people living and working on the streets of Brazil: revisiting the literature. *Children, Youth and Environments*, 13(1).
- Castaño, G. (2000). Consumo de Inhalantes. Controles sociales en la calle. *Revista Alborada*, 46(318), 18-9.
- Cyrulnik, B. (2011). *Morirse de vergüenza: el miedo a la mirada del otro*. Barcelona:

Debate.

- Davies, B. (1993). *Shards of Glass. Children Reading and Writing Beyond Gendered Identities*. Sydney: Allen and Unwin.
- Daiute, C. & Lightfoot, N. (2004). *Narrative Analysis. Studying the Development of Individuals in Society*. Thousand Oaks, CA: Sage
- De Benítez, S. T. (2007). *State of the World's Street Children: Violence*. London: Consortium for Street Children.
- De Benítez, S. T. (2011). *State of the World's Street Children: Research*. London: Consortium for Street Children.
- DeFehr, J. N. (2008). *Transforming encounters and interactions: A dialogical inquiry into the influence of collaborative therapy in the lives of its practitioners (Doctoral dissertation)*. Tilburg, The Netherlands: Universiteit van Tilburg.
- De Moura, S. L. (2002). The social construction of street children: Configuration and implications. *British Journal of Social Work*, 32(3), 353-367.
- Embleton, L., Atwoli, L., Ayuku, D., & Braitstein, P. (2013). The journey of addiction: Barriers to and facilitators of drug use cessation among street children and youths in Western Kenya. *Plos One*, 8(1). Recuperado el 22 de enero de 2015 de <http://www.plosone.org/article/info:doi/10.1371/journal.pone.0053435>
- Fernandes, G. T., & Vaughn, M. G. (2008). Brazilian street children Contextual influences in relation to substance misuse. *International Social Work*, 51(5), 669-681.
- Forselledo, A. G. (2001). Niñez en situación de calle. Un modelo de prevención de las farmacodependencias basado en los derechos humanos. *INFANCIA. Boletín del Instituto Interamericano del Niño*, 69, 236.
- Forster, L. M., Tannhauser, M., & Barros, H. M. (1996). Drug use among street children in southern Brazil. *Drug and Alcohol Dependence*, 43(1), 57-62.
- Gergen, K. (1999). *An invitation to social construction*. Thousand Oaks,

CA.

- Gergen, M & Gergen, K. (2003). *Social construction, a reader*. London: Sage.
- Giraldo, Á., Forero, C., Hurtado, M. A., Ochoa, J. A., Suárez, L. M., & Valencia, A. (2008). Un viaje que puede controlarse: consumo de drogas en niños en situación de calle. *Revista de la Facultad Nacional de Salud Pública*, 26(1), 1-17.
- Güelman, M. (2012). Sociabilidad y consumos de drogas. Un análisis de sus vinculaciones desde las significaciones de jóvenes marginalizados del Área Metropolitana de Buenos Aires. Grupo de Trabajo 9 Salud. *Procesos de subjetivación e individuación*. Coordinadores: Alejandro Villa-Pablo Francisco Di Leo, 148.
- Gutiérrez, R., & Vega, L. (2008). Niñas y niños ‘callejeros’, uso de sustancias y su atención en México. *Revista Peruana de Drogodependencias*, 6(1), 55-73.
- Honan, E., Knobel, M., Baker, C. & Davies, B. (2000) ‘Producing Possible Hannahs: Theory and the Subject of Research’, *Qualitative Inquiry* 6(1): 9–32.
- Holstein, J. A., & Gubrium, J. F. (Eds.). (2008). *Handbook of constructionist research*. Guilford Press: New York
- Hollway, W. & Jefferson, T. (2000) *Doing Qualitative Research Differently: Free Association, Narrative and the Interview Method*. Sage: London.
- Huang, C. C., Barreda, P., Mendoza, V., Guzman, L., & Gilbert, P. (2004). A comparative analysis of abandoned street children and formerly abandoned street children in La Paz, Bolivia. *Archives of disease in childhood*, 89(9), 821-826.
- Huang, C. C., & Huang, K. (2008). Caring for abandoned street children in La Paz, Bolivia. *Archives of disease in childhood*, 93(7), 626-627.
- López, D. (2011). Módulo I – La población meta. De los niños, niñas y adolescentes en situación de calle. Cochabamba: Tola Impresiones.
- Lucchini, R. (S/A). Niño de la calle y el consumo de drogas. Proyecto de investigación

en América Latina.

- Malone, K. (2002). Street life: youth, culture and competing uses of public space. *Environment and Urbanization*, 14(2), 157-168.
- Matthews, H., Taylor, M., Percy-Smith, B., & Limb, M. (2000). The Unacceptable Flaneur: The Shopping Mall as a Teenage Hangout. *Childhood*, 7(3), 279-294.
- Pérez, J.M. (2009). Infancia callejera: paradigma de la discriminación tutelar, 295-318. En M. Liebel y M. Martínez (coord.). *Infancia y Derechos Humanos. Hacia una ciudadanía participante y protagónica*. IFEJANT: Lima
- Rendueles, G. (2000). Las drogas como metáfora tóxica.
- Riessman, C.K. (2002). Analysis of personal narratives, en JF Gubrium & JA Holstein (eds.), *Handbook of interview research: context and method* (695–709). Thousand Oaks, CA: Sage Publications, Inc.
- Riessman, C.K. (2008). *Narrative methods for the human sciences*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, Inc.
- Seth, R., Kotwal, A., & Ganguly, K.K. (2005). Street and working children of Delhi, India, misusing toluene: An ethnographic exploration. *Substance Use & Misuse*, 40(11), 1659-1679.
- Smeaton, E. (2009). *Off the radar: Children and young people on the streets in the UK*. Sandbach: Railway Children
- Terres des Hommes (2010). *Children in street situations-Sectoral policy- January*
- VDS-SC (2013). *Censo de Personas en Situación de Calle en Ciudades Capitales de Bolivia y El Alto*. Manuscrito presentado para publicación
- Viscarra, V. H. (1981). *Coba, lenguaje del hampa boliviano*. Librería-Editorial Popular.
- Van Blerk, L. (2005). Negotiating spatial identities: mobile perspectives on street life in Uganda. *Children's geographies*, 3(1), 5-21.
- Vanderbeck, R. M., & Johnson, Jr, J. H. (2000). "That's the only place where you can hang out": Urban young people and the space of the mall. *Urban*

Geography, 21(1), 5-25.

- Vega, L., Gutiérrez, R., Rodríguez, E., & Galván, J. (2002). Factores de riesgo para la salud mental de las niñas que subsisten en la calle. A. Lara y N. Salgado (comp.) *Cálmese son sus nervios, tómese un tecito... La salud mental de las mujeres mexicanas*. Pax, 25-54.
- Vergara, G. (2009). Conflicto y emociones. Un retrato de la vergüenza en Simmel, Elías y Giddens como excusa para interpretar prácticas en contextos de expulsión. En A. Scribano & C. Figari (comps.). *Cuerpo(s), subjetividad(es) y conflicto(s). hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*. Buenos Aires: Colección CLACSO-Ciccus.
- Villanueva O'Driscoll, J., & Loots, G. (2014). Tracing Subjective Drives: A Narrative Approach to Study Youth's Engagement with and Disengagement from Armed Groups in Colombia. *Qualitative Research in Psychology*, 11(4), 365-383.
- Young, L. (2003). The place of street children in Kampala, Uganda: marginalisation, resistance, and acceptance in the urban environment. *Environment and Planning D*, 21(5), 607-628.



**CAPÍTULO V. ¿QUÉ PODEMOS APRENDER
LOS PROFESIONALES DE LOS GRUPOS QUE
VIVEN EN LA CALLE?: LECCIONES SOBRE LA
PERMANENCIA DE JÓVENES EN UN GRUPO
DE CALLE.**

*Este capítulo es una adaptación del artículo por
enviar: Losantos, M.; Berckmans, I.; Dómic, J. &
Loots, G.*

CAPÍTULO V

¿QUÉ PODEMOS APRENDER LOS PROFESIONALES DE LOS GRUPOS QUE VIVEN EN LA CALLE?: LECCIONES SOBRE LA PERMANENCIA DE JÓVENES EN UN GRUPO DE CALLE

V. 1 Introducción

En Enero de 2004, poco tiempo después de recibir mi título en Psicología, ingresé a trabajar en una de las instituciones más reconocidas en Bolivia en el trabajo con niños, niñas y adolescentes que vivían en las calles. Habría de ser mi primer trabajo y luego, mi misión en la vida.

Al entrar a trabajar de forma profesional con ellos, me familiarice rápidamente con las definiciones que las instituciones de apoyo construían para explicar su existencia en las calles. Razones como la pobreza, la migración familiar, el maltrato infantil, la deserción escolar y la desintegración familiar se convirtieron en parte frecuente de mis explicaciones, haciendo eco de los discursos institucionales que los describían.

Dichas razones me permitían de alguna manera explicar porque ingresaban a la calle en primera instancia; sin embargo, no eran suficientes para explicar porque retornaban a la calle después de estar institucionalizados. En efecto, en Bolivia, las organizaciones de ayuda y sus profesionales se encuentran constantemente desafiados por lograr la permanencia de los niños en situación de calle en sus programas residenciales (Huang & Huang, 2008; Berndorfer, 2011); sin embargo, las investigaciones, aunque muy escasas en el tema, refieren resultados poco alentadores al presentar porcentajes de retención de entre 1 a 3%.

El retorno de los niños y adolescentes a las calles, después de encontrarse en un

programa de cuidado residencial puede ser una de las experiencias más frustrantes para los profesionales -y en este grupo me incluyo- que trabajan ofreciendo servicios y cuidados a este grupo poblacional. Al margen de la gran cantidad de dinero invertido en residencias, el desafío de poner en marcha programas creativos y atractivos, cumplir con requerimientos administrativos y la lucha por conseguir visibilidad social; el desgaste emocional que implica cuidar a niños, escuchar sus historias, involucrarse en sus vidas y luego verlos nuevamente en la calle, es inmenso.

En contraste, investigaciones en muchas partes del mundo demuestran la permanencia de niños, adolescentes y jóvenes en su grupo de calle (Conticini, 2005; Ferguson, 2004; Stablein, 2011; Stephenson, 2001). En efecto, el grupo es uno de los factores de mayor relevancia en la vida de la calle; lo cual también fue demostrado en investigaciones anteriores (Losantos, Berckmans, Villanueva & Loots, 2014; Losantos, Berckmans, Pieters, Domic & Loots, en prensa), en las que al interactuar con un grupo de calle -identificado con el nombre de Grupo Sur por el lugar en el que sus miembros se encuentran ubicados en la ciudad- empecé a darme cuenta de algunas características relacionales, que hacían de éste, uno de los casos más emblemáticos de pertenencia, unicidad y también estabilidad de sus miembros.

El grupo Sur, está conformado por alrededor de 25 miembros que han formado parte del grupo -casi de manera permanente- desde que eran niños, hasta hoy que ya alcanzaron la edad adulta. La estabilidad lograda en el grupo condujo inevitablemente a preguntarme ¿qué hacían ellos, que quizás yo no conseguí hacer en mis años de profesional en campo, para que se quedaran en la institución?

En una investigación teórica anterior (Berckmans, Losantos, Pinto & Loots, 2012), encontramos una interesante recomendación propuesta por Pijnenburg (2010) quien decía que para obtener información relevante de cómo se construían las intervenciones efectivas con niños en situación de calle, ésta debía ser obtenida desde diferentes

niveles. En su propuesta, una intervención está conformada por la interacción entre a) el nivel micro, que incluye la colaboración y la relación entre los profesionales y los niños, adolescentes y jóvenes, las características personales, las expectativas y esperanzas y la experiencia de los profesionales); b) el nivel meso, en donde juega un papel preponderante como están estructurados los programas y como se conforman las relaciones entre instituciones y c) el nivel macro, vinculado a las políticas sectoriales, gubernamentales e institucionales sobre esta población, que influyen directamente en los resultados de los servicios de atención de los niños en situación de calle.

Con este mapa en mano, esta contribución pretende focalizarse en el nivel micro de las intervenciones, pero incluyendo una parte esencial de este nivel, que tiene que ver con cómo, a la inversa, son percibidos los profesionales por los niños.

En efecto, la forma en que la propia población en situación de calle percibe la relación con los profesionales que los atienden es una cuestión neural, como lo demuestran las historias y conversaciones con los jóvenes que inspiraron esta investigación, a partir de las cuales pude recordar y reflexionar sobre mis propias experiencias al relacionarme con ellos en mis años como profesional de campo.

Inevitablemente, las narraciones acerca de sus experiencias de institucionalización y dentro del grupo despertaron en mi persona, diálogos internos y reflexiones sobre aspectos vitales de la relación que profesionales como yo, construimos con ellos. Luego, estas reflexiones se convirtieron en las lecciones aprendidas que presento en este artículo, a la espera de motivar a la reflexión a otros profesionales que se encuentren en este camino y rescatar aprendizajes que podrían ayudar a mejorar nuestras intervenciones.

Para ello, emplearé la metodología autoetnográfica (Anderson, 2006; Denzin, 2013; Ellis & Boschner, 1996), de manera de hacer transparentes las reflexiones inspiradas por

las narraciones de los jóvenes en situación de calle del Grupo Sur, esperando que los lectores de este artículo puedan identificarse con algunos de los desafíos que nos esperan cuando establecemos vínculos con la población que vive en la calle.

Deseo aclarar, para finalizar esta introducción, que la intención de este capítulo no es cuestionar las valiosas experiencias existentes en muchos programas en Bolivia; sino rescatar las vivencias de aquellas personas, para quienes la institucionalización no ha sido una práctica positiva. Los testimonios presentados responden a experiencias personales, urgentes de exponer, pero no necesariamente generalizables a toda la población en situación de calle.

V. 2 Contextualizando a los actores

¿Quiénes somos?

Yo, *Marcela Losantos* provengo de una familia de clase media, soy psicóloga, terapeuta e investigadora. Provengo de un escenario institucional en el cual trabajé en campo por un periodo de 10 años, recibiendo a bebés, niños, niñas y adolescentes en situación de calle en diferentes programas de acogida. Al cabo de ese tiempo, cambié de posición para investigar acerca de su permanencia en las calles, a pesar de contar con programas como aquel del que yo había sido parte.

De vuelta en las calles, me encontré con los otrora niños a quienes solía atender y que hoy en día se han convertido en adultos jóvenes que aún permanecen en situación de calle. Esta difícil situación, me condujo a confrontarme con mis memorias, mis experiencias, mis sentimientos y preocupaciones e hizo crecer en mí una profunda necesidad de reflexión crítica, respecto a mi actuar personal y profesional, durante los años en la práctica, buscando respuestas que permitan comprender porque siguen allí.

El *Grupo Sur* está conformado por alrededor de 25 miembros varones y mujeres, de

entre 15 a 23 años de edad. Desde su creación en 2005, sus líderes eligieron un lugar apartado de la zona sur de la ciudad para establecerse y permanecieron en él por ocho años hasta noviembre de 2013¹⁵. El grupo fue co-fundado por Eddy, Javier y Benny, quienes después de estar juntos en varias instituciones y haber formado parte de varios torrantes¹⁶, decidieron a la edad de 12, 13 y 14 años de edad respectivamente, fundar el torrante del grupo Sur, debido a que deseaban conformar un lugar “sin mayores... para que los mayores no nos molesten, solo para *chilas*¹⁷, solo para nosotros” (Eddy, 2013).

De esta forma, los tres iniciaron su recorrido por distintos grupos de calle, invitando a los más pequeños como Eddy relata: “nosotros decidíamos en conjunto bajar a los chicos, escogidos siempre eran pues. No queríamos chicos que sean abusivos, no queríamos que roben por ahí [refiriéndose al espacio físico del torrante]”

Así, el grupo fue constituido primero por varones únicamente y luego invitaron a sus parejas mujeres a vivir con ellos.

A la llegada el lugar estaba sucio, desnivelado y lleno de polvo, pero luego con la ayuda de todos empezaron a ordenarlo, para hacerlo más habitable, como Eddy continúa:

“...hemos traído pues pala y picota y nos han ayudado, así hemos picoteado, hemos traído harta agua...con otros voluntarios agua hemos traído, lo hemos regado, lo hemos asentado la tierra bien, colchones ya teníamos, cama, luego ha venido un amiguito, O. se llama, ha robado, a... no sé de cómo, parece que sabía sobre esas cosas, la cuestión es que ha jalado energía del poste, solo sabíamos cargar nomás celulares. Luego él ha dicho: ya voy a traer mi DVD y mi tele”.

¹⁵ El grupo Sur fue intervenido y desarticulado el 22 de noviembre de 2013. Para más información ver Losantos, M. (2015). Protección y participación: la desafiante situación de derechos de los niños y adolescentes que viven en la calle. *Familia, niños y adolescentes en situación de Vulnerabilidad: Aportes para la política pública*, 34-55.

¹⁶ Se llama torrante al lugar que utilizan para vivir y pernoctar en la calle.

¹⁷ La palabra *chila* es un termino aymara que se usa para referirse a “los más pequeños”.

De esta manera y gracias a la contribución de sus miembros, el grupo Sur se convirtió en un hogar establecido en el espacio físico de la calle, contando con ollas, cocina, colchones, frazadas, televisión, DVD y suministro de luz.

Por otro lado, en cuanto a sus actividades, el grupo se dedicó a trabajar vendiendo golosinas, cantando en medios de transporte, lustrando calzados, pero también pidiendo dinero y robándolo cuando se dieron cuenta, al ser más grandes, que la gente ya no se compadecía ante ellos como cuando eran niños.

Finalmente, respecto a su organización, el grupo tuvo desde su inicio un liderazgo claro pero equitativo, en donde las tareas se distribuían y las decisiones se tomaban en consenso (para una descripción más detallada ver Puystiens, 2014, tesis de maestría no publicada).

Isabel Berckmans, Jorge Domic y Gerrit Loots son investigadores que apoyaron el proceso de reflexión y escritura de este artículo.

V. 3 Aplicando la autoetnografía

El término autoetnografía empezó a utilizarse a finales de los años setenta. En sus versiones iniciales, como explica Hayano (1982), la autoetnografía se aplicaba al estudio de un grupo social que el investigador consideraba como propio; ya fuera por su ubicación geográfica, socioeconómica, su ocupación laboral o el desempeño de alguna actividad específica.

Luego, en la década de los '90, Ellis y Brochner (1996) empezaron a proponer la autoetnografía como método de investigación que “explora el uso de la primera persona al escribir [...]...y las complicaciones de estar dentro de lo que se está estudiando” (p.1). De esta manera, amplía la concepción del rol del investigador, para dar cabida a sus relatos personales y/o autobiográficos relacionadas a la investigación, situadas en el contexto social y cultural investigativo (Blanco, 2012).

En el sentido estricto, la autoetnografía fue concebida inicialmente con el objetivo de generar una práctica metodológica crítica, que no conllevaba únicamente escribir acerca de uno mismo, sino ser crítico acerca de las experiencias personales relacionadas a los tópicos investigados; sobre todo cuando los investigadores son miembros del mundo social que están estudiando (Maso, 2001). Un segundo objetivo implica que, a través de la evocación de experiencias personales del investigador, se permita a los lectores “conectarse” con las experiencias de éstos y sensibilizarlos sobre alguna problemática social (Anderson, 2006).

Finalmente, incluye algunas características que comprometen al investigador, pues demandan que éste se posicione respecto al tópico de la investigación, que tome conciencia de su influencia recíproca con su contexto y sus participantes, que se muestre vulnerable, que tome responsabilidad por lo que dice y que asuma que la suya es sólo una de las posibles miradas respecto al fenómeno investigado (Reed-Danahay, 1997).

Aunque la autoetnografía siempre convoca la experiencia del investigador como el dato central a ser investigado, con el transcurso de los años, se ha ido abriendo para incluir otras voces, con las que el investigador dialoga mientras relata su experiencia. Así, por ejemplo, Chang (2013) y Hernández & Wambura (2013) proponen la ampliación hacia una autoetnografía colaborativa y comunitaria, en donde la experiencia del investigador sea el punto de inicio del diálogo con otros investigadores que puedan aportar, reflexionar, criticar y compartir su propia experiencia.

Ahora bien, en esta investigación, la autoetnografía es aplicada de una forma diferente. Como explicado anteriormente, en los escritos autoetnográficos, el escenario lo ocupa la experiencia personal del investigador respecto al tópico investigado. En cambio, en esta contribución yo, Marcela, no escribo sobre mi propia experiencia y perspectiva al investigar con los jóvenes en situación de calle. Al contrario, son sus historias las que toman el lugar central y convocan mi reflexión desde mi experiencia de

profesional de campo. A partir de las vivencias extraídas en mis conversaciones con ellos, sobre el tópico de su permanencia en las instituciones, en contraposición a la permanencia en el grupo de calle, reflexiono sobre aquellos aspectos de la relación profesional con ellos, rescatando aprendizajes que pueden mejorar la calidad de mis intervenciones y las de otros colegas en campo.

V. 4 Mirando hacia atrás: lecciones para reflexionar hoy

Empecé a trabajar con niños, niñas y adolescentes que vivían en las calles a la edad de 23 años. Inexperta y rígida en mi profesión recientemente adquirida recuerdo hoy el miedo experimentado a no ser aceptada por el grupo de niños y jóvenes que se encontraban a mi cargo en la institución, lo cual me condujo a resguardarme detrás de la autoridad que me confería el puesto de trabajo y mi supuesta adultez.

Más aún, recuerdo la preocupación intensa por ser valorada profesionalmente. Al ser éste mi primer trabajo formal, deseaba ser reconocida y, para ello me comprometí con el cumplimiento cabal de la agenda institucional, pensando que el éxito de la permanencia de los niños en la institución dependía de cumplir con las actividades, proyectos y programas.

Hoy, como investigadora, comprendo que el desafío de que los niños dejen la vida de la calle y permanezcan en una institución, sobrepasa la creatividad y empeño con el que se erijan y ejecuten los modelos de intervención. Recorro, para mostrar estos desafíos, a la experticia de los propios jóvenes, quienes con sus historias me enseñaron lecciones valiosas sobre las cuales debemos reflexionar antes de diseñar cualquier intervención.

V. 4. 1 Primera lección: Acoger en vez de recoger.

Esteban: “¡Este no es mi lugar!”

“Les he dicho que si no entraba [al hogar] con ella [su mascota], no entraba y punto...medio que si,

medio que no...al final han aceptado”.

Me recuerdo que me trataban como pulgoso, al tiro me querían hacer bañar...Luego, la coordinadora del centro quería hablar conmigo. Me siento y me dice: “jovencito vos eres reincidente, eres turista profesional ¿no?... Así que quiero quedar bien en claro, ¿Cuáles son tus intenciones al entrar otra vez aquí?.”

Luego me dice: “si te quieres quedar acá hay reglas que tienes que cumplir. Dormir antes de las 10, bañarse todos los días, ir a la escuela, hacer el oficio, respetar a los educadores, salir solo en grupo, no robar, no mentir y no pelear”...”bieennn hartas reglas habían sido”.

Me gustaba al principio...pero después me he empezado a cansar...no había caso de hacer nada, nada siempre...así, solo. Ya luego, hartito me daba flojera todo lo que tenía que hacer, hartito siempre me costaba levantarme, hacer todo rapidito...entonces me peleaba con los educadores y en eso era peor...peor siempre era...más castigos, más reglas que tenía que cumplir. Al final, le he gritado a la señora...¡Este no es mi lugar!”.

Ana: “Yo soy la mamá aquí”

“A eso de cómo mis 13, yendo a los 14 me he ido a la calle por problemas de familia. O sea, he tenido problemas con mis hermanos y un día mi hermano me ha botado de mi casa y me he ido a la calle.

Primero yo trabajaba haciendo llamadas a celular y de ahí les he conocido a los chicos...ellos primero lustraban, así. Y de ahí, como me ha botado mi hermano, entonces me he ido con ellos, los he conocido, ellos también me han acogido...no me han dicho que cosas tengo o algo así, solo me han dado un lugar donde dormir.

[...]

La mayoría de los chicos igual me ayudan, me cuidan, me hablan, me cuentan. Para ellos soy su mamá. “Vos eres la mamá de aquí” me dicen... Es que yo les digo pues, les recomiendo, les hago reír, así.....me llevó con todos, con la mayoría bien. Y como yo más antes se igual estar aquí ¿no ve? Entonces, más antes en el torrante, y el Eddy igual, ...como es su torrante de él, cuando no está, yo estoy a cargo de eso”.

Leo ambas historias y me veo tentada a preguntar ¿cómo recibía a los recién

ingresados? y aún ¿cómo recibía a aquellos que habían ingresado más de una vez a la institución? La primera reflexión que estas historias me inspiran, es cuán importante es la preparación para la acogida de un nuevo miembro o inclusive para un miembro que retorne al centro. Recuerdo que muchas veces, me sentía confrontada entre la decisión de una cálida acogida y la necesidad de establecer límites desde el inicio. Recuerdo también que yo entendía que esta necesidad de establecer las reglas, provenía de la idea de instaurar normas de convivencia, pero sobre todo del requerimiento de comprometer a la población a una estadía más prolongada. Pienso hoy, que la intención de establecer reglas tenía un buen sentido, después de todo, la institución les proveía de vivienda, alimentación, servicios básicos, educación, toda clase de beneficios materiales y soporte psicológico y social, educativo. No obstante, creo que vale la pena una mirada de reflexión a la actitud de acogida.

Thomás de Benítez (2003) dice que al mirar a la realidad actual y la práctica de las intervenciones dirigidas a niños y adolescentes que viven en la calle, dos enfoques pueden ser reconocidos. Modelos reactivos/represivos y modelos protectores dominan el panorama político en todo el mundo y se replican frecuentemente.

Desde el modelo reactivo / represivo son considerados como una desviación de los niños "normales" y como posibles amenazas al orden público. La intervención será en este caso, de represión hacia ellos, justificando los traslados forzosos y las sanciones legales. Por otro lado, el modelo de protección centra su atención en las deficientes condiciones de vida en la calle.

Bajo la perspectiva del segundo, los niños y adolescentes son vistos como víctimas cuyos derechos básicos de alimentación, vivienda, educación y salud son continuamente violados y por lo tanto las intervenciones deben ser trazadas para restituirlos de manera inmediata (e.g. Ali & de Muynck, 2005; Kudrati et al, 2008;. Mathiti, 2006; Mitchell et al, 2007).

Sin embargo, investigaciones sobre la efectividad de dicho objetivo de intervención, demuestran vehementemente que los jóvenes no permanecen en una institución por recibir estos beneficios. Sen (2009), en una pesquisa en la India, respecto a cómo percibían los jóvenes su institución, comprobó que se sentían expulsados de ella; que no lo consideraban su hogar aunque hubieran crecido en él y recibido toda clase de insumos materiales y sanitarios, pues no sentían que podían volver a él, ni aun cuando hubieran finalizado exitosamente todos los años del programa.

Así pues, mi idea de que recogerlos de las calles y proveerlos de todas, o por lo menos la mayoría, de sus necesidades y, que recibieran soporte psicológico y social era suficiente para una exitosa intervención, se fue desvaneciendo.

Escuchar sus historias, me reconvino a una idea, aunque evidente, necesaria de evidenciar. Recibir a los niños implica más que el diseño de programas innovadores, creativos o sofisticados; la generación de relaciones de soporte y con significado es tan o más importante que asignarles una cama, limpiarlos y asegurarles una comida diaria, pues de hecho, la calle no puede ofrecerles ninguna de esas cosas y aun así permanecen en ella.

El cuidado de los niños y adolescentes en situación de calle involucra revisar la forma y actitud con que son recibidos, el compromiso a largo plazo de acompañarlos a crecer, invertir más tiempo en ellos que haciendo informes institucionales, escuchar sus historias y acompañar en silencio sus tareas escolares, trazar con ellos un plan a futuro y ser conscientes de que si lo armamos en conjunto, nos implicaremos en él a largo plazo, saber que cuando les abrimos las puertas, se las abrimos sin condiciones.

Herth, (1998) y Nalkur (2009a, 2009b) resumen brillantemente la función del profesional que recibe a un niño, niña y adolescente en situación de calle: “infundir esperanza en su futuro”. Acoger a los niños con optimismo, con apertura, con esperanza

y con confianza, podría resultar en un giro significativo para sus vidas fuera de la calle y para nosotros como profesionales al ver resultados a largo plazo.

V. 4. 2 Segunda Lección: Crear un espacio de legitimación, en vez de un espacio de estigmatización.

Carlota: “Primerita vez que me han ayudado aunque estaba como loca”

“[...] O sea [cuando estaba en la institución] pensaba que iban a hacer lo mismo si llegaba a confiar en ellos o tenía amistad....Que iban a ser igual que mis papás...Me aislaba de los demás, o me subía a los árboles. Por eso me han llevado a los psicólogos y a los psiquiatras.

Es que en esa [nombre de institución] tuve problemas y porque a los chicos siempre los mandaban a los psiquiátricos, porque no podían con ellos, a mí igual me han llevado al [nombre de Psiquiátrico]. Por ejemplo, algunos eran hiperactivos, algunos se cortaban y a todos los querían mandar...se querían deshacer de uno parece.

A mí me han llevado porque sacaba cara y era agresiva... porque no me entendían. Solamente me decían ¡ay! con un psicólogo anda a hablar e iba. Solamente lo solucionaban con eso y yo quería que me entendieran, pero nunca me entendían.

Nunca me hablaban...apostaban contra mí. A un tal G. le decían: “apostaremos que la Carlota no va a pasar de curso”...Así apostaban los del personal de la Fundación...Ellos decían “te apuesto que no va a [pasar de curso]”

Todos hablaban mal en sí. Yo era ahí un problema parecía.

[...]

Ahí entonces me he escapado de [nombre de institución]. Me he encontrado con los chicos y me han dicho “vienes nomás a vivir” [al torrante]. “Ya” les he dicho... “Si quieres comida me vas a llamar” me están diciendo... Ya luego ya he empezado aquí a bajar.

El T. me hablaba, con él andaba caminando, luego con la A. ya me he llevado bien, luego ya con todos.

[...]

Acá son más unidos. Se pelean y no sé... se reconcilian así entre todos. Es... no sé. Más unidos creo que son. Cuando uno está mal, lo llevan al hospital. Son como una pequeña familia. Son más comprensivos, más unidos. Se ayudan unos a otros... Cuando no hay comida, hay veces, van los chicos ahí a machetear¹⁸ para todos.

En mi familia y en el hogar me trataban casi como loca. Entonces en la calle entonces me ha dado la depresión y he empezado a dejar de comer...ya no comía. Era muy intolerante, ya gritaba nomás, como loca siempre. Hasta que cuando estaba en el torrante igual me he intoxicado con pastillas. El Eddy “¿qué te pasa?” me ha dicho, estaba tomando agua, agua; luego me ha llevado al Hospital. Primerita vez creo que me ayudado aunque estaba como loca”.

La historia me impresiona. Carlota tenía miedo de relacionarse con los adultos a causa de eventos relacionados con su familia por lo que, para resguardarse de ellos, se retraía. Los adultos a su cargo la trataban, a raíz de ello, como loca, menospreciándola explícitamente. Luego, en confirmación de su miedo, es enviada a un psiquiátrico de adultos, pues no podían lidiar con su silencio.

Gilligan (2003, p.11) argumenta que "perder la voz es la marca psicológica del trauma. Es también la marca del totalitarismo y fascismo de la sociedad...La voz es un instrumento de la relación; cuando uno pierde la voz, pierde la relación" y ello no puede ser mejor ejemplificado que en esta historia.

Así, Carlota pierde su voz a causa de duras experiencias familiares y luego es juzgada por ello y estigmatizada hasta el punto de enviarla a instituciones que, lejos de ayudarla, la ponen en riesgo, pues en Bolivia no existen instituciones psiquiátricas para niños, por lo que deben convivir con adultos cuyas problemáticas son distintas de las de ella.

Finalmente Carlota escapa y paradójicamente recupera la voz dentro de su grupo de calle, donde encuentra un espacio legítimo para hablar, en el que no se siente juzgada,

¹⁸ La palabra machetear es utilizada para designar la conducta de pedir dinero en las calles.

sino por el contrario, por primera vez acompañada.

El relato mueve en mí una profunda necesidad de cuestionar nuestro rol como profesionales, que en vez de legitimar la existencia de quienes vienen a la institución con historias de exclusión social, contribuimos a su estigmatización tanto dentro como fuera de ella.

Conticini (2005), declara que en muchos casos, quizás no tan extremos como los de Carlota, las instituciones son en gran parte responsables de la exclusión de sus internos, pues es su identidad de “niños institucionalizados o “niños de la calle” la que acompaña cada presentación personal y cada folder con sus historias, visibilizando aún más las diferencias entre éstos y los niños “regulares”.

Así, el mismo autor y otros como Ammar, (2009) y Balachova et al. (2009) revelan la lucha por definir qué se entiende por reinserción social, pues a pesar de ser el objetivo de gran parte de instituciones de ayuda, parece ser que algunas prácticas institucionales resultan justamente en lo opuesto, como en el caso de Carlota.

Esta historia refleja la extensa brecha entre el discurso y la práctica de la reinserción social y cuestiona cuales son los espacios que, efectivamente y fácticamente, permiten la inclusión social de niños con experiencia de vida en la calle. La historia merece la pena una profunda reflexión, respecto a que implicamos cuando decimos que promovemos la inclusión social y que hacemos en nuestra convivencia diaria con niños y jóvenes para que ello suceda.

V. 4. 3 Tercera lección: Invitar a la participación, en vez de imposición.

Ana: “Aquí también tenemos reglas”

“Aquí también tenemos reglas...bueno, desde que he venido yo. Por ejemplo, no tienen que dormir con zapatos, tienen que sacarse los tenis... es que hay personas cómodas.....es que yo cuando me quedo ahí

recojo pues, limpio, todo...y si van entrar con zapatos van a dormir en la misma tierra, en la basura, así todo nops..... Y si no.... si pisan traen agua.

Esa es nuestra regla, hemos colocado hartas reglas, más mejor estamos ahora. [...]

Y... cuando no todos llegan a la misma hora, la cama y los lugares.....porque siempre decían “ay no, está es mi cama, este es mi lugar, que aquí siempre duermo todos los días”. Entonces hemos quedado en que las camas y los lugares son según a la llegada, o sea si él llega primerito se tapa con una cama, con la que quiera. Pero la cama siempre tenemos que compartir, porque como no son tan grandes, son como pa dos, como pa tres ¿no ve? Entonces se tapan dos, tres...así. Tienen que llegar sin meter bulla, o sea algunos están durmiendo ¿no ve?, prender la luz un ratito para acostarse y después ya calladitos. Entre todos hemos creado las reglas”

Eddy: “Que haya un poco más de entendimiento”

“Que haya un poco más de entendimiento, de comprensión. Porque... uno no sabe con qué tipo de problemas está y reacciona diferente. En el hogar son pues reglas, o sea, que tienes que seguir...que tal nomás a alguien no le gusta bañarse...y tiene que bañarse”.

Ana: “Hace falta dialogar más con nosotros”

“Para dejar la calle hace falta dialogar más con nosotros...o sea, un plan de cambio...proponerles a los chicos...pero...poco a poco, no se puede dejar de la noche a la mañana...es bien difícil. Es el 50 y 50...la persona que quiere ayudar, puede ayudar el 50%, pero la otra parte del 50%...para que sea el 100%, tiene que ser de nosotros mismos”

Paulina: “Puras reglas son en el hogar”

“En el hogar no te dejan hacer nada, puras reglas son en el hogar...por ejemplo, soy joven, me gustaba ir a bailar, me gustaba tener libertad, me gustaba ser libre...tener amigos...[al salirme], me he sentido bien libre”.

Jacky: “En el hogar me aburro”

“Es que también, en el hogar, me aburro pues. No tengo amigos, apenas he conocido a dos chicas...luego durante el día, limpiar, comer, ir al colegio, volver. No podemos decidir casi nada...”

En cambio en la calle, salgo a vender y de ahí sale platita. Luego me divierto con los chicos...” ¿vamos a machetear?” me preguntan y de ahí con ellos voy. Hacemos cosas juntos...De que hay reglas, hay reglas...pero...a mí me gusta jugar con ellos, reír”.

En 1989, las Organización de Naciones Unidas proporcionó una guía basada en los derechos para intervenir en las vidas de los niños, incluyendo aquellos con experiencia de vida en la calle. Más concretamente, dicha marco referencial ofreció dos pilares importantes: el de protección y el de participación, que deben ser tomados en cuenta como principios fundamentales para cualquier tipo de intervención.

La participación en específico, es un derecho con significado particularmente importante para los niños que viven en situación de calle, pues su compleja condición los coloca en una especie de vacío, porque al no contar con alguien adulto que los represente, aunque son reconocidos como sujetos de derechos, simple y fácticamente no pueden ejercerlos.

Ahora bien, las instituciones de acogida han sido creadas, entre otras cosas, para la restitución de derechos de aquellos que por una u otra causa han perdido el cuidado parental, enfocándose primordialmente sobre el derecho a la protección. Sin embargo, cómo critica Mayal (2002), parece ser que a causa de esta protección, a menudo se niega a los niños su competencia social, sobre todo la competencia de participación, lo cual se confirma en estas historias, pues muestran que las decisiones y normas son determinadas por adultos y deben ser acatadas por los niños sin lugar a discusión.

Este escenario, familiar para mí en otros tiempos, hoy me invita a un razonamiento crítico. Muchas veces, dentro de mi experiencia como hija, luego como madre y finalmente como profesional, he escuchado y peor aún, he dicho “acá se hace lo que yo, [como adulta] digo”. Efectivamente, la superioridad adulta es algo incuestionable desde nuestra mirada occidental y probablemente funcione en gran parte de las familias de orden tradicional. No obstante, al escuchar estas historias, resuena en mí algo quizás obvio: ¿por qué, si los niños en situación de calle han pasado tanto tiempo gobernando sus propias vidas, con sus propias reglas, se someterían a espacios que tienen normas que ellos no participaron en construir?

Sabemos que invitar a su participación no ofrece garantía para su permanencia, pero investigaciones en el tema indican que al menos invitan a generar un sentido de mayor pertenencia a la institución (Ennew, 2003), siempre y cuando cuenten con agencia para modificar algunos aspectos de su funcionamiento (Malewska & Tap, 1991). De hecho, Ferguson y Heidemann (2009) y Ferguson et al (2006) lo demuestran, al encontrar que si los jóvenes en situación de calle se sentían respetados y que sus opiniones eran validadas, se desarrollaban valores positivos respecto a las instituciones. Luego, Nalkur (2009b) halló que los jóvenes consideraban más valiosas las opiniones de sus pares, que aquellas de los adultos que velaban por ellos, por considerar que “compartían un vínculo especial con los niños” (p.358).

Por el contrario, Lam y Cheng (2008), encontraron que cuando las reglas son demasiado estrictas, los niños y adolescentes abandonan el refugio, lo que obliga a las organizaciones a flexibilizar las normas o, como en el caso de China o de algunos hogares en Bolivia, a encerrarlos en contra de su voluntad, aunque ello vaya en contra del discurso de derechos.

Así entonces, cuando la estructura de una institución es rígida y precedida por la supremacía de autoridad de los adultos, la posibilidad de los niños de actuar y modificar su entorno se reduce considerablemente, por lo que algunos de ellos que ya han experimentado vivir autónomamente, como en el caso del grupo Sur -con reglas consensuadas- optan por volver a él, desertando de los programas. Otros, en cambio, eligen resistirse con actos de rebeldía, que a su vez, generan mayor imposición de autoridad, en una escalada simétrica, que pone en riesgo emocional tanto al niño, como al profesional que trabaja con él.

Pienso, en concreto, que aprender de la forma consensuada en que se desarrollan las reglas dentro del grupo de calle puede resultar en una valiosa práctica para el diseño, implementación y evaluación de los programas de intervención.

V. 4. 4 Cuarta Lección: Ser consecuente con las propuestas de intervención.

Paulina: “Ha sido una mentira bien grande”

“Y las educadoras me decían: “va a disculpar señora...a nosotros nos dan cada día informe y no nos han dicho nada” y yo renegaba y llamaba y llamaba a las señas y les decía: “pero porque no puedo ir, si ustedes me han dicho que puedo ir a verle, que puedo ir a la congre¹⁹” y me decían “que no, porque le haces daño a tu hijo, que él va a llorar...cómo está acostumbrado...va a llorar”.

He querido hacer como me han dicho al principio, que puedo ir a visitarle, salir de la calle, ir a pasar terapia, “con terapias vas a mejorar...que él también va a estar bien”

[...]

Yo decía “ya ha pasado dos meses, mi hijo sigue aquí, ya no estoy inhalando, vengo a las terapias, ¿qué quieren?” les he dicho...” ¡tengo mi cuarto!” ...

¡Ha sido una mentira bien grande!, ¡bien fuerte y grande!...no solamente he sufrido yo, también mi hijo.

Hay muchas veces que mienten las instituciones...te dicen “vamos a ir aquí, es un bonito lugar”. Es un bonito lugar, pero no es cómo ellos dicen “vas a estar aquí bien, un tiempo nomás...que vas a tener esto...así”.

Llegado el momento entras ahí, te cierran con llave, cosa que ni en tu casa creo...a pesar de que has tenido maltratos, no te cierran con llave. En ahí te cierran con llave...que tienes que hacer cosas, que ni en la calle haces y ahí tienes que hacerlas obligada”

Ana: “nos utilizan como pantalla”

“Dicen que eso es para nosotros...o sea, proyecto específicamente para la calle, específicamente [nombre de institución]...O sea para los chicos de la calle ha nacido toda esa fundación, ayuda a familias, todas esas cosas. Y cuando o sea...solo nos utilizaban como pantalla, pero digamos nosotros, cuando estamos en el puente durmiendo “joven por favor una camita”, “ah, pero tienen que hacer esto, esto, el otro”...Pero acaso no era que...se supone que el dinero tenía que venir directamente donde nosotros y no había nada de esas cosas. Solamente para que reciba digamos, no sé, para el alquiler de la casa aunque sea...Solamente como pantalla.

O cuando digamos ya ese momento, luego “no, no pueden...ya hemos intentado, ya no pueden pues”, o sea pierden las esperanzas. Dicen “ya este chico no va a cambiar”. Pero ya incluso una llamada, ya

¹⁹ La palabra Congre se emplea como abreviación de congregación eclesíástica.

dicen “tenemos que ver para donar”. Siempre los del extranjero o de otros lado donan ¿no ve?...y dicen “queremos ver a quienes vamos a donar” ...¡recién vienen donde nosotros!

Conseguir que un niño, niña o adolescente decida ingresar a una institución es muy complejo. Recuerdo las arduas reuniones de equipo, en donde pensábamos como podíamos hacer los programas más atractivos y más convincentes. Recuerdo también como celebrábamos esas épocas de estabilidad de la población, donde contábamos con la misma cantidad de personas por más de un mes, pero también recuerdo cuan frustrada y enojada me sentía cuando llegaba un día al centro y se habían ido más de la mitad de los niños.

Esas experiencias hacían crecer en mí y en el equipo, un fuerte sentimiento de inseguridad respecto a la efectividad de nuestros programas, pero también un sentimiento de desconfianza respecto a la “intención” de los niños al ingresar. Muchas veces escuchaba en su discurso “estoy entrando porque quiero cambiar” y me acuerdo honestamente, que me costaba creerles.

Sin embargo, hoy leo estos testimonios y reconozco que la desconfianza era mutua. Ward & Seager (2010) apuntan que existe un modus operandi en las instituciones de acogida que ellos llaman “reactivo o de solución rápida” y que incluye tentar a los niños a ingresar en los programas, sin reflexionar profundamente en lo que implica ofrecer ciertas condiciones, no solo materiales, sino sobre todo de soporte emocional y relacional y no cumplirlas. Aún más, Ammar (2009) y Kudrati et al (2009) confirma que los enfoques que se preocupan más por atraer, que por contener a los niños, erosionan la confianza de éstos en los proveedores de servicios. Finalmente, Ferguson et al (2006) declara que involucrar a los niños en un ambiente estructurado es una tarea muy difícil y que requiere de propuestas de largo aliento y continuidad. Ello implica concretamente, que aquello propuesto en calle, sea llevado a cabo a cabalidad una vez dentro de las organizaciones.

Schimmel (2006) expresa con claridad, que los niños que salen de sus casas lo hacen, en la mayoría de los casos, por buscar una vida mejor en las calles. Cuando no la encuentran, las instituciones pueden convertirse en una alternativa viable dentro del panorama. Sin embargo, si al experimentar la institucionalización se presentan condiciones que ponen en duda al niño, sobre la misión y función de la misma, la credibilidad disminuye, mermando la relación entre profesionales y niños, adolescentes y jóvenes.

Creo que esta es una lección que necesita ser tomada en cuenta con urgencia, pues el impacto de que los niños y jóvenes perciban a las instituciones como inconsecuentes con sus propuestas, puede tener alcances más allá de una experiencia negativa individual, sino afectar la forma colectiva en que una institución es concebida por la población en situación de calle.

V. 4.5 Quinta Lección: Brindar seguridad.

Iván: “Imagínate encontrarte con ellos y vos solito”

“No sé, o sea uno piensa que es mejor la calle que el hogar, eso yo he pensado... mejor. Porque uno tiene buenos amigos con quien compartir, mientras en el hogar no tanto. Y a veces en el hogar no te llevas bien: “que por qué estás entrando?” “¿Quién te ha traído?”... algo así.

Los mayores problemas, son las peleas... Pelearse con los chicos. ¡Hay rivalidades pues!. Los batos locos, los intocables o los del Alto con los de aquí abajo, o los peruanos de ahí arriba, en El Alto...imagínate encontrarte con ellos en el hogar y vos solito”.

Paulina: “No hacía nada”

“Y mi hijo se quejaba, que a ratos los chiquito mayores lo pegaban...A mí era lo que más rabia me daba, porque la psicóloga escuchaba lo que mi hijo se quejaba y no hacía nada”.

Eddy: “Seguridad más que todo”

“Me pegaban pues...se pasaban de lisos. Cuando era chiquitito peor todavía...Del último dormitorio,

me han agarrado de mi pie hacia afuera [hacia la ventana de la calle], ¡a ver!...¡hacia afuera!

No había caso de quejarse, porque si te quejabas era peor. [...]En mis tiempos, casi todos eran de calle y eran pues ¡abusivos!, ¡abusivos siempre eran!. Nos obligaban a pelear, así...entre los chiquititos “vos, vos y vos van a pelear”...así

[...]

Que haya un poco más de seguridad...como te digo, en algunos hogares ha habido esos casos de violación, pero no han denunciado por...por la institución...porque a ellos igual creo que les afecta creo ¿no ve?.

Eso, que haya un poco más de seguridad. Sí, eso pienso...seguridad más que todo, así...muchas cosas pasan”.

Carlos: “Te discriminan pues”

“Te discriminan pues... es que como vos eres de calle y ellos están en un hogar, ellos te discriminan a veces te dicen “vos eres así...” hasta los mismos educadores te dicen: “vos, vos vuelas..” hasta los mismos educadores quieren que te vayas.

Igual los chicos no te aceptan, no te aceptan siempre y peor si te peleabas con ellos en la calle y grave es, adentro nadie te protege...Estamos acostumbrados a cuidarnos entre nosotros y en el hogar en vez de eso te tienes que cuidar de ellos”.

Uno de los propósitos más importantes del trabajo de los profesionales con población en situación de calle es devolverles la seguridad que la calle, por condiciones de maltrato, abuso y explotación, no puede ofrecerles. Ahora bien, los pequeños fragmentos de estas historias presentan un escenario diferente, pues hacen eco del maltrato y abuso también sufrido dentro de las paredes institucionales.

Gozar de seguridad, integridad física y libertad de movimiento son algunas de las razones más importantes por las cuales niños, niñas y adolescentes abandonan sus núcleos familiares y van a residir en el espacio de la calle (Baker, 2000; Lugalla y Mbwambo, 1991; Schimmel, 2006). Más aún, Conticini & Hulme (2007) proponen que

los niños eligen su entorno de vida en términos de sus relaciones de confianza y la seguridad física y emocional que puedan brindarles y ello se corrobora con el hecho de que, a pesar de que las instituciones puedan satisfacer sus necesidades básicas, esto no es en ningún sentido un obstáculo para que regresen a la calle.

Es innegable que la calle es un entorno altamente agresivo. De hecho, durante estos años de investigación he sido testigo de la muerte de al menos 10 jóvenes que vivían en calle y del deterioro de otros muchos, por causas directa o indirectamente relacionadas a la violencia. Sin embargo, este hecho no hace más que reforzar el argumento de que existe un vacío de seguridad que los programas y nosotros como profesionales trabajando en ellos no hemos logrado subsanar y por el cual la población decide permanecer en calle, a pesar de estas duras circunstancias.

Reforzando esta reflexión, Conticini & Hulme (2007) presentan el dato alarmante de que las instituciones son lugares en donde se experimenta el mismo nivel de violencia que en la calle. Entonces, si sumado a estos hechos avizoramos que la calle promete libertad, como un beneficio percibido dentro de la población, parece lógico, a mi entender, que no solo retornen a ella, sino que permanezcan.

Los pequeños relatos presentados rompen con la idealización de que la institucionalización o acogimiento permanente son soluciones a corto plazo. No sólo las narraciones empleadas como ejemplo de esta lección, sino en general todas las historias presentadas en este artículo, dan cuenta de que, en muchos casos, la calle parece satisfacer las necesidades afectivas y de seguridad con mayor éxito que las organizaciones.

Aunque existen corrientes que promueven la institucionalización como una obligación moral y legal de los gobiernos (Schimmel, 2006), las experiencias de los propios niños demuestran que si las prácticas de cuidado en dichos programas

residenciales no les proveen de la seguridad necesaria, son ellos quienes asumen su propio cuidado reingresando a la calle y a) empleando las relaciones creadas con las instituciones en un sentido concretamente utilitario, generando vínculos de intercambio que les permitan tener recursos para permanecer en calle en mejores condiciones; b) organizándose, como el Grupo Sur, de manera de cuidarse los unos a los otros y reducir la hostilidad y rechazo social a través de sofisticadas maneras de mimetismo social (Losantos, et al, aceptado).

El desafío de esta lección no es simple. Por un lado comprende que las organizaciones generen estrategias para convertirse en espacios que ofrezcan seguridad tanto física como emocional; pero por el otro, implica una revisión profunda de la postura de nosotros, como profesionales al cuidado de niños y adolescentes, sobre las formas de violencia aceptadas y/o pasadas por alto, dentro de las organizaciones.

V. 5 Conclusión

Dybicz (2005) aboga por la necesidad de investigaciones más empíricas acerca de la efectividad de las intervenciones con niños en situación de calle, que además capturen las voces de los diferentes actores involucrados en los programas, para facilitar que las organizaciones en campo las traduzcan a su propia realidad.

Haciendo caso de esta recomendación, el objetivo de esta contribución fue presentar la percepción de adultos jóvenes en situación de calle, que habiendo pasado por experiencias de institucionalización fallidas, relatan a través de sus historias, aspectos inherentes a las relaciones con los profesionales que les brindaron cuidado en las instituciones de acogida, en comparación con las que establecieron con su grupo de calle, de manera de reflexionar acerca de aquellos factores relacionales que pueden optimizarse para ofrecer mejores programas de cuidado.

Así, las historias fueron agrupadas para sustentar cinco lecciones que muestran de

manera concreta, aspectos que, de ser tomados en cuenta, pueden ayudar a generar mejores experiencias de institucionalización y, más importante, colaborar en la creación de vínculos emocionales permanentes, estables y confiables con los niños y jóvenes en situación de calle, que son la base de cualquier intervención.

La primera lección refleja que la dotación material y la reivindicación de sus necesidades básicas no es suficiente para lograr que los niños se sientan bienvenidos y acogidos dentro de una institución. El aprendizaje de esta lección demanda la evaluación de las actitudes con las que son recibidos y la asunción de un compromiso de recibirlos de forma abierta y acogedora.

La segunda lección invita a la reflexión responsable respecto a si estamos contribuyendo a la reinserción social de niños, adolescentes y jóvenes o, por el contrario, a su estigmatización. Ello implica una introspección profunda, donde se evalúen tanto asuntos prácticos como el manejo ético de documentos institucionales que hacen públicos los antecedentes de calle de una persona y que contribuyen a su discriminación a la hora de ingresar a espacios educativos y laborales; hasta la postura desde la cual nos relacionamos personal y profesionalmente con los niños y adolescentes en situación de calle.

Luego, la tercera lección reclama la atención hacia la aplicación práctica del derecho de participación de los niños y adolescentes dentro de una institución, haciéndolos partícipes de la organización de programas y actividades cotidianas, pero sobretodo aplicando el protagonismo como estrategia de desarrollo colectivo, de ejercicio de poder democrático y de fiscalización, de las instituciones que se encuentran involucradas en el desarrollo y atención de este grupo poblacional.

Continuando, la cuarta lección apunta al delicado aspecto de la generación de confianza en los profesionales y en las organizaciones. En este sentido, el aprendizaje de

ésta requiere tomar muy en cuenta la consecución de las acciones propuestas, cuando se aborda a la población en situación de calle. Así, se hace vital la coordinación entre profesionales que trabajan en calle y aquellos que lo hacen en los centros de acogida, de manera de generar propuestas coherentes tanto dentro como fuera de la calle. Asimismo y vinculada a lección anterior, la legitimación de las voces de los propios niños y jóvenes, para que puedan ser sujetos de credibilidad cuando reclaman alguna acción propuesta por los trabajadores de los diferentes programas institucionales.

Finalmente, la quinta lección presenta, a mi entender, uno de los desafíos más importantes en el cuidado de niños, niñas, adolescentes y jóvenes que viven en calle. Sentir seguridad, tanto física como emocional, es una condición vital para el desarrollo de los seres humanos y, por lo tanto, debe considerarse como uno de los pilares más significativos de las intervenciones. Ello conlleva la evaluación e incorporación de estrategias prácticas de vigilancia, pero también la revisión de las actitudes profesionales con las que encaramos las denuncias de maltrato presentadas en las organizaciones.

Si bien existen políticas de protección, que buscan garantizar una vida libre de maltrato tanto en el entorno familiar como institucional, muchas de las veces éstas sirven más como advertencias sobre la complicada carga burocrática y sancionadora que recae sobre las instituciones que deciden, honesta y valientemente, hacer denuncias respecto a dichas circunstancias. Así, esta lección también implica la generación de políticas y procedimientos que apoyen y colaboren a las instituciones y su personal, para que se establezca un mecanismo de vigilancia y de soporte integral.

Muchas veces, los intentos fallidos de reintegración social de la población en situación de calle es puesta sobre los hombros de los mismos niños, adolescentes y jóvenes, justificando los fracasos por su alta movilidad espacial, independencia y actitud suspicaz hacia los adultos, como obstáculos para su institucionalización o inserción social (Conticini & Hulme, 2007). No obstante, a partir de los relatos presentados en esta

contribución, cabe un giro en nuestra mirada para distribuir, desde una visión relacional, la responsabilidad, pero aún más importante, las tareas y desafíos que deben emprenderse para mejorar nuestras relaciones como profesionales en campo trabajando con este grupo poblacional.

Sabemos que motivar el abandono de la vida de la calle es una tarea de largo aliento y, por ello, requiere de una evaluación profunda de las estrategias hasta ahora empleadas, sobre todo tomando en cuenta la cantidad cada vez mayor de adultos jóvenes en situación de calle en Bolivia, para quienes la institucionalización no ha resultado.

Referencias

- Ammar, N. H. (2009). The relationship between street children and the justice system in Egypt. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 5, 556–573.
- Anderson, L. (2006). Analytic autoethnography. *Journal of contemporary ethnography*, 35(4), 373-395.
- Alexandrescu, G. (1996). Programme Note: Street Children in Bucharest. *Childhood: A Global Journal of child Research*, 3(2), 267-70.
- Ali, M., & de Muynck, A. (2005). Illness incidence and health seeking behavior among street children in Rawalpindi and Islamabad, Pakistan—a qualitative study. *Child: Care, Health and Development*, 31, 525–532.
- Baker, R. (2000). The Importance of Being Connected: Perspectives from Nepali Street Children. *Cultural survival quarterly*, 24(2), 49-51.
- Balachova, T. N., Bonner, B. L., & Levy, S. (2009). Street children in Russia: Steps to prevention. *International Journal of Social Welfare*, 18, 27–44.
- Berckmans, I., Velasco, M. L., Tapia, B. P., & Loots, G. (2012). A systematic review: A quest for effective interventions for children and adolescents in street situation. *Children and Youth Services Review*, 34(7), 1259-1272.

- Berndorfer, M. (2011). *Del trabajo de calle como herramienta profesional*. Cochabamba: Colección: Juntos por la defensa de los niños, niñas y adolescentes en situación de calle.
- Blanco, M. (2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. *Andamios. Revista de investigación social*, 9 (19),49-74.
- Chang, H. (2013). Individual and Collaborative Autoethnography as Method. A Social Scientist's Perspective. In S. Holfam, T. Adams & C. Ellis (Eds.).*Handbook of Autoethnography (107-122)*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press.
- Conticini, A. (2005). Urban livelihoods from children's perspectives: protecting and promoting assets on the streets of Dhaka. *Environment and Urbanization*,17(2), 69-81.
- Conticini, A., & Hulme, D. (2007). Escaping Violence, Seeking Freedom: Why children in Bangladesh migrate to the street. *Development and Change*, 38(2), 201-227.
- Denzin, N. K. (2013). Autoetnografía analítica o nuevo déjà vu. *Astrolabio*, (11).
- Dybicz, P. (2005). Interventions for street children: An analysis of current best practices. *International Social Work*, 48, 763–771.
- Ellis, C. & Brochner, A. (1996). *Composing autoethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing*. Walnut Creek, California: Altamira Press.
- Ennew, J. (2003). Working with Street Children: Exploring Ways for ADB Assistance. Recuperado el 1 de Noviembre de http://www.adb.org/Documents/Books/Street_Children/working_Streetchildren/working_with_streetkids.pdf
- Ferguson, K. M. (2006). Measuring and indigenizing social capital in relation to children's street work in Mexico: The role of culture in shaping social capital indicators. *Journal of Society & Social Welfare*, 31, 81.

- Ferguson, K. M., & Heidemann, G. (2009). Organizational strengths and challenges of Kenyan NGOs serving orphans and vulnerable children: A template analysis. *International Journal of Social Welfare, 18*, 354–364.
- Gilligan, C., Spencer, R., Weinberg, MK, & Bertsch, T. (2003). On the Listening Guide: A voice-centered relational method. In PM Camic, JE Rhodes and L. Yardley (Eds.), *Qualitative research in psychology: Expanding Perspectives in Methodology and Design*, 1-31.
- Harpham, T. (2002). *Measuring the social capital of children*. Young Lives.
- Hayano, D. (1982). *Poker faces: the life and work of professional card players*. Berkeley: University of California Press.
- Hernández, K & Wambura, F. Relationships and Communities in Autoethnography. In S. Holfam, T. Adams & C. Ellis (Eds.). *Handbook of Autoethnography* (262-280). Walnut Creek, CA: Left Coast Press
- Herth, K. (1998). Hope as seen through the eyes of homeless children. *Journal of Advanced Nursing, 28*, 1053–1062.
- Huang, C. C., & Huang, K. (2008). Caring for abandoned street children in La Paz, Bolivia. *Archives of disease in childhood, 93*(7), 626-627.
- Kudrati, M., Plummer, M. L., & Yousif, N. D. H. (2008). Children of the sug: A study of the daily lives of street children in Khartoum, Sudan, with intervention recommendations. *Child Abuse & Neglect, 32*, 439–448.
- Lam, D., & Cheng, F. (2008). Chinese policy reaction to the problem of street children: An analysis from the perspective of street children. *Children and Youth Services Review, 30*, 575–584.
- Losantos, M. & Pinto, B. (2011). Percepción de Factores Familiares de Riesgo de Maltrato Infantil en Niños y Adolescentes en Riesgo Social de La Paz, El Alto, Cochabamba y Santa Cruz. *Ajayu Órgano de Difusión Científica del Departamento de Psicología UCBSA*, 9(2), 308-323.

- Losantos, M., Berckmans, I., O'Driscoll, J. V., & Loots, G. (2014). A visual narrative research on photographs taken by children living on the street in the city of La Paz–Bolivia. *Children and Youth Services Review*, *42*, 136-146.
- Losantos, M. Berckmans, I., Pieters, S., Domic, J., Loots, G. (aceptado). Resistiendo la exclusión: El significado del uso de inhalantes en diferentes contextos en jóvenes en situación de calle de la ciudad de la Paz. *Ajayu Órgano de Difusión Científica del Departamento de Psicología UCBSP*.
- Lugalla, J. L., & Mbwambo, J. K. (1999). Street children and street life in urban Tanzania: The culture of surviving and its implications for children's health. *International journal of urban and regional research*, *23*(2), 329-344.
- Malewska-Peyre, H., & Tap, P. (1991). La socialisation de l'enfance à l'adolescence. *Psychologie d'aujourd'hui*.
- Maso, L. (2001). Phenomenology and ethnography. In P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland & L. Lofland (Eds.) *Handbook of ethnography (136-144)*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Mathiti, V. (2006). The quality of life of street children accommodated at three shelters in Preto. *Early Child Development and Care*, *176*, 253–270.
- Mayall, B. (2002). *Towards a sociology for childhood: Thinking from children's lives*. Buckingham: Open University Press.
- Mitchell, K., Nyakake, M., & Oling, J. (2007). How effective are street youth peer educators? Lessons learned from an HIV/AIDS prevention programme in urban Uganda. *Health Education*, *107*, 364–376.
- Nalkur, P. G. (2009). Adolescent hopefulness in Tanzania: Street youth, former street youth, and school youth. *Journal of Adolescent Research*, *24*, 668–690. 1083
- Nalkur, P. G. (2009). When life is “difficult”: A comparison of street children's and non-street children's priorities. *Vulnerable Children and Youth Studies*, *4*, 324–332.

- Pijnenburg, H. (2010). Zorgen dat het werkt. In H. Pijnenburg (Ed.), *Zorgen dat het werkt: Werkzame factoren in de zorg voor jeugd (11–54)*. Amsterdam: Uitgeverij SWP.
- Puystiens, L. (2014). ‘*El Torrate de Obrajes*’: Structural organization of a group adolescents living together under a bridge in La Paz, Bolivia. A qualitative study. Bruselas: Universidad Libre de Bruselas.
- Stablein, T. (2011). Helping friends and the homeless milieu: Social capital and the utility of street peers. *Journal of contemporary ethnography*, doi: 0891241610390365.
- Sen, A. (2009). Street children in India: A non-governmental organization (NGO)-based intervention model. *Journal of Developmental and Behavioral Pediatrics*, 6, 552– 560.
- Stephenson, S. (2001). Street children in Moscow: using and creating social capital. *The Sociological Review*, 49(4), 530-547.
- Reed-Danahay, D. (1997). *Auto/ethnography*. New York: Berg.
- Schimmel, N. (2006). Freedom and autonomy of street children. *The International Journal of Children’s Rights*, 14, 211-233.
- Thomas de Benítez, S. (2003). Reactive, protective and rights-based approaches in working with homeless street youth. *Children, Youth & Environments*, 13, 1–16.
- Ward, C. L., & Seager, J. R. (2010). South African street children: A survey and recommendations for services. *Development Southern Africa*, 27, 85–101.
- VDS-SC. *Censo de Personas en Situación de Calle en Ciudades Capitales de Bolivia y El Alto*. Manuscrito presentado para publicación.



CAPÍTULO VI. PROLOGO

PROTECCIÓN Y PARTICIPACIÓN: LA DESAFIANTE SITUACIÓN DE DERECHOS DE LOS NIÑOS Y ADOLESCENTES QUE VIVEN EN LA CALLE

Este capítulo es una adaptación del capítulo de libro publicado: Losantos, M. (2015). Protección y participación: la desafiante situación de derechos de los niños y adolescentes que viven en la calle. Familia, niños y adolescentes en situación de vulnerabilidad: Aportes para la política pública (29-44). La Paz: Soipa

CAPÍTULO VI

PROLOGO

PROTECCIÓN Y PARTICIPACIÓN: LA DESAFIANTE SITUACIÓN DE DERECHOS DE LOS NIÑOS Y ADOLESCENTES QUE VIVEN EN LA CALLE

VI. 1 Introducción

El 22 de noviembre del año 2013, la policía de la ciudad de La Paz, intervino un grupo de niños, adolescentes y jóvenes en situación de calle²⁰, aludiendo que “uno de los vecinos del barrio habían presentado una denuncia de robo contra los miembros del grupo” (Riveros, 2014).

Los policías ingresaron de manera inesperada en el *torrante* (como se denomina el lugar en la calle donde eligen establecerse los grupos de personas en situación de calle) confiscándoles varias de sus pertenencias, entre las que se encontraba un reproductor de DVD y una televisión, objetos de mayor valor que poseía el grupo. Inmediatamente después llegaron reporteros de un canal de televisión, quienes transmitieron el incidente, colocando en los titulares de la noche que las fuerzas del orden habían intervenido una “guarida de delincuentes”.

El noticiero recurre a la pantalla dividida: el cuadro de la izquierda muestra celulares y cargadores mientras un oficial testimonia que encontraron “objetos robados”, lo cual se repite en el encabezado de la noticia. Luego, otro oficial relata con sorpresa que encontraron una televisión, un reproductor de DVD, una cocina y ropa de cama, mientras el titular sentencia “guarida de delincuentes”. Posteriormente, la imagen muestra unos paquetes de medicamentos y unos envoltorios de preservativos, mientras el

²⁰ El grupo de calle está compuesto en su mayoría por adolescentes y jóvenes de 16 a 20 años, por lo que se utiliza la terminología de adolescentes; sin embargo, el mismo grupo alberga a bebés y niños de todas las edades.

titular denuncia describe: “consumían estupefacientes”. Finalmente, se muestra a algunos jóvenes del grupo hablando cortamente sobre sus historias personales -los motivos por los que viven en la calle- , mezclando estos testimonios con imágenes de un cúmulo de botellas vacías en el suelo que habían sido recolectadas para un proyecto de reciclaje organizado por una institución que trabaja con ellos.

Después de la intervención al *torrante*, cuatro adolescentes fueron llevados al Distrito Policial en un automóvil de la policía en el que fueron golpeados antes de llegar a destino. Permanecieron durante toda la tarde encerrados en una celda, mientras educadores de calle que trabajan con el grupo, pedían a los miembros del cuerpo policial que mostraran la denuncia que motivó dicha intervención. Al finalizar la noche, el documento de la denuncia no apareció, lo cual indicaba que el operativo había sido realizado sin denuncia real, por lo que decidieron liberar a los jóvenes, con la condición de abandonar el lugar que había sido su hogar durante 8 años.

Los jóvenes accedieron a irse pero solicitaron una semana para encontrar un nuevo lugar para acomodarse. Sin embargo, cuatro días después, el 26 de noviembre, un grupo de policías en compañía de miembros de la guardia de la municipalidad, irrumpieron en el lugar y empezaron a desalojarlo bruscamente. La municipalidad prestó un camión al que se echaron todas las frazadas, ollas, ropa y pertenencias personales que el grupo guardaba, dejándolos, ahora sí totalmente, en la calle. Los niños y jóvenes del grupo se encaramaron al camión, intentando recuperar algunas de sus cosas, pero la pelea fue desigual y acabaron por llevarse casi todo.

En los días siguientes, educadores de calle junto a algunas de las familias fueron movilizándose para acomodarlos, de manera que algunos volvieron temporalmente con miembros de su familia, otros se fueron a dormir a alojamientos y los demás se reubicaron en un lugar más escondido de la ciudad.

Las llamadas “limpiezas sociales”, como la relatada en la primera parte de este capítulo, son muy frecuentes hoy en día. Dichas acciones se sustentan en las dos miradas hacia el niño en situación de calle, a saber: desde la mirada asistencialista, estas limpiezas se justifican como un medio para institucionalizarlos y desde la mirada de criminalización, es una forma de reprimirlos y demostrar el poder político sobre estos niños de forma pública (Pérez, 2012).

Además del argumento anterior, este tipo de acciones violentas buscan generar un efecto inmediato en la opinión pública, para así poder mantener la impunidad de aquellos funcionarios que las realizan. Para ello, los medios de comunicación juegan un papel preponderante, pues al mostrar como en este caso, un reportaje en el que se revela un refugio de delincuentes, la opinión generalizada manifestará alivio, pues se devuelve la sensación de seguridad a la ciudadanía, contraria al sentimiento de indignación que debería producir.

Es evidente que este tipo de acciones son un atropello a los derechos establecidos tanto en la Convención de Derechos del Niño, como en el Código del Niño, Niña y Adolescente de Bolivia que se desprende de la Convención. Son varios los artículos de ambos documentos que fueron violados a través de esta violenta acción, sin que ello conlleve ninguna consecuencia para quienes la perpetraron. Este hecho parece demostrar la ausencia de los adolescentes que viven en las calles en la agenda y mirada política boliviana. ¿Qué puede estar sucediendo entonces, para que vulneraciones a los derechos, como ésta, queden impunes y no exista nadie que abogue por la situación de esta población?

Algunos autores se refieren a la condición de vida en la calle, como una situación que produce la muerte social (Pare, 2003; Pérez, 2009; Bazán, 2009), a partir de la cual se genera indiferencia de parte de la sociedad, con la consecuente negación de los derechos que les corresponden. Así, la situación por la que atraviesan los niños y adolescentes que

viven en las calles con respecto a sus derechos se caracteriza por una especie de invisibilidad (Veerman, 1992), que se refuerza por la falta de organización para generar incidencia política de aquellos que trabajan con estos niños, la burocracia y los interminables procesos que se requieren para la modificación de políticas y la falta de interés de los hacedores de políticas públicas (Pare, 2003).

Frente a este panorama, el presente documento informa sobre la necesidad de acciones políticas que garanticen el ejercicio de los derechos de participación, que pertenecen a los niños, adolescentes y jóvenes, independientemente de su situación de calle. En este sentido se argumenta sobre la urgencia de generar espacios de conversación y de interlocución política y social con la propia población, de manera que las acciones para la protección de sus derechos, no solo dependan de los adultos, sino que los incluyan de forma activa, aún si se encuentran viviendo en la calle.

Para ello, se realizará una revisión de la construcción social del concepto de niñez y su influencia en la edificación del discurso de derechos, luego se discutirá el desafío que implica el niño y adolescente en situación de calle para esta construcción y finalmente se presentarán argumentos para la necesidad de lineamientos políticos orientados a la efectiva participación de los niños, adolescentes y jóvenes que viven de forma autónoma e independiente, en la calle.

VI. 2 La construcción social de la noción de niñez y su influencia en el discurso de derechos

Se dice que el siglo XXI es el siglo de la niñez. Así, la idea de una sociedad centrada en el niño y niña y en sus intereses, los coloca en un lugar prominente en las políticas y en las prácticas legales, institucionales, asistenciales y educacionales de los estados del mundo (Prout y James, 2006). Pero ello no fue siempre así. Dómic (2012) explica que la génesis histórica y la comparación de diferentes culturas indican que las figuras de la

niñez no son naturales, univocas ni eternas; por el contrario, la categoría de niñez es una representación colectiva, producto de relaciones sociales que la tiñe de un ineludible carácter histórico, social y cultural. De hecho, en diversas culturas ancestrales, los niños aparecen intensamente socializados, envueltos en la vida colectiva, demarcados por ceremonias de iniciación referidas al uso de las armas o de la actividad sexual.

Con el cristianismo se presenta una primera ruptura respecto a la construcción social de la niñez, que ordena jerárquicamente la dependencia y sumisión de los hijos al padre. Después, con la llegada de la Edad Moderna, las concepciones sobre la niñez se encuentran relacionadas al niño como un recurso humano en potencia, valorándolos de acuerdo a su potencial como adultos en formación que la escuela se encargaría de encauzar y finalmente materializar (Trisciuzzi y Cambi, 1998).

Luego, la noción de niñez se vio impregnada por las ideas provenientes de la teoría del desarrollo y tres temas predominantes en relación a ésta: la racionalidad, la naturalidad y la universalidad. Desde este enfoque, la racionalidad era considerada la marca universal de la adultez, lo que conllevaba la noción de que la niñez era un periodo de aprendizaje natural por excelencia. La niñez era entendida entonces como una etapa biológicamente determinada en el camino hacia el completo estatus que se alcanza con la adultez (Lee y Motzkau, 2011) y cuyas características eran universales; las reglas del desarrollo se aplicaban a todos los niños, sin importar su contexto. En este sentido, el concepto de niñez respondía a un modelo básicamente evolutivo, donde el niño, convirtiéndose en adulto, representaba una progresión de la simplicidad a la complejidad de pensamiento, del comportamiento irracional al racional (Polhemus, 2008).

Dicha construcción se fue consolidando en un proceso de ida y vuelta -desde las sociedades occidentales y desde las instituciones- a partir de los discursos institucionales de organismos internacionales que contribuyeron a crear la imagen de la niñez como un periodo signado por la inocencia y la vulnerabilidad – con su consiguiente

victimización- en donde los adultos eran los llamados a brindarles protección.

En este tenor, el discurso de derechos de los niños se fue construyendo de forma paralela. Los discursos normativos, legales e institucionales que fueron conformado las primeras declaraciones de derechos asociados a la niñez, se encontraban enmarcados dentro de las ideas de inmadurez biológica y dependencia social de los niños hacia los adultos, como característica de esta etapa (Mariani, 2000).

Así, Woodhead (2006), tomando la perspectiva teórica de Maslow, declara que el discurso de derechos de los niños tuvo sus raíces en el discurso de necesidades, el cual fue durante mucho tiempo-y en el imaginario social de muchas culturas actuales sigue siendo- un instrumento retórico muy poderoso para la construcción de imágenes sobre la niñez, que permitió la prescripción de la educación y cuidado y dio lugar a juzgar la cualidad de la relación entre niños y adultos, principalmente la relación con la familia, como ese espacio por excelencia a donde los niños debían pertenecer. En la misma línea, Liebel y Martínez (2009a) refiere que el marco inicial del discurso de derechos fue la idea de protección. De esta manera, los derechos de los niños no eran algo que los propios niños pudieran disponer, sino una obligación impuesta a los adultos quienes tenían el deber de protegerlos.

Las declaraciones de derechos (Liebel, 2009c) de los niños se encontraban, entonces incorporadas, en la lógica del proteccionismo de los adultos y templadas por la necesidad de controlar y regular a la niñez. Sin embargo, ello conllevaba el riesgo de que la garantía de que se cumplan dependiera de la buena voluntad de los adultos, estableciendo así la supremacía de estos primeros sobre los niños.

En este contexto, la Convención de Derechos del Niño (CDN), se constituye en un evento paradigmático para superar la noción de la niñez como *objetos de protección* frente a un enfoque que ubica a niñas y niños como *sujetos de derecho*. A partir de la

Convención, se inicia como lo dice Pérez (S/A) “un tránsito entre la visión basada en las necesidades hacia un enfoque de derechos humanos” (p. 1).

La innovación de la CDN, se vio plasmada en la incorporación de derechos que reconocían, en algún grado, la capacidad de participación de los niños. Es así, que el documento se encuentra conformado por tres grupos de derechos que son –por lo menos discursivamente- indivisibles, interdependientes y *universales* (las cursivas son mías): los derechos de protección y los derechos de provisión; que responden a una visión de la infancia más bien tradicional, donde los niños continúan siendo receptores pasivos de medidas de protección y prestaciones y servicios a su favor (Liebel y Martínez, 2009b) y los derechos de participación que presentan a los niños y adolescentes como capaces, *en alguna medida*, de pensamientos y acciones propias.

Ahora bien, la CDN ha sido sujeta de importantes críticas. Ennew (2002) las resume de la siguiente forma:

a) Ha sido construida bajo el enfoque europeo –occidental de niñez, obviando la multiplicidad de experiencias que componen esta etapa de la vida de los seres humanos;

b) Compendia una serie de derechos que han sido construidos por los adultos sin consulta alguna a los directos implicados, lo cual se entiende nuevamente como una forma de discriminación de los adultos hacia los niños.

c) El concepto de niñez sobre la que fue construida la Convención responde a la visión unilateral de los adultos. Dicha visión aún reconoce la supremacía del mundo adulto sobre el mundo infantil; por lo tanto, cambiarla implica una amenaza a la superioridad jerárquica ya establecida y aceptada socialmente.

d) Los principios de protección y provisión priman sobre los de participación. Así, los derechos de participación dependen sobre todo de las expectativas que tienen los adultos

y sus concepciones y representaciones sociales en cuanto a cuáles son las posiciones y roles adecuados de los niños. Más aún, la participación de los niños se encuentra mediada por criterios de madurez, edad y capacidad de juicio y, su participación, se limita a los asuntos que los afecten. Ello ha valido el calificativo que utiliza Cussiánovich (2009) de que la CDN está marcada por un soplo proteccionista.

Pilotti (2001) la llama de forma inteligente un “texto sin contexto” (p. 28), pues a pesar de la buena intención de universalidad de los derechos, pretender que todos los niños, niñas y adolescentes viven en igualdad de características socio-culturales, acaba siendo una construcción ingenua y que no siempre va en favor de los niños. Ello, se hace muy evidente cuando se habla de los niños en situación de calle quienes, por su condición, escapan al orden social al no someterse al ideal predominante de una niñez en familia (Martínez, 2006).

En el siguiente apartado se discutirá el desafío que implica el niño que vive en las calles, para la construcción tradicional de la infancia y la ambigüedad de la posición de estos niños respecto al discurso de derechos.

VI. 3 Niñez y adolescencia en situación de calle: el desafío para el discurso de derechos

La noción de los niños, niñas y adolescentes en situación de calle, cuenta con una amplia gama de significados de acuerdo a quien los describa: desde pequeños ingeniosos que piden limosna en las calles, limpian vidrios de automóviles, hacen piruetas en los semáforos, hasta adolescentes que toman, fuman, consumen estupefacientes y asaltan a los transeúntes (Pare, 2003). Del mismo modo, sus denominaciones han ido cambiando, empezando por la primera descripción hecha por UNICEF en el año de 1986 (en Eggen, 2004), que indicaba:

El término niños de la calle se refiere al grupo de niños trabajadores que han sido abandonados o han sido expulsados por sus familias y que consecuentemente viven sin apoyo familiar” (p. 378).

Posteriormente, UNICEF (1987) incorpora las distinciones de “niño de la calle” y “niño en la calle”, el primero haciendo referencia a aquél que hace de la calle su espacio de hábitat y el otro al que trabaja en la calle. La crítica a esta distinción es que, al margen de ser imprecisa, sobre todo la primera era estigmatizante.

Luego, la definición más reciente incluye el término “situación de calle”, en referencia a que los niños no pertenecen a la calle, sino que se encuentran temporalmente en ella. Más aún, implica que dicha posición puede variar tomando en cuenta la decisión y las circunstancias de vida del niño. Es un término que apunta a la transitoriedad de su situación (Martínez y Orellana, 2009) que pretende superar la confusión entre las circunstancias de vida y la condición de persona.

Esta descripción remite también a una de las características más determinantes de los niños que viven en las calles: su independencia y autonomía, que son la primera afronta al constructo de niñez. La idea de que los niños puedan dirigir sus vidas, sin la supervisión de una persona adulta y de que sus agentes principales de socialización sean sus propios pares es una idea difícil de aprobar, pues no concuerda con la premisa de que la familia y la escuela son los agentes legítimos para ello (Liebel, 2003; Glauser, 2006). Esto tiene consecuencias ulteriores en cómo la imagen de estos niños y su comunidad de calle es construida, como por fuera de lugar de la sociedad tradicional (Ennew, 2002). Así, estos niños son vistos como pertenecientes a una subcultura –la cultura callejera– con sus propias normas, valores y estilos de vida (Luiz de Moura, 2002) generando un ruptura epistemológica con la idea tradicional de niñez.

Un segundo conflicto aparece a raíz del doble estándar con el que los niños que viven

en las calles son evaluados. En palabras de Bar –On (1997) los niños de la calle son vistos desde dos posiciones contrarias: en un extremo, son considerados víctimas a quienes se debe ayudar y, en el otro, son considerados niños indomables y salvajes, cuyo final inevitable es la delincuencia. A partir de esta doble asunción, son descritos tanto en situación de riesgo, como peligrosos para la sociedad.

De hecho, investigaciones alrededor del mundo (Bar-On, 1997; Panter-Brick, 2002; Losantos, Berckmans, Villanueva y Loots, 2014) muestran que la preocupación por los niños en situación de calle no es únicamente motivada porque sufren, están en riesgo, o están al filo de la supervivencia sino también porque quebrantan la tranquilidad, estabilidad y normalidad de la sociedad. Luego, las iniciativas dirigidas a esta población se encuentran teñidas de un corte de tipo tanto asistencial como represivo. Si la iniciativa de institucionalizarlos o reintegrarlos a su familia no funciona, la estrategia de realizar limpiezas urbanas y/o de colocarlos en instituciones de privación de libertad, con seguridad lo hará (Pérez, 2009).

La consecuencia de esta doble caracterización también se ve reflejada en la forma en que el discurso de derechos es aplicado a este grupo poblacional. Así, la CDN reconoce que un niño es ambos, un sujeto que requiere la protección de sus derechos y también, con alguna capacidad de autodeterminación para poder defenderlos (Nieuwenhuys, 2001). Sin embargo, esta caracterización de niño en el discurso de derechos parece favorecer muy poco a aquellos que viven en las calles. De esta manera, los niños en situación de calle se encuentran insertos en una posición de ambigüedad pues bajo la supuesta noción de protección de sus derechos, los adultos pueden tomar decisiones respecto a sus vidas de forma arbitraria y autoritaria, sobre todo cuando se trata de que abandonen la vida de la calle, ya que su autodeterminación es mal conceptuada como rebeldía e indomabilidad.

Así pues, desde esta doble negación de derechos, como señala Ennew (2002), las

voces de estos niños son ignoradas por considerar que sus decisiones y la forma en que conducen su vida atenta contra sí mismos y porque carecen de facultades para cuidarse, por lo que se prioriza la decisión de las autoridades por sobre la opinión de la población directamente afectada. En este sentido, Pérez (ob.cit) rescata el concepto de discriminación tutelar para explicar cómo, en el caso de la población infantil que vive en la calle, muchas de las veces se viola alguno de sus derechos, para tutelar otros. Así, por ejemplo, en nombre de la protección que se debe a los niños, se socapan acciones autoritarias y violentas destinadas a “reencaminarlos” e incluso institucionalizarlos en contra de su voluntad.

La ausencia de interlocución para encontrar alternativas que respeten sus derechos es tan evidente, que hasta los propios niños se sienten incapaces de defenderse ante las intervenciones violentas como las relatadas en este capítulo, lo que resulta en que deban acatar lo sucedido y reorganizarse, léase, elegir lugares aún más clandestinos para vivir.

Así, los niños en situación de calle carecen de las formas mínimas para poder reclamar sus derechos. De hecho, su acceso más inmediato a ellos es por medio de su ingreso a servicios y programas a través del estigma social “niño en situación de calle”, que debe transformarse en niño tradicional.

Pero, ¿qué sucede con aquellos niños y adolescentes que deciden permanecer en las calles, de forma autónoma y sin supervisión adulta?, ¿Deben dejar la calle para poder ejercer sus derechos?

En el siguiente subtítulo se discutirá el desafío que implica para los constructores de políticas públicas y para la sociedad en general, reconocer al niño y al adolescente en situación de calle, no como un niño sin infancia o sin adolescencia, sino como poblaciones con “infancias propias”, más allá de la definidas por la sociedad tradicional (Liebel, 2009 p. 104). Luego, se argumentará sobre la necesidad de asumir esta

construcción de niñez autónoma en el planteamiento de la agenda pública y consecuentemente, abrir espacios reales donde los niños en situación de calle puedan abogar por sus derechos y ser escuchados sin contar con representación adulta y aún viviendo en la calle.

VI. 4 Reconociendo la participación de los niños en situación de calle

En palabras de Zelizer (1995) los niños han sido caracterizados de manera que se los enmarca dentro de determinados contextos, experiencias, relaciones y comportamientos que se consideran apropiados. Desde esta perspectiva, pertenecen a un ambiente doméstico en el que no están involucrados en el mundo productivo; todo lo contrario, su mundo consiste en juegos y “dinero simbólico” (p. 85). Sin embargo, esta caracterización no condice con una inmensa cantidad de niños que experimentan su niñez y adolescencia desde multiplicidad de contextos diferentes. Tal es el caso de los niños y adolescentes en situación de calle, cuya denominación apunta a un grupo de niños y jóvenes que se encuentran fuera de las circunstancias consideradas tradicionales para ellos.

De esta manera, esta construcción también tiene un impacto en la forma en que las intervenciones para este grupo, son diseñadas. En efecto, dichas intervenciones responden a los dos polos de la construcción social de los niños en situación de calle. Desde la postura de su victimización, se hace énfasis en su protección al ser vistos como personas débiles y expuestas a constantes peligros. Las intervenciones en este caso, están dirigidas a la institucionalización o reinserción familiar. En contraste, desde la postura de la criminalización, son retratados como amenazas a la sociedad que hay que encauzar a través de acciones punitivas.

En este contexto de ambigüedad, los derechos de los niños y adolescentes no son una excepción. El tener derecho implica, de forma ideal, una condición *sine qua non*

(Panter–Brick, 2002) que, idealmente, no depende de las circunstancias en las que se encuentran. Se supone que el derecho es un concepto ampliamente aceptado como una meta específica, elevada por encima de las competencias o requisitos de una sociedad y que posee un grado de atemporalidad, absolutismo y validez universal (Boyden, 2006). Traducido en acciones, significa que el niño y el adolescente deberían ser sujeto de los derechos que le corresponden sin que interfiera para ello su forma de vivir, con quienes vive, su forma de comportarse o sus características personales.

No obstante, a través de innumerables pruebas fácticas de la experiencia de este grupo en situación de calle, se evidencia que no es así. La negación de sus derechos de por su condición social callejera es inminente en una serie de circunstancias: a) no pueden ejercer su derecho a la identidad, la mayoría no cuenta con documentos legales y tampoco puede obtenerlos sin representación adulta; b) no pueden acceder al derecho a la educación a no ser a través de la representación formal de instituciones que los apoyen para ello; c) no pueden denunciar maltratos por parte de sus familiares, autoridades o instituciones; ya que su propia voz se encuentra desacreditada debido a su estilo de vida y existen pocas personas adultas dispuestas a abogar por ellos.

Continuando con el análisis, bajo el discurso de derechos se explicita de forma muy clara que tanto Estado como la familia, son los llamados a velar por los derechos de los niños y adolescentes. Sin embargo, en el caso de aquellos que viven en las calles, ambas entidades cumplen la función opuesta la mayoría de las veces. En efecto, es de conocimiento general que la gran mayoría de esta población en situación de calle se encuentran en tal circunstancia debido a la violencia existente en los hogares (Eggen, 2004); más aún, investigaciones en todo el mundo, y en Bolivia también, reflejan que los niños son sistemáticamente maltratados por funcionarios del Estado, como ser la policía (Thomas de Benítez, 2011). Ello significa, que a pesar de existir un marco jurídico y legal que invita a dichos actores a la protección de los derechos de los niños en situación

de calle, éstos últimos se encuentran en la práctica, en un de estado de desprotección.

Ahora bien, frente a este panorama existen personas e instituciones que han asumido la postura de abogar por los derechos de la población en situación de calle, aunque estos esfuerzos aún no se visibilicen del todo en la agenda pública. No obstante, gran parte de estas acciones son guiadas por adultos, con muy poca participación de los directos implicados, minimizando de esta forma su autonomía. Más aún, hasta ahora no han estado dando los resultados esperados, quizás debido a que las propuestas se construyen administrativamente y desde una postura alejada de la cambiante dinámica de la calle.

Esta desafiante situación, plantea la imprescindible necesidad de asumir un cambio en la construcción social de la población en situación de calle, reconociéndolos como actores sociales, productores de significado, que crean y construyen relaciones y, donde su autonomía no sea considerada una amenaza, sino un potencial que puede ser empleado en acciones conjuntas de reivindicación de sus derechos, apoyadas por adultos.

La autonomía que caracteriza a esta población es una fortaleza que debe ser considerada a la hora de construir espacios reales, tanto a nivel político como social, donde los propios niños y adolescentes en situación de calle puedan representarse a sí mismos en la defensa de sus derechos. Sin embargo, ello jamás será posible sin la modificación de las estructuras sociales de poder (tanto estatales, como institucionales y sociales) que reproducen las condiciones de desigualdad, pues para que esta población pueda ejercer su derecho a la participación, sus voces deben gozar de legitimidad social.

Dicho salto cualitativo implica, además, que los adultos acepten la participación de niños y adolescentes, no sólo en aquellos asuntos que los adultos crean pertinentes, sino en todo aquello que atañe a sus vidas y a su posición frente a la sociedad. Así, una serie de tareas deben ser realizadas por el mundo adulto: a) revisar las relaciones de poder

para facilitar la participación de niños y adolescentes como algo cotidiano y no únicamente en fechas festivas b) reflexionar sobre las actividades en las que pueden participar los niños y adolescentes, rescatando su accionar político y c) modificar la premisa de los niños y jóvenes que viven en la calle deben ser protegidos por su condición vulnerable, a pesar de que ello implique acciones que van en contra de su voluntad, pues ello resulta en determinaciones autoritarias que no legitiman ni escuchan sus sugerencias respecto a su estilo de vida, d) permitir la asociación de los niños y adolescentes a movimientos sociales, que ganen espacios legítimos para la conversación política, la presentación de reclamos y para la presentación de propuestas que provengan de los propios niños, respecto a su posición de vida en la calle.

Modificar la Convención de Derechos del Niño, para hacer de este documento un instrumento equilibrado entre los derechos de participación y los de protección y provisión, es una tarea casi imposible de realizar. Sin embargo, los vacíos existentes en este discurso y sus consecuencias para los niños y adolescentes en situación de calle, pueden ser subsanados con la generación de lineamientos políticos que permitan la real y efectiva participación de este grupo poblacional.

VI. 5 Conclusiones y recomendaciones

Esta contribución ha pretendido invitar a la reflexión respecto a la necesidad de acciones políticas que garanticen el ejercicio efectivo de los derechos de participación de los niños, niñas y adolescentes en situación de calle.

Al respecto, es de conocimiento común que los niños que viven en las calles no cumplen con los criterios asignados al constructo social tradicional de niñez: no cuentan con supervisión adulta, viven en espacios públicos y en contextos no apropiados para la niñez, son autónomos e independientes y son conceptuados binariamente como víctimas y como criminales. Esta situación, como se ha argumentado, va en detrimento de la

protección necesaria para el cumplimiento de sus derechos en lo cotidiano y los posiciona en una condición de fácil vulneración.

Asimismo, las intervenciones construidas bajo el discurso de derechos para esta población, tienden a buscar su inclusión en programas o proyectos, para que desde este paraguas se permita el ejercicio de los mismos. Sin embargo, esta alternativa no es suficiente para quiénes, por decisión o por diversas circunstancias sociales, no logran incluirse o ser incluidos, acabando por ser desplazados del discurso de derechos.

En este sentido, es necesario reconocer que los niños y adolescentes que viven en las calles son sujetos de derechos aún optando por ese estilo de vida y para ello es también preciso *despaternalizar* y *descriminalizar* (Liebel y Martínez, 2009. Las cursivas son mías) el constructo social del niño de la calle y aceptar que existen niños que viven sin la supervisión de un adulto y a quienes es imperante reconocer su efectivo derecho de participación. Esto equivale a la posibilidad de admitir la autonomía de este grupo y permitirles actuar a la misma altura y de forma conjunta con los adultos.

Diversas experiencias alrededor del mundo, ya han ido poniendo esto en práctica. Así, movimientos sociales en la región como ser el Movimiento Niños y Niñas de (la) calle en Brasil, Pibes Unidos en Argentina, los Foros de Defensa de los Derechos del Niño y del Adolescente de Defensa de Niños Internacional, liderados por niños en situación de calle han conseguido reformas, sino contundentes, por lo menos parciales en cuanto a la posición que ocupan los niños tanto en los discursos sociales, como en los discursos legales.

A la luz de dichas experiencias, es hora de empezar a pensar en la creación de espacios formales de interlocución, queja, demanda y propuesta de acciones tanto a nivel social, como a nivel político que permitan escuchar sus voces, desde su situación de calle. Para ello, se requiere además, de personal entrenado en una visión integral de

derechos humanos, que responda conforme a los derechos de los niños, por su situación de personas y no por su condición de calle.

Así también se precisa que la población en situación de calle cuente con capacitación formal y entrenamiento en la teoría de derechos y en su ejercicio práctico, de manera de alentar y acreditar *su derecho de defender sus derechos*. Luego, es imperante fomentar la necesidad de organizarse como colectivo social, que no defienda únicamente sus derechos, sino que proponga, desde su postura de actores sociales, acciones para ser reconocidos como sujetos con agencia política.

En segunda instancia, es importante alertar y sensibilizar a la opinión pública frente a la situación actual de vulneración de derechos de este grupo poblacional, para que acciones violentas como las que dieron pie a este artículo despierten el interés crítico y el espíritu de defensa de la población, así como sucedería con otro tipo de violaciones de derechos hacia cualquier grupo humano. Para ello, los medios de comunicación juegan un rol fundamental. Es necesario que también ellos asuman una postura real de defensa de derechos de los niños y que las instancias que los regulan, se aseguren de que se tomen acciones en la protección de los derechos de los niños que viven en calle.

Se incita a instituciones, autoridades políticas y sociedad en general a pensar acerca de cómo asegurar una efectiva participación social y política de los niños y adolescentes en situación de calle, quienes hasta ahora viven en una situación de permanente discriminación por parte de los círculos de poder, para que circunstancias tan violentas como las del mes de Noviembre del año anterior no se vuelvan a repetir.

Referencias

Bar-On, A. (1997). Criminalising Survival: Images and Reality of Street Children. *Journal of Social Policy*, 26(1), 63–78.

- Bazán J.E. (2009). La infancia y el nuevo Estado en América Latina 343-360. *Infancia y Derechos Humanos. Hacia una ciudadanía participante y protagónica*. IFEJANT: Lima.
- Benítez, S. T. (2011). *State of the World's Street Children: Research*. London: Consortium for Street Children.
- Boyden, J. (2006). Childhood and the policy makers: A comparative perspective on the globalization of childhood. *Constructing and reconstructing childhood: Contemporary issues in the sociological study of childhood*, 2, 190-229.
- Cussiánovich, A. & Figueroa, E. (2009). Participación protagónica ¿ideología o cambio de paradigma? 83-102. *Infancia y Derechos Humanos. Hacia una ciudadanía participante y protagónica*. IFEJANT: Lima
- Dómic, J. (2012). *Reflexiones sobre el ser niño desde la realidad boliviana*. Bolivia: INTERVIDA.
- Eggen, J. (2004). *Street Children of Bolivia*. La Paz, Bolivia: Bolivian Street Children Project.
- Ennew, J. (2002). Street Children's rights. En B. Franklin,(Ed.). *The new handbook of children's rights: comparative policy and practice*. Routledge
- Glauser, B. (2006). Street children: deconstructing a construct. *Constructing and reconstructing childhood: Contemporary issues in the sociological study of childhood* (2ª ed.), 138-156.
- Lee, N. & Motzkau, J. (2011). Navigating the bio-politics of childhood. *Childhood*, 18(1), 7-19.
- Liebel, M. (2003). Working children as social subjects: the contribution of working children's organizations to social transformations. *Childhood*. Vol. 10(3): 265–285.
- Liebel, M. & Martínez, M. (2009a). La Convención de 1989, 41-56. *Infancia y Derechos Humanos. Hacia una ciudadanía participante y protagónica*. IFEJANT: Lima

- Liebel, M. & Martínez, M. (2009b). Entre protección y participación, 69-82. *Infancia y Derechos Humanos. Hacia una ciudadanía participante y protagónica*. IFEJANT: Lima
- Liebel, M. (2009c). Significados de la historia de derechos de la infancia, 23-40. *Infancia y Derechos Humanos. Hacia una ciudadanía participante y protagónica*. IFEJANT: Lima
- Losantos, V. M., Berckmans, I., O'Driscoll, J. V., & Loots, G. (2014). A visual narrative research on photographs taken by children living on the street in the city of La Paz–Bolivia. *Children and Youth Services Review*, 42, 136-146.
- Luiz de Moura, S. (2002). The social construction of street children: configuration and implications. *British Journal of Social Work*, 32, 353-367
- Mariani, A. (2000). *La decostruzione e il discorso pedagogico: saggio su Derrida* (Vol. 23). ETS.
- Martínez, M. (2006). Los derechos de la infancia. Aportes teóricos y metodológicos a tener en cuenta en las evaluaciones participativas. En R. Gonzáles *El derecho a la participación infantil en los niños, niñas y adolescentes en situación de riesgo*. Madrid: Save the Children & Ayuntamiento de Madrid.
- Martínez, O. y Orellana, M. (2009). *Los niños, niñas y adolescentes en situación de calle*. UNICEF: El Alto
- Maslow, A. H., Frager, R., & Cox, R. (1970). *Motivation and personality* (Vol. 2). J. Fadiman, & C. McReynolds (Eds.). New York: Harper & Row.
- Nieuwenhuys, O. (2001). By the sweat of their brow? 'Street children', NGOs and children's rights in Addis Ababa. *Africa*, 71(04), 539-557.
- Panter-Brick, C. (2002). Street children, human rights, and public health: A critique and future directions. *Annual review of anthropology*, 147-171.

- Pare, M. (2003). Why have street children disappeared?-The role of international human rights law in protecting vulnerable groups. *The International Journal of Children Rights*, 11(1), 1-32.
- Pérez, J.M. (S/A). ¿Interés superior de la niñez o discriminación tutelar de la infancia callejera?. *Opinión y debate*. Extraído el 20 de Febrero de 2013. Disponible en: www.corteidh.or.cr/tablas/r23606.pdf
- Pérez, J.M. (2009). Infancia callejera: paradigma de la discriminación tutelar, 295-318. En M. Liebel y M. Martínez (coord.). *Infancia y Derechos Humanos. Hacia una ciudadanía participante y protagónica*. IFEJANT: Lima
- Piliotti, F. (2001). *Globalización y Convención sobre los Derechos del Niño: el contexto del texto*. Santiago de Chile. Naciones Unidas: División de Desarrollo Social (CL/L. 1522-P)
- Polhemus, T. (2008). *Social aspects of the human body*. Penguin Books.
- Prout, A., & James, A. (2006). A new paradigm for the sociology of childhood? Provenance, promise and problems. *Constructing and reconstructing childhood*, 7-33.
- Riveros, D. (11 de febrero de 2014). Entrevista de M. Losantos (Cinta de audio). Vicepresidenta de la Red de instituciones que trabajan con personas en situación de calle. La Paz, Bolivia.
- Trisciuzzi, L., & Cambi, F. (1998). La infancia en la sociedad moderna. *Traducción en Italiano por el equipo IFEJANT*. Lima-Perú.
- UNICEF (1987). Coatzacoalcos, Nuevas alternativas de atención para el niño de y en la calle de México, Serie Metodológica, Programa Regional Menores en circunstancias Especialmente Difíciles, 3 (Colombia, UNICEF).
- UNICEF & Iniciativa Maya Paya Kimsa (2009). *Juntos por la defensa de los niños, niñas y adolescentes en situación de calle*. Tola impresiones: El Alto – Bolivia

Veerman, P. (1992). *The Rights of the Child and the Changing Image of Childhood*. (Dodrecht: Martinus Nijhoff)

Woodhead, M. (2006). Psychology and the cultural construction of children's needs. *Constructing and reconstructing childhood: Contemporary issues in the sociological study of childhood*, (2^a ed.) 63-84.

Zelizer, V. A. R. (1995). *Pricing the priceless child: The changing social value of children*. Princeton University Press.



CAPÍTULO VII. REFLEXIONES FINALES

CAPÍTULO VII

REFLEXIONES FINALES

Siendo consistente con el construccionismo social, las ideas expresadas en este capítulo no se presentan en forma de conclusiones objetivas, verdaderas ni definitivas. Todo lo contrario, son reflexiones edificadas a partir de la experiencia de investigación, pero cuyos significados, estoy segura, cambiarán con el tiempo y, por lo tanto, no deben asumirse como perennes, pues ello iría en detrimento de las ricas, complejas y dinámicas experiencias que me regalaron los niños, niñas, adolescentes y jóvenes participantes. Más aún, congelar sus historias puede arriesgar la construcción de intervenciones alejadas de las vivencias de quienes son los más expertos en la vida de la calle.

Aclarado esto, deseo compartir en este capítulo las lecciones más importantes aprendidas durante este proceso de investigación, en forma de reflexiones divididas en cuatro grandes temas: a) reflexiones sobre la permanencia de los niños en situación de calle, b) reflexiones para el campo práctico, c) reflexiones sobre la metodología empleada y d) reflexiones más allá del alcance de esta investigación.

VII.1 Reflexiones sobre la permanencia de los niños en situación de calle

El objetivo de esta investigación estuvo focalizado en generar entendimiento sobre los factores que los propios niños, adolescentes y jóvenes con experiencia de vida en la calle, percibían que influenciaban en su permanencia en dicha situación.

Para responder a este objetivo se llevaron a cabo tres estudios.

El primero, en donde se analizaron las fotografías tomadas por ellos y los testimonios que las acompañaban, reflejaron las constantes contradicciones que atraviesan los niños en su transcurso en la vida de calle. Las imágenes y textos mostraron distintas voces-una

voz dependiente, una voz de calle y una voz de reclamo- desde las cuales se presentaban a sí mismos, para responder a los discursos institucionales, sociales y callejeros que se construyen en torno a ellos.

Dichas voces mostraron contrastes que llamaban la atención, pues a primera vista existía un divorcio entre ellas; sin embargo, al integrarlas revelaron una profunda tensión desde la cual experimentan la calle. Así, la confluencia de éstas reflejan una constante tracción entre la pertenencia a la calle y a su grupo en particular, la conciencia de que la situación de calle no es una condición ideal de vida y el rechazo que perciben de parte de la sociedad y que impide su integración, a pesar de las buenas intenciones de inclusión -por lo menos en discurso- de la mayoría de las personas que la conforman.

Desde este estudio se delinearon los primeros factores para comprender la permanencia en las calles. Un grupo que los acoge, en contraposición a una sociedad que los rechaza y una relación con las instituciones de ayuda, que consolida su posición de victimización, desde la cual se reafirma una relación de dependencia que reduce su agencia e incrementa su temor a formar parte activa de la sociedad, aunque fuere desde su condición callejera.

Luego, el segundo estudio demostró que el uso de inhalantes es otro de los factores que vincula a niños, adolescentes y jóvenes a las calles. Así, mientras mayor el consumo -entendido como diario y público-, menor la interacción social y mayor la vinculación a la calle. Por el contrario, mientras más relacionamiento con otros contextos sociales – escuela, lugares de trabajo, escuelas deportivas- menor consumo, pues éste se reduce a horarios establecidos y espacios privados como los del torrate y; consecuentemente, menor vinculación a la calle.

Este estudio también apuntó a una de las características más difíciles de sobrellevar en la vida en calle: la exclusión social. A partir de los significados atribuidos al uso de

inhalantes, las historias dejaron entrever que la discriminación social que sufren por estar vinculados a la calle, aunque ya no la utilicen como espacio principal de hábitat, es uno de los obstáculos más complicados con los que deben luchar y los inhalantes son empleados para poder lidiar con ello.

El tercer estudio recolectó las vivencias de institucionalización y de pertenencia al grupo, de adultos jóvenes con larga experiencia de vida en calle. Los hallazgos de este capítulo evidenciaron que existe una percepción poco favorable respecto a los profesionales que trabajan en instituciones de acogida, lo cual dificulta en gran medida el ingreso y la estadía de la población en las organizaciones; en contraposición a la percepción beneficiosa de la relación que se construye con el grupo de pares en calle y que reafirma su estancia en este espacio.

Por último, la limpieza social relatada en el prólogo de esta disertación, de la que fueron víctimas los participantes de la investigación, consume el escenario de desprotección en el que vive este grupo poblacional, pero no desprotección proveniente de actores de la calle, sino justamente de aquellos –policías y funcionarios de Estado– que en vez de salvaguardarlos, vulneran sus derechos.

De esta manera, abordamos la estadía de los niños, adolescentes y jóvenes en la calle desde distintas miradas, que confluyeron en el hallazgo de un sistema relacional que contribuye a su permanencia en las calles, desafiando la noción de que ésta es una decisión individual y voluntaria, que es la idea que hasta ahora, había guiado los abordajes individuales, en la asunción de que si se motivaba uno a uno a los niños, la calle acabaría vacía y el problema resuelto.

La calle es un entorno dinámico en el que las realidades de los niños y jóvenes que viven en ella interactúan y se construyen permanentemente en relación con las realidades de todos los que usamos también este espacio público. En este sentido, no es

sólo un espacio físico, sino un espacio social desde donde se tejen y rompen relaciones y donde estamos implicados.

De esta forma, todos: académicos que en vez de escucharlos, los describimos distantemente; profesionales, que muchas veces los estigmatizamos, debilitamos y, en los peores casos, maltratamos; policías y funcionarios públicos que los agreden; legisladores y tomadores de decisiones, que los ignoran; y, ciudadanos en general, que los rechazan y discriminan por su pasado y/o presente en calle, compartimos responsabilidad por su situación.

Por ello, dejar la vida de la calle se convierte en un desafío relacional que implica claramente la necesidad de: a) abrir espacio al diálogo para recuperar sus voces y escucharlos legítimamente desde los contextos institucionales, educativos, familiares y políticos, b) reconocer y validar la importancia de las relaciones generadas tanto fuera como dentro de la calle, c) repensar, desde las bases, el discurso de inclusión social, que hasta ahora ha servido de excusa para intervenciones victimizantes y estigmatizadoras, d) sensibilizar y reeducar a la población en general, para superar los prejuicios que fortalecen la discriminación y exclusión social y contribuyen a la consideración de que más que estar ellos en riesgo, son una amenaza para los miembros de la “sociedad tradicional” y e) devolver seguridad física, emocional y sexual tanto dentro de las calles, como fuera de ellas.

No obstante y aunque el desafío es enorme, esta investigación me demostró que estas transformaciones son posibles y no sólo retóricas. Ver como los niños, adolescentes y jóvenes se empoderaron de la investigación, aprovechando el espacio académico para narrar sus historias, presentar reclamos y descubrir sus realidades se hizo palpable en todo el proceso. Luego, la recepción de los resultados al presentarse en una conferencia que conglomeró a organizaciones y también a representantes del Estado y la misma participación activa de la población en situación de calle en dicho espacio académico,

son pequeñas demostraciones de lo que se puede conseguir cuando sus voces son legitimadas.

En el siguiente apartado presentaremos recomendaciones prácticas de cómo pueden traducirse estas premisas en acciones concretas.

VII. 2 Reflexiones para el campo práctico

La brecha entre la investigación y la traducción de los hallazgos al campo práctico es un desafío que aún no encuentra resolución. Aún, el mundo académico es considerado como aquel en donde prevalecen las “ideas”, pero que se encuentra desvinculado del nivel práctico que es “donde realmente suceden las cosas”.

De esta forma, en el camino entre el extremo académico y el práctico, se encuentran muchas intervenciones que son construidas lejos de la investigación y que acaban por ser poco efectivas, y políticas públicas que responden a factores aislados de la problemática de los niños, niñas y adolescentes vinculados a la calle.

Por esta razón es que en este acápite deseo presentar algunas reflexiones para el campo práctico que han sido extraídas de la investigación académica, pero por sobre todo co-construidas con la población participante. Todas las reflexiones, mostradas acá en forma de recomendaciones, han sido formuladas por los adolescentes y jóvenes en situación de calle, después de haberles presentado los hallazgos finales de la investigación.

Primera recomendación. “*Los programas deberían trabajar con grupos y no con personas solas*”: A través de esta recomendación, los adolescentes y jóvenes piden explícitamente que las intervenciones se diseñen integrando a los grupos de calle y no solamente interviniendo de forma individual. Basados en esta investigación y las experiencias en calle, parece ser que los modelos que fortalecen el grupo pueden

alcanzar mejores resultados, pues la colectividad en calle es vivida como una fortaleza y quebrarla puede ir en detrimento de como son entendidas las intervenciones de las organizaciones.

Segunda recomendación. *“Que nos pregunten qué queremos, qué necesitamos, cómo nos organizamos”*: La formulación y puesta en práctica de modelos de atención y políticas públicas para esta población demandan urgentemente de su participación activa. Para ello es imperioso organizar y fortalecer la agencia grupal de niños, adolescentes y jóvenes que viven en calle y aquellos que ya se encuentran dentro de programas de cuidado, para consensuar con ellos reglas, actividades, proyectos, programas y propuestas políticas.

Sólo así es posible generar pertenencia a los espacios que los acogen, empoderamiento de los resultados esperados y, en última instancia, cambio social.

Tercera recomendación. *“Debería haber algo que nos proteja contra la discriminación”*: A través de esta declaración, los niños, adolescentes y jóvenes visibilizan la necesidad de iniciativas de sensibilización, en las que se pueda discutir el estatus de éstos en relación a la sociedad y donde los espacios educativos, familiares, sociales y políticos puedan asumir acciones concretas en favor de su inclusión.

Cuarta recomendación. *“Necesitamos conocer más personas, más contactos, más espacios, cuando estamos encerrados en vuelo nomás pensamos”*: Así, las intervenciones que pudieran invitar a los niños, adolescentes y jóvenes a involucrarse en espacios y contextos tanto físicos como sociales más amplios, podrían generar resultados más favorables que aquellas que intentan lidiar con el problema del consumo confinándolos a espacios restringidos de instituciones.

Quinta recomendación. *“Seguridad más que todo”*: La necesidad de seguridad hace referencia a varios aspectos tales como el incrementar la vigilancia dentro de las

instituciones para brindar seguridad física y sexual; el decremento del papeleo institucional en favor de invertir mayor tiempo en la construcción de relaciones emocionales significativas y la formulación de políticas de privacidad y de protección de identidad dentro de las instituciones.

Sexta recomendación: *“A los grandes nos olvidan y cuando salimos de la calle ya nadie nos apoya. Es más fácil estar en la calle...Nos prometen que nos van a hacer seguimiento, pero no pasa nada...nadie más viene a vernos”*: El establecimiento de relaciones con las personas que viven en calle demanda un compromiso de largo plazo, donde las intervenciones no se concentren únicamente en conseguir que abandonen la vida de calle, sino todo lo contrario, cuando dejen la calle es cuando mayor apoyo requerirán.

Todas estas recomendaciones abren posibilidades de futura investigación, las siguientes son sólo algunas ideas preliminares.

Se hace necesario indagar sobre la efectividad de programas que trabajen de manera grupal y que lo hagan en calle, en vez de tener como objetivo la institucionalización. Luego, vale la pena explorar las experiencias de organización política existentes hasta ahora y pensar que modelos de organización son factibles en el contexto Boliviano.

En tercer lugar, es imperante la investigación sobre actitudes sociales hacia las personas en situación de calle, que pueda servir de base para propuestas de acción en contra de la discriminación social, pues no deberían tener que dejar la calle para ser incluidos socialmente.

Asimismo, vale la pena incluir las voces de otros actores vinculados a la calle. Así, es necesario escuchar las perspectivas de familias con hijos en situación de calle, otros jóvenes que hayan tenido experiencia de calle, profesionales que trabajan con ellos y legisladores encargados de los temas de niñez y adolescencia.

Por último, pero no finalmente, es importante la investigación sobre experiencias de reinserción social, para poder mejorar los modelos de seguimiento de jóvenes que abandonen la vida de la calle.

VII. 3 Reflexiones sobre la metodología de investigación

*Y ahora, ¿qué tengo que decir señor
¿Quieres que comente lo que has escrito?...
Pero ¿qué cosa puedo decir? (Javier, 22 años)*

Realizar una investigación que incluya, refleje y represente las voces y experiencias de las personas investigadas no es un desafío fácil. Peor aún, cuando se trata de grupos minoritarios, representados socialmente como personas *en riesgo social* y, más problemático, *de riesgo social* para el resto de la sociedad, lo cual resta fuerza a su voz.

Investigar *con* los niños, niñas, adolescentes y jóvenes en situación de calle, en vez de investigar *sobre* ellos, implicó un proceso de transformación mutua, a través de la cual no solo yo como investigadora –con mis propios prejuicios y teorías– debí deconstruirme y volverme a construir; sino también los propios participantes, quienes por construirse también en función de los discursos sociales que los rodean, tampoco se creían capaces en un principio, de asumir una postura, hacer una denuncia o reconocer su experticia en la vida de la calle.

La investigación construccionista es también un proceso de intervención, en donde tanto los investigadores, como los participantes son transformados a partir del diálogo que se establece en la investigación y ello fue confirmado por mí, en carne propia. Las siguientes son contribuciones del construccionismo social a esta investigación.

La postura filosófica detrás de la construcción social me permitió una actitud diferente hacia los niños, adolescentes y jóvenes que viven en calle. Mi percepción sobre

ellos viró de personas que requieren ayuda, a guerreros que se aferran con uñas y dientes a la vida, cuyas historias son mucho más grandes que la denominación de “ser de la calle”.

La narrativa de la calle es su historia fundamental y, por lo tanto, no puede ni debe ser olvidada, pero no puede ser la razón principal del vínculo que establecemos con ellos. Sus vidas están construidas por las múltiples realidades narrativas en las que viven y deben ser tomadas en cuenta para que nuestras intervenciones crucen la línea de únicamente sacarlos de la calle, pues deben abordar a las personas y no solamente a las situaciones en las que se encuentran.

De la misma manera, el construccionismo social, permitió expandir la visión, más allá de los discursos sociales y académicos dominantes que los describen como víctimas o como transgresores sociales y que contribuyen a su marginación y subordinación. Por el contrario, a través de las historias presentadas en esta disertación y las otras muchas que quedaron fuera del documento, se descubren personas con agencia, que si bien no pueden modificar los entornos sociales amplios -como las escuelas, las fuentes de trabajo y los escenarios políticos- negocian con ellos para ser aceptados y construyen soportes relacionales lo suficientemente fuertes para sostenerse en la calle, a pesar de las indignas condiciones en las que viven.

Una tercera contribución de este enfoque epistemológico fue el giro relacional, que permitió leer la permanencia en situación de calle, como un fenómeno relacional, co-construido y fortalecido por las rígidas y dicotómicas estructuras sociales adulto-niño, espacio público – espacio privado y calle-hogar, entre otras. Más aún, esta perspectiva trasladó el entendimiento de la estadía en las calles hacia un territorio donde todos, académicos, practicantes de campo, legisladores y personas de la sociedad civil pueden tomar responsabilidad y acción, proveyendo opciones de transformación, esperanza y cambio.

Finalmente, a partir de las prácticas dialógicas inspiradas en el construccionismo social, tanto el recojo como el análisis de información pudieron ser construidas conjuntamente a través de diversas formas de diálogo y narración, empleando para ello fotografías, actividades artísticas, representaciones teatrales, collages de imágenes e historias escritas, que se fueron entretejiendo para entender la complejidad de cada vida en la calle.

VII. 4 Reflexiones más allá del alcance de esta investigación

Deseo acabar esta disertación retornando, por un momento, al principio de esta travesía académica que empezó en 2011 o quizás muchos años antes, cuando conocí al primer joven en situación de calle.

Su nombre era Arfavio, alto, delgado y desgarbado me dijo la primera vez que me vio cruzar la puerta de la institución: “*no vas a durar ni tres días*”. Luego, al ver que aparecía el cuarto día, decidió, en un arranque de furia, perseguirme con un trozo de vidrio de una ventana rota del dormitorio donde dormía. Quería asustarme y lo consiguió.

Muchos años después nos reiríamos de esta historia en el parque de *Laikakota* tomando un helado. ¿Por qué cuento esto? Porque las relaciones se transforman.

La premisa fundamental de la construcción social es que “nosotros construimos el mundo y a nosotros mismos, a través de nuestras relaciones” y yo he sido testigo, en innumerables ocasiones, del potencial de este principio relacional. Particularmente durante el transcurso esta investigación –quizás porque asumí conciencia de ello- he ido palpando mi propio proceso de transformación y el proceso de los niños, adolescentes y jóvenes, no solo motivado por su participación, sino por la vida misma.

En estos años yo me convertí en madre, me independice de mi familia, dejé la

institución que me había formado profesionalmente para trabajar con niños que vivían en las calles, descubrí que en la vida se puede perdonar, encarné el dolor de enterarme que algunos de los chicos y chicas que viven en calle y más amados por mí, deben ahora enfrentar el desafío del VIH y despedí a varios, cuyas voces se encuentran representadas en este documento.

Así también, algunos de ellos dejaron la calle, otros se sumieron en el mundo de las drogas, otros también se convirtieron en padres y madres y otros murieron con la única compañía de sus compañeros de calle. Luego, algunos asumieron una posición casi política, empleando estas hojas para relatar sus vidas, otros presentaron reclamos, otros solo dijeron una frase y se fueron sin querer jamás participar, incrédulos ya de que compartir sus vidas generara algún beneficio, que no fuera únicamente para los investigadores.

Así, haciendo un recuento mental de todas las personas con las que dialogué durante estos años, no puedo pensar en una sola persona –ni siquiera en mí misma- cuya vida no se haya transformado en relación. No solo por eventos fortuitos en la vida, sino por encuentros transformadores, conversaciones y otros vínculos que se construyen tan sutilmente que quizás no nos demos cuenta, nuestras vidas han ido girando y construyendo realidades que no son las mismas que ayer y que no serán las mismas mañana.

La calle puede parecer una realidad estática, las mismas personas, los mismos lugares, las mismas calles, los mismos voluntarios, las mismas actividades. Sin embargo, al ingresar a la calle, en vez de únicamente transitar por ella, se abre un arcoíris de experiencias tan diferentes como las personas que las habitan.

Cada bebé, niño, niña, adolescente, joven, mujer y varón tiene una historia única y singular, con gustos y dolores particulares, miedos y sueños individuales, talentos únicos

e irremplazables que merecen ser respetados y tomados en cuenta. Cada uno de ellos es una pieza central de este sistema llamado calle, que se relaciona activamente con personas desde dentro de ella como por fuera, generando redes que se encuentran en constante movimiento.

Sin embargo, tengo la sensación de que cuando hablamos de “las personas en situación de calle” o cuando nos referimos a “la calle”, lo hacemos como si ésta fuera una masa compacta compuesta por personas anónimas y sin agencia, que pueden moverse desde dentro hacia fuera de la calle. Por ello, más allá del objetivo de esta investigación, he deseado con esta disertación presentar a las personas, a los seres humanos, que tienen una historia anterior a su vida en calle y un futuro todavía por construir.

Si solo esta idea permea en la construcción que los lectores de este documento tienen sobre las personas con experiencia de vida en calle, entonces la transformación de su relación con ellos habrá comenzado.